



Alejandro Corzo

GIBBORIM

Versión

Extendida

GIBBORIM

Alejandro Corzo

GIBBORIM

VERSIÓN EXTENDIDA

Capítulos agregados y Finales mejorados

© 2024 Alejandro Corzo
Iglesia Bíblica de Jesucristo
SGAR/5156/2024
ibj.mx
alejandrocorno.com
Ciudad de México

© Copyright (2024). Todos los Derechos Reservados.

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio -electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o por cualquier medio conocido o por conocer, sin autorización de su autor.

Diseño de Portada: Paulo C. Chaparro

Capítulo 30 — Honey Island Swamp, Luisiana, Siglo XXI	3
Capítulo 31 — Jerusalén, Israel 990 a.C.	10
Capítulo 32 — Honey Island Swamp, Luisiana, Siglo XXI	17
Capítulo 33 — Costas de Ashdod. 988 A.C.	26
Capítulo 34 — Gloucester, Massachusetts. Siglo XXI	30
Capítulo 35 — Valle de Elah, Israel 1020 a.C.	40
Capítulo 36 — Gloucester, Massachusetts. Siglo XXI	45
Capítulo 37 — Jerusalén, Israel, 985 a.C.	50
Capítulo 38 — Filadelfia, Pensilvania, Siglo XXI	54
Capítulo 39 — Colinas de Judá, Israel, 985 a.C.	64
Epílogo	69

Capítulo 30 — Honey Island Swamp, Luisiana, Siglo XXI

El crujido de las viejas tablas resonaba en la cabaña, enclavada en las profundidades del pantano de Honey Island Swamp. La humedad sofocante y el olor terroso del bayou envolvían todo, como un manto que recordaba la inhóspita naturaleza del lugar. A pesar del entorno aislado y salvaje, el interior de la cabaña ofrecía un contraste inesperado: una biblioteca improvisada de conocimiento, con estantes abarrotados de libros polvorientos que se elevaban hasta el techo, servía de refugio de las almas renovadas de sus visitantes.

Mientras los últimos rayos del atardecer se filtraban a través de las altas ventanas, un débil arco iris de luz iluminaba las páginas de una gran Biblia abierta sobre la mesa al centro de la sala.

Elijah, de pie junto a la mesa, observaba cómo el día se desvanecía en la oscuridad del pantano. Con un suspiro profundo, encendió las lámparas de gas y las velas de los candelabros anclados en las paredes. Las llamas titilantes llenaron la cabaña con un resplandor cálido, proyectando sombras que danzaban al ritmo del viento que susurraba entre los árboles del pantano.

Fijando la mirada en Elias y Becky, permaneció en silencio por unos momentos. Su expresión era grave, casi solemne, como quien lleva un peso difícil de compartir. Finalmente, habló con voz profunda y cargada de intención:

—Es hora de que hablemos de su verdadera misión.

Elias y Becky intercambiaron miradas. Después del encuentro espiritual que habían vivido, ambos sabían que su propósito iba más allá de lo que hasta ese momento habían comprendido. Regresar a la Palabra de Dios había sido su primer paso, un ancla en medio del caos de las últimas semanas, y tal vez de toda su vida. Ahora sentían que Elijah estaba por revelar algo que requeriría más que fe: requeriría acción.

—¿Qué quiere decir con "verdadera misión"? —preguntó Becky, frunciendo ligeramente el ceño. Aunque había experimentado una renovación en su fe, la periodista en ella no podía evitar buscar claridad.

Elijah asintió lentamente, como si hubiera esperado esa pregunta. Se acercó a la mesa central, apoyó ambas manos sobre ella y se inclinó hacia adelante.

—Lo que enfrentan no es solo una lucha contra hombres corruptos o instituciones malignas. Como les dije, es una guerra espiritual, una batalla que trasciende lo que sus ojos pueden ver. La Orden de Dagón no solo busca corromper el cuerpo, sino también el alma. Sus prácticas, sus rituales... todo está diseñado para desviar a los hombres y mujeres de la verdad.

Con pasos medidos, Elijah se dirigió a uno de los estantes cubiertos de volúmenes encuadernados en cuero. Su figura se recortaba contra la luz parpadeante de las lámparas, y el único sonido era el susurro de sus dedos rozando las etiquetas gastadas de los lomos.

—He estudiado a la Orden de Dagón desde que Michael me advirtió por primera vez —dijo, su voz serena, pero con una carga de dolor reprimido—. Pero no comprendí del todo el alcance de su maldad hasta que... —vaciló, su mirada perdida en un punto más allá de los libros, claramente recordando a su esposa.

Con un gesto casi reverente, apartó con cuidado la gran Biblia del centro de la mesa. Despejó el espacio para disponer una variedad de documentos: mapas, recortes de periódicos amarillentos, carpetas deshilachadas y cuadernos llenos de anotaciones hechas a mano. Cada objeto parecía contener piezas clave de un rompecabezas ominoso. Finalmente, tomó un grueso manuscrito cubierto de polvo y lo colocó sobre la mesa con un golpe seco. Sus ojos, cargados de determinación y un dolor apenas contenido, se alzaron hacia Elias y Becky.

El título del manuscrito, inscrito en letras apenas visibles, llamó su atención de inmediato: “*Los secretos de Dagón: Crónica de la infiltración*”.

La luz vacilante de las lámparas y las velas iluminaba tenuemente el manuscrito y los documentos dispersos en la mesa. Becky, incapaz de contener su curiosidad, comenzó a examinar el material. Sus ojos recorrieron recortes de periódicos que hablaban de cultos extraños reportados en distintas partes de Estados Unidos. Aunque las noticias no mencionaban directamente a la Orden de Dagón ni a la Iglesia Palabra de Vida, las coincidencias eran suficientes para hacer las conexiones pertinentes.

Becky fijó su atención en el mapa desplegado sobre la mesa. Norteamérica y América Central estaban salpicadas de círculos carmesí, cada uno marcando un punto estratégico. Era evidente que Elijah había trazado un registro meticuloso de las ubicaciones de las células e iglesias vinculadas a *Palabra de Vida*. El diagrama no solo revelaba la magnitud de su influencia en Estados Unidos, sino que también abarcaba México, Canadá y prácticamente toda América Latina. La red era vasta, lo que indicaba una organización profundamente enraizada y peligrosa.

Elias Zuzunaga permaneció en silencio mientras abría el manuscrito con movimientos delicados. Sus manos, acostumbradas a tratar con documentos antiguos y frágiles, pasaban las páginas lentamente hasta que se detuvieron en una fotografía amarillenta cuidadosamente guardada entre las hojas. La tomó con ambas manos y la acercó para examinarla más de cerca. Su expresión, inicialmente concentrada, se transformó en un rictus de terror. Con los ojos muy abiertos por encima de sus anteojos, volteó rápidamente hacia Elijah, incapaz de disimular el impacto.

Lo que había causado su reacción no eran las personas retratadas en la foto, sino lo que se veía al fondo, apenas perceptible pero profundamente perturbador.

En la fotografía, dos figuras destacaban entre un grupo de hombres vestidos con túnicas ceremoniales. Una de ellas era claramente reconocible: Baltasar Marsh, hijo del fundador del culto. La otra, un hombre de mirada gélida y penetrante.

El silencio momentáneo fue roto cuando Elijah, señalando al hombre de la fotografía con un dedo firme, explicó con voz profunda:

—Este es el Dr. Albrecht Von Hauser. Un genetista alemán que trabajó en secreto junto a Baltasar Marsh para revitalizar un culto ancestral en honor a Dagón. Fue en 1923, el mismo año en que se colocó la primera piedra de su templo *Palabra de Vida*, cuando ambos sentaron las bases de lo que hoy conocemos, continuando lo que su padre había iniciado décadas atrás.

Elias y Becky escuchaban sin apartar la vista de la fotografía. Sus mentes comenzaban a procesar las implicaciones de lo que Elijah acababa de revelar, mientras cada detalle parecía encajar en un cuadro cada vez más oscuro y aterrador.

—Y sí, Elias, lo que viste detrás de ellos es una aberración —añadió Elijah, con tono sombrío mientras señalaba hacia el fondo de la imagen.

Detrás de Baltasar Marsh y Von Hauser, en un fondo apenas iluminado, se distinguían tanques de vidrio masivos, cada uno sellado con gruesos marcos de metal y lleno de un líquido turbio que reflejaba

un matiz verdoso bajo la tenue luz. Dentro de los tanques, apenas perceptibles en la vieja fotografía, flotaban formas humanoides grotescas: algunas con cabezas desproporcionadamente grandes, cuyos ojos hundidos y bocas abiertas daban la impresión de estar gritando. Otras tenían extremidades alargadas, con dedos membranosos que se extendían como si intentaran escapar. La piel escamosa de estas criaturas relucía húmeda y opaca, sugiriendo un vínculo perturbador entre lo humano y lo monstruoso. A los costados de los tanques, tubos conectados a complejas máquinas industriales bombeaban líquidos de composición desconocida, mientras runas grabadas en los metales parecían entrelazar lo científico con lo esotérico.

—Von Hauser no se limitó a rituales. —continuo Elijah dejó después de un breve silencio—. Usó la genética para crear lo que ellos llamaban “los servidores de Dagón”. Y no se detuvo ahí. Lo que comenzó como un experimento secreto, hace décadas, ha seguido evolucionando. Incluso ahora, la Orden cuenta con especialistas, médicos y científicos que han retomado y perfeccionado las investigaciones de Von Hauser.

La pausa que siguió se alargó aun más, cada segundo pesando más que el anterior, mientras las palabras de Elijah calaban profundamente en Elias y Bedcky.

—Querían una raza híbrida, leal y dispuesta a cumplir sus designios oscuros. Pero estos experimentos no eran simples pruebas científicas. Estaban íntimamente ligados a invocaciones y rituales que, según ellos, amplificaban su poder —añadió con voz sombría—. Creen que mediante estas prácticas pueden alterar no solo el cuerpo, sino también el alma, vinculándola a Dagón y haciéndola completamente sumisa a su voluntad.

Becky frunció el ceño, visiblemente desconcertada. Como periodista, había estado investigando este caso durante meses. Pensaba que sus hallazgos eran significativos: informes de abuso, desapariciones y un culto sombrío escondido tras una fachada religiosa. Sin embargo, al escuchar las palabras de Elijah y entender la magnitud de la corrupción, se sintió pequeña, como si lo que había descubierto fuera apenas la punta de un iceberg que ocultaba una profundidad mucho más aterradora. Su mente se llenó de preguntas: “*¿Qué tan profundo llega esto? ¿Cuántas vidas han sido destruidas? ¿Qué no logré ver?*”

—¿Cómo han logrado mantener esto en secreto? —preguntó finalmente con una pizca de temor.

Elijah sostuvo su mirada por un momento, dejando que el peso de lo que iba a decir se reflejara en su expresión antes de responder.

—Creo que esa es precisamente una de las tragedias más destructivas de sus acciones: han sabido ocultarse a plena vista.

—¿A qué te refieres? —intervino Becky, visiblemente intrigada. Elijah suspiró profundamente, y su tono se tornó grave, casi doloroso.

Elijah hizo un gesto como indicando lo obvio.

—La iglesia "Palabra de Vida" —respondió Elias, afirmando.

—Exacto —confirmó Elijah, golpeando débilmente la mesa con la palma de su mano—. Han perfeccionado su encubrimiento con los años. Usan lo que debería ser santo y puro para infiltrarse en comunidades vulnerables. Lo más aterrador no es solo lo que hacen, sino cómo han logrado penetrar lo más sagrado que Cristo dejó en la tierra: su iglesia. El monstruo ha entrado y se ha mezclado entre las ovejas, confundiendo a los cristianos, que ahora aceptan sectas que solo parecen ser cristianas, pero que en realidad responden a intereses humanos, mezquinos, o incluso tan oscuros como los de la Orden de Dagón.

Elias negó con la cabeza, incrédulo.

—Siempre pensé que todas las iglesias cristianas eran sanas —dijo con un tono teñido de ingenuidad—. Más allá de las diferencias doctrinales, creía que compartían el mismo propósito.

Elijah lo miró con una mezcla de compasión y gravedad.

—Pues ya ves que no es así. Muchas iglesias han permitido que el placer, la ambición y la corrupción penetren en sus corazones. Y ni hablar de instituciones como la Iglesia Católica, que oculta secretos capaces de helar la sangre... pero ese es otro tema. Ahora nos ocupa esta secta diabólica que nos persigue directamente. Si no hacemos algo, seguirán extendiéndose, engañando a más personas que creen, erróneamente, haber encontrado una iglesia cristiana verdadera.

—¿Pero cómo es posible que lo hayan logrado? ¿Cómo pueden ser tan convincentes? —preguntó Becky, cruzando los brazos pensativamente.

Elijah asintió lentamente, como si ya hubiera anticipado la pregunta.

—Todo está meticulosamente calculado —respondió—. Ofrecen asistencia aparente, organizan eventos benéficos y predicán con una pasión que haría dudar incluso al más escéptico. A simple vista, cualquiera podría creer que son siervos genuinos de Cristo. Pero detrás de esa máscara de piedad y fervor, solo hay hipocresía y falsedad.

Hizo una pausa, dejando que sus palabras se asentaran antes de continuar, como si buscara las mejores formas de describir el horror que conocía tan bien.

—Organizan reuniones diseñadas para impactar los sentidos y manipular las emociones. Usan música atractiva y pegajosa que eleva el ánimo de manera artificial. Añaden supuestos milagros que parecen confirmaciones divinas, o recurren a objetos que llaman “puntos de contacto para la bendición” pero que en realidad son una especie de “reliquias evangélicas”, que usan para generar euforia y una sensación de estar ante algo único, místico e inigualable.

Becky levantó la mirada con su ceño fruncido en señal de curiosidad.

—¿Reliquias evangélicas? —preguntó—. ¿A qué te refieres con eso?

Elijah asintió, reflejando una mezcla de incredulidad y desdén hacia esas prácticas.

—Sí, utilizan cosas como espadas que levantan “declarando la victoria”, mantos que extienden sobre las personas mientras proclaman bendiciones, brillantina que sueltan desde el techo y llaman “oro del cielo”, o agua “ungida” que rocían sobre las multitudes o venden para que las veneren. Todo esto se convierte en un catalizador emocional —explicó, su voz impregnada de desdén—. Crean una atmósfera mística, una sensación de estar ante algo glorioso, como ellos lo llaman. Pero no es más que manipulación.

Becky asintió lentamente, mostrando incredulidad mientras procesaba la información.

—Exageran las emociones con discursos cuidadosamente manipulados para generar algarabía —continuó Elijah con seriedad, viendo el impacto que causaban sus palabras—. Incluso montan testimonios falsos, planeados hasta el último detalle, para reforzar su imagen.

Elijah hizo una pausa, observando a Elias y Becky, dejando que el peso de sus palabras calara profundamente.

—Y eso no es todo. Ensalzan a sus ministros de manera desmesurada, llamándolos “apóstoles” y “profetas”, como si fueran intocables. Han creado una atmósfera de veneración casi idólatra hacia ellos. Esa dependencia emocional que fomentan no solo les otorga control absoluto sobre las personas, sino que también instiga el miedo. Si alguien se atreve a cuestionarlos o intenta abandonarlos, lo ridiculizan, lo maldicen o lo amenazan con el castigo divino.

—Eso parece más una mafia que una iglesia —apuntó Elias con irritación.

—Eso es muy acertado —suspiró Elijah, con profundidad—. Todo esto no es más que una herramienta para ejercer control, y muchas veces esconde intenciones mucho más oscuras: enriquecimiento, corrupción, abuso y manipulación.

Becky y Elias intercambiaron miradas llenas de asombro. La complejidad y profundidad de lo que enfrentaban se volvían cada vez más evidentes, como si las piezas de un rompecabezas macabro comenzaran a encajar.

—Prometen esperanza, prosperidad y salvación —continuó Elijah—. Ofrecen un futuro mejor, pero todo es una trampa. Lo único que realmente buscan es manipular a las personas para servir a sus propios fines. Tristemente, estas prácticas no son exclusivas de un solo lugar. Muchas iglesias que no tienen nada que ver con ellos han adoptado métodos similares, algunas por fama o dinero, pero otras, como la Iglesia *Palabra de Vida*, esconden propósitos aún más ruines y perversos.

—Esto no es solo una lucha contra ellos. Es una lucha por la verdad —expresó Becky en un susurro.

Elijah asintió con firmeza.

—¿Y qué pasa con esas personas? —preguntó Elias, ahora buscando respuestas adicionales.

Elijah exhaló profundamente, perdiéndose su mirada momentáneamente en un punto fijo de la habitación, como si reviviera algo demasiado oscuro para poner en palabras. Finalmente, habló con voz grave:

—Seleccionan cuidadosamente a sus víctimas. Hombres, mujeres, niños... nadie está a salvo. Pero su herramienta principal es la manipulación emocional.

—¿Cómo exactamente? —interrumpió Elias, su tono más firme, cargado de incredulidad.

Elijah giró hacia él, con una expresión endurecida mientras se preparaba para explicar.

—En sus cultos, prometen bendiciones especiales o una conexión espiritual única. Hacen que las personas crean que no hay salvación ni verdad fuera de su organización. Lentamente las desconectan de sus familias y amigos, aislándolas emocional y socialmente, hasta que los líderes obtienen el control total. Los seguidores desarrollan una obediencia casi ciega, creyendo que cuestionar cualquier cosa es equivalente a desafiar a Dios.

Se detuvo por un momento, como si las palabras siguientes fueran un peso demasiado grande para cargar.

—Pero los que tienen peor suerte... —Elijah apretó los labios, su mirada volviéndose sombría.

Becky frunció el ceño, un mal presentimiento crecía en su pecho.

—¿Peor suerte? —preguntó en voz baja, temiendo la respuesta.

—Los desaparecen —Elijah asintió lentamente—. Los condenan a rituales oscuros o experimentos inhumanos. Algunos son sacrificados en ceremonias que, según ellos, les otorgan poder espiritual. Otros son utilizados como sujetos de prueba en laboratorios secretos.

Elias apretó los dientes, luchando por controlar la rabia que hervía dentro de él.

—Pero supongo que todos esos experimentos necesitan mucho dinero. ¿De dónde lo sacan? —preguntó, inclinándose hacia adelante, buscando respuestas con una mezcla de frustración y urgencia.

Elijah lo miró directamente, con expresión endurecida.

—A lo largo de las décadas han reclutado a personas de todos los estratos económicos, incluso millonarios. Muchos de ellos desconocen por completo el destino real de su dinero y creen que están

apoyando una iglesia legítima. Pero el verdadero secreto de su financiamiento descansa en la explotación económica de sus seguidores a través de la Iglesia Palabra de Vida.

Hizo una pausa, dejando que el peso de sus palabras calara en ellos antes de continuar, esta vez con un tono cargado de desdén:

—Les siembran miedo con mensajes como: “Si no das más, Dios no te bendecirá” o “Si no entregas tus recursos, Dios no te reconocerá”. Manipulan las conciencias, distorsionan el verdadero evangelio de Cristo y convierten la fe en una excusa para llenar sus bolsillos.

Becky cerró los ojos brevemente, tratando de procesar lo que acababa de escuchar. Cada palabra de Elijah parecía darle más claridad sobre las razones por las que su padre había escapado de la secta Palabra de Vida. Ahora lo veía con un respeto renovado, comprendiendo cuánto le habría costado dar ese paso y cuán valiente había sido al decidir enfrentarse a algo tan oscuro. “*¿Cuánto miedo tuvo que vencer?*” pensó. “*¿Cuántas veces habría estado al borde de rendirse?*”

Elias, escuchando en silencio, rompió el momento con un murmullo que parecía más dirigido a sí mismo que a los demás:

—¿Y nadie sospecha?

Elijah negó con la cabeza lentamente, su voz teñida de tristeza y frustración cuando finalmente respondió:

—Han construido una red de control tan eficiente que es casi imposible detectarlos. Los líderes, a quienes llaman “delegados apostólicos”, son responsables de mantener la manipulación en las congregaciones y supervisar las desapariciones. Identifican a las personas más vulnerables, las explotan emocional y financieramente, y en el caso de las mujeres, incluso llegan a someterlas a los peores abusos.

La habitación se llenó de un silencio opresivo, interrumpido solo por el crujido tenue de una silla cuando Becky se movió inquieta. Su rostro reflejaba una mezcla de incredulidad y profunda indignación, mientras Elias desviaba la mirada, tratando de contener la rabia que amenazaba con estallar.

—¿Y las mujeres? —insistió Becky con ceño fruncido, reflejando la urgencia de la pregunta.

—Oh, las mujeres... —Elijah apretó los labios, como si odiara tener que responder a esa pregunta—. Muchas terminan siendo explotadas sexualmente, engañadas para satisfacer los deseos más oscuros de los líderes. El abuso sexual es una práctica común entre muchos pastores de esa falsa iglesia —dijo Elijah, su voz cargada de desdén y tristeza—. Como mencioné antes, engañan a jóvenes y adultas por igual, sin importar si son solteras o casadas. Les prometen avances espirituales, bendiciones únicas... y luego las seducen. Las someten emocional y sexualmente, las separan de sus familias, aislándolas por completo, hasta que pierden toda capacidad de resistir.

Elijah hizo una pausa, como si lo que iba a decir a continuación le pesara aún más.

—Luego, a algunas, las seleccionan de manera especial. Cuando están completamente rotas, cuando su voluntad ha sido aplastada, las utilizan en experimentos inhumanos de inseminación forzada.

Becky abrió los ojos desmesuradamente, y el color desapareció de su rostro.

—¿Inseminación forzada? —murmuró, su voz temblorosa. El horror de lo que acababa de escuchar la dejó paralizada por un instante. Su respiración se volvió entrecortada, y sus manos temblaron ligeramente mientras intentaba asimilarlo—. ¿Qué intentan hacer?

Elijah sostuvo su mirada, hablándole con un tono cargado de asco y gravedad.

—Intentan cruzar material genético híbrido, principalmente con animales marinos. Están obsesionados con crear lo que llaman “la simiente perfecta de Dagón”.

Golpeó el manuscrito que había colocado sobre la mesa, un gesto que indicaba con claridad que en sus páginas se encontraba gran parte de la información que les había compartido.

—¿Esas... cosas que vimos en los tanques? —preguntó Elias finalmente.

—Exactamente. Y como mencioné, han continuado desde entonces —afirmó Elijah con pesadez—. Muchas de esas criaturas son resultados fallidos de sus experimentos. La mayoría sucumbieron en las primeras etapas, deformes e incapaces de sobrevivir al proceso. Sin embargo, con el tiempo, lograron desarrollar unos pocos casos de híbridos que pudieron superar las fases iniciales.

Hizo una pausa, para luego añadir:

—Los hombres extraños que los han estado persiguiendo son el resultado más avanzado de sus investigaciones. Han perfeccionado su método lo suficiente como para crear servidores funcionales: seres completamente leales, carentes de voluntad propia y diseñados únicamente para obedecer.

Becky, incapaz de contener su reacción, se llevó una mano a la boca, mientras sus ojos reflejaban la magnitud del horror que acababa de escuchar.

—Esto... esto es monstruoso.

—Monstruoso, sí. Pero también calculado —afirmó Elijah con firmeza, manteniendo su mirada seria—. Han tomado algo tan sagrado como la fe y lo han transformado en un arma para controlar, explotar y destruir. Lo que enfrentamos no es solo un culto, sino una red profundamente enraizada de corrupción, delincuencia e inmoralidad que trasciende lo humano.

Elias y Becky se miraron, atrapados en un torbellino de incredulidad y terror. El silencio volvió a adueñarse de la sala, pero no era vacío; era denso, opresivo, cargado con el peso de la verdad que acababan de escuchar. Elias tragó saliva con dificultad, apartando un mechón de cabello rebelde de su rostro. Su mente luchaba por asimilar todo mientras su mirada oscilaba entre la fotografía sobre la mesa y Elijah. Un escalofrío le recorrió la espalda, y la idea de enfrentarse a algo tan retorcido y antinatural lo dejó sin palabras por un momento.

—Híbridos... tal como me lo advertiste —dijo Elias finalmente, mirando a Becky con seriedad—. ¿Cómo es posible?

Elijah lo miró fijamente, sus ojos reflejando una gravedad insondable.

—No es solo posible. Es un hecho. Las pruebas están aquí, y los frutos de todo esto están allá afuera.

Elias y Becky comprendieron al instante. Los “anfíbios” que los habían atacado en varias ocasiones y que casi mataron a Michael Goodman no eran simples delincuentes. Ahora sabían que eran algo mucho peor: guardianes de la Orden, creados para proteger sus secretos.

Becky apoyó las manos sobre la mesa, intentando sostenerse. Aunque su gesto parecía calmado, sus ojos delataban la ansiedad y el desasosiego que la invadían. Su respiración, pausada pero tensa, reflejaba la magnitud de lo que acababan de descubrir.

Rompiendo el silencio, Elijah continuó, su voz ahora más baja, casi un susurro, como si lo que estaba a punto de decir fuera demasiado oscuro para ser pronunciado en voz alta.

—Pero no se detiene ahí. Los líderes de la Orden de Dagón se llaman a sí mismos "hijos del mar". Afirman hablar directamente con el espíritu de Dagón y están trabajando para traerlo de vuelta al mundo físico. Incluso su líder actual, Ronald Lugner, proclama abiertamente que su misión es encarnar a Dagón en la tierra.

Hizo una pausa, dejando que el peso de sus palabras se asentara sobre ellos como una losa, antes de continuar.

—Utilizan blasfemias grotescas en sus rituales. Han ofrecido pan y vino al mar y a los lagos, en una parodia horrenda de la Cena del Señor, como si intentaran burlarse de Cristo mismo.

Elias sintió un escalofrío recorrer su cuerpo. Su mente trataba de comprender las palabras de Elijah, pero cada revelación parecía abrir un abismo aún mayor entre la incredulidad y el terror.

—¿Intentan traer de vuelta a Dagón? —murmuró finalmente, mientras las palabras del Dr. Sarfatti resonaban en su mente: "La Orden de Dagón no es solo un culto. Es un ataque directo contra la verdad de Cristo, una guerra espiritual disfrazada de fanatismo religioso."

Elijah asintió en silencio. Su semblante reflejaba un agotamiento profundo, tanto físico como emocional. Las líneas en su rostro y las canas en su cabello contaban historias de noches en vela y años cargados de secretos. Por un momento, sus ojos se perdieron en la distancia, y una leve sonrisa apareció en su rostro, como si el peso que había llevado durante tanto tiempo comenzara a disiparse al compartir lo que había descubierto. Había algo casi liberador en su confesión, como si, por primera vez en años, pudiera respirar con algo de alivio.

Capítulo 31 — Jerusalén, Israel 990 a.C.

La luna llena bañaba Jerusalén con su luz serena, envolviendo la ciudad en un manto plateado. Desde la terraza del palacio, David observaba en silencio las casas sumidas en la paz de la noche. Sin embargo, en su interior, el silencio era extraño; un conflicto ardía con más intensidad que cualquier batalla que hubiera enfrentado.

Mientras sus ejércitos luchaban contra los amonitas en Rabá, David permanecía en Jerusalén, una decisión que lo consumía. Sus pasos resonaban por los pasillos vacíos, burlándose de su soledad. Siempre había liderado desde el frente, pero ahora estaba distante. Se sentía atrapado, agotado no solo físicamente, sino en el alma.

Se detuvo junto a una ventana que daba al patio interior. La luz de la luna delineaba su rostro, marcado por el tiempo y las cicatrices de las batallas. Apoyó las manos en el marco de piedra y cerró los ojos, dejando que sus pensamientos lo arrastraran.

“¿Qué me ha pasado? ¿Dónde está el joven que enfrentó a Goliat con fe inquebrantable? ¿Dónde quedó ese pastor lleno de coraje? ¿Me he perdido en el camino?”

El peso de sus preguntas lo hizo suspirar con amargura. Recordó el día en que Samuel lo ungió, un muchacho insignificante para su familia, pero escogido por Dios. En ese momento, había sentido el fuego del llamado divino. Pero ahora...

“¿Sigo siendo ese hombre? ¿O me he convertido en una sombra del rey que Dios esperaba?”

Abrió los ojos y se vio reflejado en el cristal de la ventana. Las líneas de su rostro eran más profundas, su cabello, antes oscuro, mostraba mechones platinados como signos del tiempo. Se llevó la mano al pecho, buscando la presencia de Dios que antes sentía tan cerca.

"¿Dónde estás, Señor? ¿Por qué me siento tan solo? Estoy rodeado de sirvientes y riquezas, pero dentro de mí hay un abismo. Mis esposas no llenan este vacío, y mis hijos apenas me conocen. ¿Es esta la vida que soñé cuando cantaba tus alabanzas en las colinas de Belén?"

David se apartó de la ventana y caminó por la terraza, llegando a un rincón donde la vista de la ciudad era amplia. Contempló Jerusalén dormida, su reino, mientras el eco lejano de los guardias flotaba en el aire. La calma reinaba, pero su alma era un torbellino.

"Soy rey, pero no lo siento así. Mis hombres luchan en Rabá, y yo aquí, incapaz de enfrentar mi debilidad. No es la batalla lo que temo, es este vacío que crece dentro de mí. ¿Qué clase de líder abandona a su pueblo en su hora de necesidad?"

Pensó en los gibborim, aquellos hombres transformados junto a él en la cueva de Adulam, hombres quebrantados que compartieron su lucha. Ellos habían estado con él en los días más oscuros, cuando la esperanza parecía lejana.

"¿Qué pensarían al verme así?", se preguntó sintiendo el peso de su depresión aplastando su corazón.

"Soy un cobarde. No es cansancio físico; es miedo. Miedo de no ser suficiente, de que mi tiempo ha pasado. Miedo de lo que Dios podría mostrarme si me detengo y escucho. ¿Acaso sigo siendo el ungido, o he caído de su gracia sin darme cuenta?"

Se llevó las manos al rostro, ocultándolo en un gesto de desesperación. La noche lo envolvía, pero dentro de él, las emociones rugían sin control. Entonces recordó las palabras del profeta Samuel:

"Jehová no mira lo que mira el hombre; el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón."

—¿Qué ves, Hashem, bendito sea Tu nombre, en mi corazón ahora? —susurró, su voz quebrada mientras las lágrimas caían.

La luz de la luna seguía bañando las calles de Jerusalén, pero dentro del palacio, esa serenidad contrastaba con la tormenta que rugía en el interior de David. Se sentía atrapado en un abismo sin fondo, luchando contra pensamientos que no podía silenciar.

Esa noche, tras deambular por los pasillos del palacio, subió a la azotea, buscando despejar su mente. Desde allí, su mirada se dirigió instintivamente hacia la casa vecina. Lo que contempló lo dejó sin aliento.

Bajo la luz plateada de la luna, una figura grácil se bañaba en una pileta de agua cristalina. Su cabello oscuro caía en cascada sobre sus hombros, brillando como un manto. Cada movimiento era delicado, casi hipnótico, como una danza que parecía surgir del agua misma. La escena lo golpeó con la fuerza de una flecha, despertando en él un deseo desbordante.

David intentó apartar la mirada, pero la imagen se grabó profundamente en su mente. Su corazón latía con una intensidad ajena a las batallas. Cerró los ojos, intentando recordar el mandamiento: *"No codiciarás la mujer de tu prójimo"*. Pero ahora, ese mandato parecía un eco lejano.

"Solo una mirada más", se justificó, apoyando las manos en la fría balaustrada de piedra. Luchaba contra una voz interna que le susurraba que estaba jugando con fuego, pero su voluntad se quebraba ante la visión. La belleza de la mujer lo atraía con una fuerza imposible de ignorar.

Esa noche, apenas pudo dormir. La imagen de la mujer bañándose lo perseguía, incluso con los ojos cerrados. Al amanecer, su ansiedad era palpable. Trató de distraerse con sus responsabilidades, pero todo parecía trivial en comparación con el torbellino interno. Finalmente, sucumbió a su obsesión.

Llamó a sus siervos con firmeza:

—Quiero saber quién vive en la casa junto al palacio.

Horas después, uno de ellos regresó con la información:

—Mi señor, su nombre es Betsabé, hija de Eliam, esposa de Urías el hitita.

El nombre “Urías” resonó en la mente de David como un martillazo. Urías, uno de sus gibborim, uno de sus guerreros valientes. La vergüenza lo golpeó de inmediato, seguida de una decepción inesperada.

“¿Su esposa?”, pensó incrédulo. Había esperado que fuera una criada o una sierva. Pero no, era la esposa de Urías, el hombre que había luchado a su lado en los días más oscuros, antes de ser rey.

—Tiene poco tiempo de casada —continuó el siervo—. Proviene de una región cercana a Hebrón, y su belleza es conocida incluso fuera de estas tierras.

Esas palabras solo alimentaron la obsesión de David. Apretó los labios, conteniendo el torbellino de emociones que lo invadían.

“¿Por qué, Señor? ¿Por qué ella? ¿Por qué ahora?” se preguntó.

“Tal vez es una señal, una oportunidad que no debería dejar pasar”, razonó, buscando justificar lo que su corazón deseaba.

Pero en lo más profundo, una pequeña voz le recordaba la verdad que intentaba ignorar: sabía que estaba equivocado. Las palabras de Samuel resonaron en su mente: “*Jehová mira el corazón*”. David trató de reprimir las dudas, convencido de que no haría nada indebido. Solo quería conocerla, entender por qué no podía sacarla de su mente. Pero, incluso mientras se decía esto, el deseo nublaba su juicio.

Finalmente, tomó una decisión.

—¡Tráiganme a Betsabé! Díganle que su rey desea hablar con ella.

El siervo salió a cumplir la orden. David permaneció de pie, mirando hacia la casa vecina. En su interior, una batalla se libraba.

“¿Qué clase de hombre soy?”, pensó, mirando su reflejo en un vaso de bronce. Su rostro, marcado por el tiempo y las batallas, no mostraba al pastor de Belén ni al joven que venció a Goliat. Mostraba a un hombre desgastado, atrapado por su propia debilidad.

Mientras esperaba la llegada de Betsabé, una voz le decía que aún podía detenerse, pero otra, más sutil y peligrosa, susurraba: “*Eres el rey. ¿Qué puede detenerte? Tú mereces todo lo que deseas.*”

David no lo sabía, pero estaba a punto de enfrentar un gigante más grande que Goliat: su propio corazón.

— * —

La recámara del rey contaba con una amplia sala adyacente, donde solo los más cercanos eran recibidos. La luz tenue de las lámparas de aceite proyectaba sombras danzantes en las paredes, mientras una mesa central con frutas, panes recién horneados y una jarra de vino aromático reflejaba una preparación meticulosa. David había planeado cada detalle; esa noche no quería testigos.

Cuando Betsabé entró, anunciada por un siervo, David se levantó de inmediato. La visión de la joven lo dejó sin palabras. Su vestido de lino azul pálido, con bordados cobrizos que capturaban la luz, la hacía brillar con una delicadeza cautivadora. Su cabello oscuro caía sobre sus hombros, y sus ojos expresaban una mezcla de curiosidad y nerviosismo.

David la observó mientras avanzaba hacia la mesa. Sus movimientos eran naturales, gráciles, aunque tenía un leve temblor en sus manos que apenas podía disimular.

—Bienvenida, Betsabé —dijo David con una sonrisa cálida.

Betsabé se inclinó ligeramente en señal de respeto y se sentó con una postura recta y modesta, revelando cautela. David la observó detenidamente, atrapado no solo por su belleza, sino por la mezcla de juventud e inocencia que irradiaba.

—Espero que te sientas cómoda aquí —dijo David, sirviendo una copa de vino y colocándola frente a ella—. Es un honor tenerte en mi mesa.

Betsabé, desconcertada, dejó que su mirada recorriera la estancia, notando la ausencia de sirvientes.

—Gracias, mi señor —respondió suavemente, inclinando la cabeza—. El honor es mío.

David, notando su cautela, sonrió e inició una conversación ligera.

—Cuéntame, ¿cómo están las cosas en tu hogar? ¿Cómo está Urías?

Al escuchar el nombre de su esposo, Betsabé pareció relajarse, mostrando una sonrisa afectuosa.

—Urías es un hombre maravilloso, mi señor. Valiente, leal... siempre habla de usted con admiración. Dice que servirle es el mayor honor de su vida.

David asintió sinceramente, pero una punzada de vergüenza lo alcanzó. Apartó la mirada, por un instante, David deseó detener todo. Quiso enviar a Betsabé de regreso a su hogar, pero una voz en su mente le susurró: *“Eres el rey. Eres el ungido. Lo que deseas te pertenece.”*

Este pensamiento avivó la batalla interna. Su conciencia le pedía detenerse, recordándole el abuso de su autoridad. David volvió a mirarla y esbozó una sonrisa, intentando ocultar la confusión que lo atormentaba.

—Debe ser un privilegio para él tener una esposa tan joven y hermosa —dijo, como si fuera un cumplido casual.

—Mi señor, solo intento ser una buena esposa —respondió Betsabé, sorprendida.

—Pero me sorprende que te haya dejado sola —continuó David en un tono más suave y persuasivo—. Una mujer como tú debería estar siempre protegida.

Betsabé, buscando una respuesta que no fuera irrespetuosa, intentó mantener la calma.

—Mi señor, él está cumpliendo con su deber. Como todos los hombres de Israel, está donde debe estar.

—Y, sin embargo, siento que Dios ha puesto en mi corazón el deseo de cuidar de ti esta noche —dijo David sin detenerse, acercándose un poco más.

Betsabé lo miró desconcertada.

—No necesitas entenderlo ahora —dijo suavemente fijando su mirada en ella—. Solo quiero que sepas que eres especial, que esta noche estoy aquí para ti.

El silencio se volvió pesado, y Betsabé, atrapada entre el respeto hacia el rey y su creciente incomodidad, luchaba por comprender sus palabras. David, cegado por el deseo, justificaba sus acciones como si estuvieran respaldadas por su autoridad divina.

—Eres diferente a lo que imaginé —dijo David, tratando de aligerar la conversación, aunque una inquietud persistía en Betsabe.

—¿Diferente? —preguntó ella con curiosidad.

David tomó un momento antes de responder.

—No solo eres hermosa. Hay algo en ti que va más allá. Una gracia natural... como si llevaras contigo una luz que ilumina este lugar.

Betsabé sintió su corazón acelerarse ante sus palabras. Estaba frente al rey, el ungido por Dios, y cada frase parecía envolverla en una bruma cálida.

—Mi rey, no estoy segura de lo que espera de mí... —respondió Betsabé, apartándose con incomodidad.

David sonrió suavemente, intentado tranquilizarla, mientras tomaba la jarra de vino y llenaba nuevamente su copa.

—Llevas tanto sobre tus hombros —dijo, con voz empática—. Ser la esposa de un guerrero tan valiente como Urías no debe ser fácil.

Betsabé miró la copa, nerviosa, y respondió casi en un susurro:

—Mi señor, Urías siempre ha sido un hombre dedicado. Yo solo intento ser digna de él.

—¡Digna de él!—repitió reflexionando sobre sus palabras—. Betsabé, podrías ser digna de reyes. No cualquiera es digno de ti.

Con una sutileza venenosa, David continuó:

—Tu belleza no es solo exterior, es un reflejo del favor de Dios. Y tu juventud... es un don que merece ser apreciado, cuidado, celebrado.

Betsabé, confundida, levantó los ojos hacia él. Sentía el peso de su autoridad y su carisma envolviéndola, mientras su corazón se aceleraba.

—Mi señor, no entiendo lo que dice... —susurró, visiblemente perturbada.

David ignoró su inquietud, acercándose más, colocando una mano suave sobre su rostro.

—Lo que digo —prosiguió, con calma— es que esta noche no hay nada que temer.

Betsabé, atrapada entre la admiración y la creciente incomodidad, abrió la boca para responder, pero sus palabras quedaron atrapadas. Antes de que pudiera hablar, David la calló con un beso lleno de ternura.

La joven, desconcertada, asintió lentamente, sin encontrar palabras ni fuerza para oponerse. El carisma de David había doblegado su voluntad, al menos por ese momento.

Bajo la luz tenue de las lámparas, David avanzaba, temerariamente, hacia un precipicio que lo marcaría para siempre. En ese instante, el hombre conocido como el “conforme al corazón de Dios” no caía ante un gigante de carne y hueso, sino ante el más implacable de todos: el gigante de su propio deseo

— * —

David estaba en su estudio, rodeado de pergaminos y mapas, tratando de distraerse de la inquietud que lo consumía desde aquella noche. La calma que buscaba fue interrumpida cuando un sirviente le entregó una nota.

David la abrió con manos temblorosas. El mensaje era breve:

“Estoy embarazada. Betsabé.”

Con la carta sobre la mesa, David caminó de un lado a otro, sintiendo cómo la culpa lo consumía.

“Esto se sabrá. Mi reino, mi relación con Dios, todo se desmoronará si esto se descubre.”

Llamó a un siervo de confianza y ordenó:

—Tráiganme a Urías. Esta en el campo de batalla. Díganle que su rey le llama con urgencia.

Mientras esperaba, recordó la lealtad de Urías, uno de sus guerreros más fieles. *“¿Cómo pude permitir esto?”* pensó.

Tras largas horas, Urías llegó, David lo recibió con una sonrisa forzada.

—Urías, ¿cómo va la batalla en Rabá? —preguntó David.

—El ejército está firme, mi señor. La batalla sigue siendo feroz —respondió Urías con honestidad.

David ocultó la tensión en su rostro. Pensó en un plan: hacer que Urías regresara a su casa para que nadie sospechara del embarazo. Pero cuando le ofreció un permiso para descansar, Urías se negó.

—No puedo, mi señor. Los hombres de Israel están en el campo, ¿cómo podría descansar en mi casa?

Las palabras de Urías lo atravesaron como un puñal.

“Estoy traicionando a un hombre leal”

Esa noche, Urías durmió en el suelo del palacio. David lo observó desde su ventana, pero la culpa no fue suficiente para detenerlo.

Al día siguiente, David intentó nuevamente. Invitó a Urías a cenar y le sirvió vino, esperando que la embriaguez lo llevara a casa, pero Urías permaneció fiel y no fue a casa.

David estaba desesperado. Finalmente, ordenó traer a Urías ante él.

—¡Es urgente! —dijo con voz grave.

Mientras esperaba, escribió una carta a Joab, su general, con una orden que lo perseguiría para siempre: "

“Coloca a Urías en el frente más peligroso de la batalla. Cuando el ataque comience, retírense de él.”

Cuando Urías llegó, David le entregó la carta.

—Lleva esta carta a Joab —dijo David con voz grave —Es urgente.

Urías aceptó la carta sin dudar, sin saber que estaba llevando la misiva que lo estaba condenando a la muerte.

David lo observó salir, conforme avanzaba por los pasillos del palacio, cada paso resonaba en su conciencia.

“¿Qué tipo de hombre soy?” pensó, pero la voz interior que lo advertía fue silenciada por el miedo.

David tragó saliva. Cerró los ojos con fuerza y, en un instante de lucidez brutal, el pensamiento se deslizó por su mente como una daga:

“¿Ahora no solo soy un corruptor, también soy un asesino?”

Quería gritar, quería llorar, pero no pudo. Miró por la ventana y sus ojos permanecieron fijos en el camino polvoriento que Urías dejaba atrás. Todo parecía continuar con una normalidad que se sentía ajena y cruel. El sol brillaba con intensidad sobre Jerusalén, bañando la ciudad con una luz cegadora, mientras que en el corazón del rey la noche se hacía cada vez más oscura.

— * —

Cuando llegaron las noticias de la muerte de Urías, David pensó que su pecado estaba oculto. Respiró aliviado, tratando de convencer a su conciencia de que todo estaba bajo control. El plan había funcionado, o al menos así lo creía.

Semanas después, en un intento de parecer compasivo, tomó a Betsabé como esposa, justificando su acción como un acto de protección hacia la viuda de su amigo. Betsabé aceptó, no por amor, sino por respeto a la memoria de Urías, aunque en su corazón sabía que nada podría llenar el vacío que él había dejado.

David trató de seguir adelante, actuando como si todo estuviera en orden. Para la corte y el pueblo, su decisión parecía un acto de misericordia. Pero Dios, que ve más allá de las apariencias, conocía la verdad.

Cuando el hijo de Betsabé nació, Natan, el profeta, visito a su amigo el rey.

El profeta Natán llegó al palacio con una autoridad que no requería presentación. Su entrada silenciosa y firme contrastó con la cordialidad que David esperaba. Cuando Natán habló, su tono serio dejó claro que había algo urgente que tratar.

—Rey, tengo un caso que requiere tu juicio —dijo Natán sin preámbulos.

David, desconcertado por la seriedad, inclinó la cabeza para escuchar.

—Había dos hombres en una ciudad. Uno rico, con muchas ovejas; el otro, pobre, con una sola, que trataba como a una hija. Cuando un visitante llegó, el rico le robó la oveja al pobre —contó Natán— Y no conforme con eso, la mató.

David se levantó, furioso.

—¡Ese hombre merece la muerte! —exclamó—. ¡Pagará cuatro veces lo que robó!

La mirada de Natán se puso firme y fría como una roca desconcertando al Rey David, para luego, escuchar su voz tronar contra él.

—¡Tú eres ese hombre! —sentenció.

David retrocedió, golpeado por la revelación.

—Mataste a Urías con la espada de los amonitas y tomaste su esposa — continuó Natán—. Por tanto, el mal no se apartará de tu casa. Despreciaste al Señor y Su palabra.

David cayó de rodillas, abrumado por la culpa.

—¡He pecado contra Hashem! —susurró con la voz quebrada por el dolor.

Natán, con compasión y pesar, pero permaneció inmóvil observando el quebranto del rey. David, entre sollozos, tomó su decacordio de un rincón donde yacía empolvado y comenzó a tocar, su voz alzaba en lamento entrecortada, con los ojos y la nariz llenos de lágrimas y con una angustia palpable, cantó:

“Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio...”

Con compasión, Natán rompió el silencio.

—Jehová ha perdonado tu pecado; no morirás. Pero la espada nunca se apartará de tu casa. Lo que hiciste en secreto, Dios lo expondrá a la luz.

David no respondió. Sus dedos siguieron tocando el decacordio, mientras su voz, rota pero ferviente, continuaba:

"Vuélveme el gozo de tu salvación, y espíritu noble me sustente."

Natán sabía que su misión estaba cumplida, así que comenzó a caminar hacia la salida. Sus pasos, al principio firmes y decididos, se hicieron lentos y acompasados, como si quisiera alargar el momento, escuchando desde la distancia el canto de David, un lamento de dolor, confesión y esperanza.

David quedó solo, con la melodía del decacordio llenando la habitación como un eco de su corazón quebrantado. En su interior, un diálogo lo consumía:

“¿Cómo permití que mi corazón se corrompiera así? ¿Cómo traicioné a Urías y al Dios que me levantó?”

Las palabras de Natán resonaban en su mente: *“Lo que hiciste en secreto, Dios lo expondrá a la luz.”*

Supo que no podía huir de la verdad. El pecado oculto crece en la oscuridad, pero la confesión y el arrepentimiento son las armas que lo destruyen.

Sin dejar de tocar, David sintió algo inesperado: alivio. Las cadenas invisibles que lo ataban comenzaron a soltarse. En su corazón, otro canto nacía:

“Hashem, Adonai, no desprecias el corazón contrito. Tú levantas al que se humilla, restauras al que confiesa con sinceridad.”

Y así, mientras su canto ascendía al cielo, David supo que, aunque el camino sería difícil, el Dios que lo había llamado no lo abandonaría. En la profundidad de su caída, halló la mano extendida de su Dios, lista para levantarlo una vez más.

Capítulo 32 — Honey Island Swamp, Luisiana, Siglo XXI

El silencio que envolvía la cabaña era opresivo, como si las revelaciones de Elijah hubieran impregnado cada rincón con un peso casi tangible. Becky llevó una mano a su pecho, tratando de calmar los frenéticos latidos de su corazón mientras su mente luchaba por procesar la maraña de incredulidad y repulsión que la invadía.

Elias cerró los ojos por un instante, su rostro reflejaba el esfuerzo de asimilar lo que acababan de escuchar. Tragó saliva con dificultad, sintiendo un escalofrío recorrer su espalda mientras las palabras de Elijah seguían resonando en su mente.

Becky cerró los ojos de nuevo, inhalando profundamente, luchando por estabilizar su respiración agitada. Permaneció en silencio un momento, como si el simple acto de respirar pudiera ordenar sus pensamientos. Cuando los abrió, su mirada había cambiado. La incredulidad y el miedo que antes dominaban su rostro ahora habían dado paso a una firme resolución.

—Entonces, no podemos quedarnos aquí —dijo finalmente, con convicción—. Esto no puede continuar. Tenemos que detenerlos.

Elias y Elijah intercambiaron una mirada. En los ojos de Becky vieron un valor renovado. Sabían que lo que enfrentaban era monstruoso, pero retroceder ya no era una opción.

—¿Qué hacemos con esto? —preguntó Becky, señalando los documentos y fotografías dispersos sobre la mesa, cargada de urgencia y determinación.

Elijah cerró el grueso manuscrito con un golpe seco que resonó en la habitación, atrayendo la atención de ambos.

—Primero, necesitamos exponerlos. Pero no será fácil. Han perfeccionado el arte de la mentira, y enfrentar esa oscuridad requerirá más que palabras. Sí, pero sobre todo, necesitamos oración. Esta batalla no es solo física; es espiritual.

Sin decir más, Elijah extendió sus manos hacia Becky y Elias. La sorpresa cruzó el rostro de Becky por un instante, pero rápidamente tomó la mano de Elijah, asintiendo con un gesto casi imperceptible. Sus ojos, que antes reflejaban confusión y miedo, ahora estaban llenos de emoción contenida, como si la simple invitación a orar encendiera algo profundo en su interior.

Elias, por su parte, vaciló. Pero algo había cambiado tras las experiencias vividas durante las últimas semanas y después de haber conocido a Wesley, Caleb y ahora a Elijah. Finalmente, con una expresión de respeto y humildad, tomó la mano de Elijah.

Elijah Washington inclinó la cabeza y comenzó a orar. Con voz firme pero serena, pidió sabiduría, fortaleza y la protección de Dios sobre ellos. La oración fue sencilla, breve y directa, sin adornos innecesarios, pero cargada de profundidad y sinceridad, como si cada palabra brotara directamente del alma.

Becky cerró los ojos, permitiendo que las palabras de Elijah calaran profundamente en su espíritu. Una mezcla de paz y determinación la envolvió, como si la oración hubiera tocado algo dentro de ella que necesitaba ser restaurado. Elias, con los ojos entreabiertos, observó el suelo mientras reflexionaba. Recordó al hombre que había sido: escéptico y distante frente a cualquier práctica espiritual. Pero ahora, tras todo lo vivido, sentía algo diferente. La oración ya no le parecía un simple ritual vacío, sino un acto genuino de entrega y esperanza. En ese instante, percibió una conexión real con el momento, y un agradecimiento sincero brotó en su interior por estar ahí, a pesar de lo extraño que parecía.

Cuando Elijah terminó, los miró con una ligera sonrisa. Aunque el reto frente a ellos seguía presente, el ambiente en la habitación parecía haber cambiado. Un sentimiento de renovación flotaba en el aire, como si la breve oración hubiera encendido una chispa en cada uno de ellos.

Elijah apretó ligeramente las manos de Becky y Elias antes de soltarlas. Luego, dio una sonora palmada que resonó en la habitación, como un llamado a la acción. Se inclinó sobre la mesa, enfocando su atención en el mapa extendido frente a ellos. Varias ubicaciones estaban marcadas con círculos rojos, cada una representando un punto clave en la red oscura que habían descubierto.

—Aquí —dijo Elijah, señalando una ubicación con precisión—. Esta es la matriz: la iglesia *Palabra de Vida* en Gloucester, Massachusetts. Es la más importante y una de las más grandes de sus congregaciones. Todo lo que hemos visto hasta ahora converge en este lugar.

Becky y Elias miraron el mapa con atención. Sus expresiones ya no reflejaban solo tensión o miedo; había un propósito claro en sus miradas.

—Está estratégicamente ubicada a unos pocos kilómetros del puerto—comentó Elijah con voz firme.

Elias desvió la mirada hacia Becky, recordando su primer encuentro en el *One Café* de Filadelfia. En ese momento, había escuchado incrédulo sobre la secta y sus oscuros orígenes, creyendo que eran solo historias exageradas. Ahora, esos relatos cobraban una realidad abrumadora. Intrigado, se inclinó sobre el mapa, observando detenidamente la ubicación marcada.

Elijah, con movimientos precisos, hurgó entre las fotografías esparcidas sobre la mesa, buscando algo específico. Finalmente, seleccionó un par y las colocó frente a Elias y Becky.

—Estas son fotos tomadas hace unos años de ese lugar —dijo, señalándolas con un dedo—. Y debajo de ese edificio que funciona como templo, hay instalaciones subterráneas. Es allí donde realizan sus experimentos genéticos. Solo los más altos en su jerarquía tienen acceso. También es el lugar donde celebran sus cultos oscuros.

—Paradójico —expresó Elias dejando escapar una breve risa cargada de ironía—. En la superficie, cultos cristianos; y debajo, ceremonias dedicadas a dioses extraños.

Becky soltó un suspiro contenido fijando sus ojos en las fotografías. Cada detalle parecía tan oscuro como las revelaciones que acababan de escuchar.

—Estas fotos muestran las instalaciones exteriores y una pequeña entrada que conecta con los túneles subterráneos —añadió Elijah—. Es la única evidencia visual que tenemos, y fue extremadamente difícil obtenerla.

Becky tomó una de las imágenes entre sus manos, escudriñándola con atención.

—¿Cómo podemos acercarnos a un lugar así? —preguntó, su voz reflejando frustración y preocupación—. La única manera parece ser a través del templo, que tiene el aspecto genuino de una iglesia cristiana. Y si tienen tantos recursos como dices...

—Deberán ser extremadamente cautelosos —interrumpió Elijah con rostro grave—. Y necesitaremos la ayuda de alguien que pueda facilitarnos la entrada. Esta gente no solo protege sus secretos con hombres como esos "anfibiaos", también tienen contactos, poder político e influencia. Operan en las sombras con un nivel de organización que no podemos subestimar.

Elias levantó la vista con una chispa de entusiasmo. Ajustó sus lentes sobre la nariz y habló rápidamente.

—¡No son los únicos que tienen contactos! Conozco a alguien que podría ayudarnos —dijo, interrumpiendo a Elijah—. El Dr. Sarfatti. Él conoce personas, y estoy seguro de que puede contactar a alguien. Incluso creo que tiene conexiones en el FBI que podrían interesarse en este caso.

Elias sacó su celular, dispuesto a llamar de inmediato, pero inmediatamente hizo una mueca de frustración.

—¡Rayos! No hay señal en este lugar tan remoto —dijo con enfado, sacudiendo el dispositivo como si eso fuera a cambiar algo.

—Le llamarás una vez que salgan del pantano —respondió Elijah con calma, esbozando una leve sonrisa.

Elias guardó el celular en el bolsillo trasero de su pantalón y asintió con un dejo de decepción.

—Ok, entonces, manos a la obra —dijo Becky, intentando sonar optimista—. Con lo que tenemos aquí, creo que podemos exponerlos. Incluso, si es necesario, lo haremos público en medios digitales y tradicionales. Esta es una noticia que sin duda interesará a mis editores en el periódico.

Elijah levantó una mano, deteniéndola con una mirada seria que la instaba a la cautela.

—Recuerden que exponerlos no será suficiente —advirtió con gravedad—. Esto va mucho más allá de evidencias. Si actúan sin sabiduría, los silenciarán antes de que puedan hacer algo.

Becky se apoyó en la mesa, buscando la mirada de Elijah. Finalmente, asintió, comprendiendo plenamente el significado de sus palabras.

—Entonces, hagámoslo bien —respondió con firmeza—. Sin errores. Sin imprudencias.

Elijah los observó, tomando un momento para evaluar sus expresiones. Lo que vio en ellos no era la ausencia de miedo, sino una determinación que brillaba incluso en medio de la incertidumbre.

—Sí —dijo finalmente, con un leve asentimiento—. Necesitamos toda la ayuda posible, sobre todo la ayuda de Dios.

Elias y Becky se miraron y, sin necesidad de palabras, asintieron. Su convicción era evidente. Sabían que lo que enfrentaban estaba más allá de sus fuerzas, pero también comprendían que no podían dar marcha atrás.

— * —

Mientras organizaban los documentos para llevárselos como evidencia, los sonidos del pantano y sus criaturas se escuchaban afuera, donde las sombras de los cipreses cubiertos de musgo se mecían al ritmo del viento que atravesaba el bayou, como guardianes oscuros, testigos silenciosos de un secreto inquietante.

La noche había avanzado, y el tiempo parecía haberse detenido. La tenue luz de una lámpara parpadeaba sobre la mesa, iluminando mapas, documentos y fotografías esparcidos, cada uno un testimonio palpable de la maldad que enfrentaban. Elijah, Elias y Becky trabajaban en silencio; con movimientos urgentes y meticulosos ordenaban y preparaban la evidencia había tomado años de recopilación, y ahora dependía de ellos preservarla.

De repente, un ruido sordo fuera de la cabaña interrumpió la concentración. Becky, instintivamente, fijó la mirada en la puerta. Era claro que no estaban solos. Elias, con los músculos tensos, se acercó a un rincón y tomó un bastón de madera, improvisándolo como arma. Su agarre era firme, pero su respiración traicionaba su alerta.

Sin decir una palabra, Elijah caminó hacia la puerta trasera. Con movimientos rápidos y precisos, cerró los cerrojos, cuya robustez parecía haber sido diseñada para una ocasión como esta. La calma en sus gestos contrastaba con la creciente tensión en la cabaña. Un silencio inquietante llenó el aire, como si el pantano mismo anticipara algo mucho más oscuro.

Becky, con manos temblorosas, guardó apresuradamente algunos de los papeles en su mochila. Elias levantó la mirada, escaneando el entorno con ansiedad. Sus ojos se movían rápidamente de un rincón a otro. Entonces, un golpe seco contra la puerta cortó el silencio como un cuchillo. Becky se quedó inmóvil con sus ojos fijos en la entrada. Otro golpe resonó, esta vez rompiendo una de las ventanas. Los pedazos de vidrio cayeron al suelo provocando un estruendo. Becky no pudo apartar la mirada del cristal esparcido en el piso, como si fuera una evidencia tangible del ataque inminente.

—¿Qué fue eso? —murmuró Becky, casi sin aliento.

Elias apretó el bastón con tanta fuerza que sus nudillos comenzaron a palidecer. Otro golpe, más fuerte esta vez, sacudió la puerta principal. Las tablas crujieron bajo la presión, y pequeñas astillas comenzaron a desprenderse del marco. El siguiente impacto destrozó el cerrojo, y la puerta cedió con un

fuerte crujido, resonando como el último aliento de una barrera que no podía resistir más. La puerta se abrió de golpe, dejando ver solo la negra espesura del pantano en el exterior.

El silencio fue reemplazado por un sonido grotesco: pasos pesados resonaban sobre las tablas del porche, acompañados de un gorgoteo gutural que parecía provenir de varias gargantas al unísono.

—Están aquí —susurró Elias con voz tensa, cargada de un terror palpable.

De pronto, dos figuras emergieron de entre la espesura del bosque y se apostaron en el umbral de la puerta destrozada. Con movimientos pesados y calculados, cruzaron el marco de la entrada fijando sus miradas en sus presas. La luz parpadeante de la cabaña reveló sus figuras inquietantes. Había algo en su andar, fluido y casi reptiliano, que parecía diseñado para deslizarse por el entorno, pero al mismo tiempo, no dejaban de ser humanos.

Sin las capuchas que antes ocultaban sus rostros, las criaturas exhibían una piel casi translúcida que reflejaba la tenue iluminación con un brillo húmedo, como si estuvieran adaptadas a ambientes acuáticos más que terrestres. Vestían ropa deportiva descolorida y manchada de barro del pantano, aunque eso apenas lograba distraer de sus características más perturbadoras. Uno de ellos tenía ojos desproporcionadamente grandes y pálidos, con branquias visibles detrás de las orejas que se movían como si buscaran oxígeno. El otro, además, mostraba indicios de una barba, como si hubiera quedado atrapado en algún punto intermedio entre lo humano y lo monstruoso.

Becky se quedó inmóvil al verlo. Una ola de terror la atravesó al reconocer el rostro parcialmente humano del híbrido. Era el mismo que los había atacado en el parque Rittenhouse Square, y el mismo que había disparado contra su padre. Sus manos comenzaron a temblar mientras recordaba aquel momento con vívida claridad.

El híbrido de la barba inconspicua giró su rostro hacia su compañero y le habló emitiendo un sonido grave y gutural que parecía un lenguaje extraño.

—No... no puede ser... —murmuró Becky, con un hilo de voz apenas audible mientras retrocedía instintivamente.

Elijah notó su reacción y colocó una mano firme sobre el hombro de Becky.

—Becky, mantén la calma. También saldremos de esta —le dijo en un susurro, intentando anclarla escondiendo el propio pánico que amenaza con dominarlo.

—No parecen estar aquí solo para intimidar —logró decir Becky con la voz entrecortada mientras encendía la cámara de su celular y comenzaba a grabar.

—Señor, danos Tu fuerza. Tú peleas nuestras batallas —Elijah alzó las manos hacia el cielo, murmurando una oración que apenas fue escuchada.

Elias se plantó firme a pocos metros de las criaturas, sujetando el bastón con ambas manos. Su postura rígida y decidida contrastaba con el miedo reflejado en sus ojos. Becky, luchando por mantener la compostura, retrocedió hacia un rincón mientras enfocaba la cámara. Su mirada oscilaba entre el híbrido que reconocía y el peligro inminente que representaban ambos intrusos. Elijah, cerró los ojos y murmuró oraciones con la intensidad de quien confía en que su fe será un escudo contra la oscuridad que se cernía sobre ellos.

De repente, las criaturas avanzaron. Aunque sus movimientos eran lentos, cada paso estaba cargado de amenaza. La cabaña se llenó de una tensión asfixiante. El híbrido con barba giró su rostro hacia Becky; sus ojos, desproporcionadamente grandes y pálidos, parecían haberla reconocido.

Elias reaccionó primero, blandiendo el bastón con ambas manos y golpeando con fuerza a una de las criaturas. El impacto resonó en la cabaña, pero solo logró que el híbrido retrocediera un paso. La criatura giró su mirada hacia Elias, y en un instante, la furia desfiguró aún más su rostro inhumano. Con un movimiento rápido y brutal, le asestó un golpe con la mano abierta que envió a Elias tambaleándose hacia atrás. Perdió el equilibrio y se estrelló contra uno de los enormes libreros, causando que los libros cayeran, amplificando el caos en la habitación.

Becky observó con terror, el pánico se apoderó de ella al ver a Elias casi caer, indefenso ante el ataque.

Elias se incorporó con dificultad, moviéndose torpemente mientras trataba de sacudirse el aturdimiento. Su mente trabajaba frenéticamente, evaluando la desventaja frente a la descomunal fuerza de los invasores. Entonces, en un acto desesperado, su mirada se posó en la lámpara de gas que había en una pequeña mesa cercana. Sin pensarlo dos veces, la arrancó y, con un grito de determinación, la lanzó contra la criatura más cercana.

La lámpara impactó en el pecho del híbrido, estallando en llamas que envolvieron al monstruo en segundos. Su cuerpo se agitó frenéticamente, sus movimientos cada vez más erráticos mientras el fuego consumía su piel translúcida. Los gritos guturales del híbrido llenaron la cabaña en un sonido que combinaba dolor y furia.

El fuego se propagó rápidamente, trepando por las paredes y devorando las estanterías llenas de libros y documentos. Las llamas, alimentadas por los materiales inflamables, proyectaban sombras que danzaban frenéticamente por todo el interior de la cabaña.

El híbrido barbado, desconcertado por el calor y el resplandor de las llamas, se detuvo por un instante. Emitió un rugido profundo, mezcla de frustración y agonía. Su mirada vacilaba entre su compañero envuelto en llamas y los humanos frente a él, incapaz de decidir si atacar o retroceder.

El aire se impregnó del olor acre de papel quemado y madera carbonizada. Becky, con los ojos abiertos de par en par, se llevó una mano a la boca, su rostro atrapado entre el horror y la incredulidad.

—¡Elias! ¿Qué has hecho? —gritó con la voz quebrada.

—¡No teníamos otra opción! —respondió Elias, mientras recogía con desesperación los documentos que aún podía salvar del avance implacable del fuego.

Las llamas devoraban la cabaña con implacable voracidad, avanzando por las paredes y estanterías llenas de libros. Elijah, con el rostro marcado por una tristeza indescriptible, observaba impotente cómo las llamas consumían el legado de él y de los pastores que le precedieron. Las estanterías, repletas de Biblias, manuscritos y textos valiosos, comenzaron a colapsar bajo el calor abrasador. En el centro de la cabaña, la gran mesa redonda, coronada por una antigua Biblia, fue alcanzada por el fuego. Elijah la miró con dolor, como si una parte de su alma se redujera a cenizas junto a ella.

—¡Rápido! ¡Tomen lo que puedan! —exclamó Elijah con voz urgente, aferrando un pequeño puñado de libros con manos temblorosas antes de dirigirse hacia una puerta trasera.

Elias, consciente de que cada segundo era vital, abrió su mochila apresuradamente. En medio del caos, logró salvar la fotografía granulada de Von Hauser y Baltasar Marsh junto a los tanques de vidrio, además de varios papeles clave que Elijah había señalado como esenciales. Becky, aún grabando torpemente con su cámara, se apresuró a recoger un par de carpetas más, su respiración acelerada y manos temblorosas delataban su esfuerzo por mantener la calma.

A pesar de sus esfuerzos, la mayoría de los valiosos documentos y manuscritos quedaron atrapados en el avance implacable de las llamas, condenados a convertirse en cenizas.

La cabaña crujía ominosamente mientras las vigas comenzaban a ceder bajo el calor. El humo espeso llenaba el aire, volviéndolo irrespirable. En medio de la devastación, el híbrido barbado, desorientado por el calor y el resplandor, intentó avanzar torpemente hacia ellos. Sin embargo, el fuego se alzó como un muro ardiente, deteniéndolo en seco.

Con un rugido, el híbrido intentó pronunciar algo. Aunque Elias, Becky y Elijah no lograron entenderlo, la rabia descontrolada de la criatura intensificaba el crujido de la cabaña al borde del colapso. Golpeó con furia las paredes y el suelo, incapaz de atravesar las llamas que lo separaban de su objetivo.

Finalmente, al percibir la inevitable destrucción de la cabaña y la amenaza letal del fuego, el híbrido tomó una decisión instintiva. Con movimientos rápidos y reptilianos, se lanzó por la ventana rota con un estruendo que sorprendió a Elias, Elijah y Becky.

Los cristales restantes crujieron bajo su peso mientras desaparecía en la oscuridad exterior.

—¡Vamos, ahora! —gritó Elijah, señalando la puerta trasera, cuya superficie ya comenzaba a calentarse peligrosamente bajo la presión del fuego.

Con el calor abrasador oprimiéndolos y el humo envolviéndolos como una nube sofocante, Elias, Becky y Elijah se apresuraron hacia la salida. Sus respiraciones eran rápidas y entrecortadas, cada paso era un esfuerzo titánico por escapar del caos que los rodeaba.

Al cruzar el umbral, el aire fresco del exterior los golpeó con fuerza, pero no se detuvieron. Sin pensarlo, comenzaron a correr, adentrándose en la penumbra del bosque. Detrás de ellos, el resplandor de las llamas iluminaba la noche, mientras el humo ascendía hacia el cielo como un siniestro faro de destrucción y juicio.

A medida que se internaban en la oscuridad del pantano, las sombras proyectadas por el fuego danzaban entre los árboles, creando figuras retorcidas que parecían acecharlos. Cada crujido bajo sus pies, cada eco del fuego a sus espaldas, era un recordatorio del peligro que habían enfrentado y de la amenaza que aún los perseguía.

Elijah guiaba al grupo a través de los senderos que conocía bien, esforzándose por avanzar lo más rápido posible sin mirar atrás, urgido por alejarse cada vez más de la destrucción y del híbrido que había escapado entre las sombras. La noche del bayou, iluminada por el resplandor de la cabaña en llamas, se había convertido en el escenario de una lucha por la supervivencia.

— * —

El pantano era un laberinto oscuro y traicionero. Los tres corrían sin cesar, con los pies hundiéndose en el barro mientras las ramas bajas y las raíces ocultas parecían conspirar contra ellos. Cada paso era un desafío, el crujir de ramas rotas y el salpicar del agua marcaban su frenético avance a través de la espesura. Detrás de ellos, la criatura que había escapado del fuego los seguía con agilidad y seguridad, moviéndose con inquietante naturalidad en el terreno hostil que dificultaba a los fugitivos cada movimiento.

—¡Cuidado con las raíces! —gritó Elijah, justo cuando Elias tropezaba, logrando sostenerse a duras penas al aferrarse a un tronco caído.

Becky, girando la cabeza mientras corría, vio con horror al humanoide trepando ágilmente por un árbol cercano. Su silueta se fusionaba con la oscuridad, moviéndose con perturbadora precisión animal.

De un salto fluido, el híbrido descendió, aterrizando casi sin ruido, pero lo suficiente para que el corazón de Becky se estremeciera.

De repente, la criatura se detuvo, observándolos desde las sombras. Abrió la boca en un grito desgarrador de furia, pero no avanzó. Era como si marcara su territorio, dejándolos huir mientras su rugido resonaba en el pantano como una advertencia que caló hondo en los tres fugitivos.

—¡No se detengan! —exclamó Elias, apretando los documentos rescatados contra su pecho, su voz cargada de urgencia.

Finalmente, llegaron a la orilla del río, jadeantes y cubiertos de barro. Sus respiraciones entrecortadas competían con el eco distante del rugido de la criatura que los había perseguido. En ese momento, como si el destino les ofreciera un respiro, vieron al lanchero, apoyado despreocupadamente contra su embarcación. Con el sombrero ladeado y una sonrisa burlona, parecía que nada podría sorprenderlo, aunque sus ojos reflejaban un leve destello de alivio al verlos vivos.

—¿Van a quedarse ahí parados como estatuas o prefieren salir de este infierno? —dijo, alzando una ceja mientras señalaba la lancha.

Becky, todavía temblando, revisó rápidamente su mochila. Algunas carpetas habían sobrevivido al fuego y la huida, pero muchos documentos clave se habían perdido irremediablemente. Elias, con las manos aún temblorosas, sostenía la fotografía granulada. La observó unos segundos, asegurándose de que ese pequeño trozo de evidencia justificara el sacrificio, antes de guardarla con cuidado.

—¿Esto es normal para ustedes o solo es un mal día? —añadió el lanchero, encendiendo el motor con su tono despreocupado, como si intentara aliviar la tensión.

—Si esto fuera normal, ya estaríamos muertos —respondió Elias mientras ayudaba a Becky y Elijah a subir a bordo.

La lancha arrancó, y el rugido del motor rompió el silencio del pantano. Los tres miraron hacia la distancia, donde entre las sombras de los árboles del bayou, alcanzaron a distinguir la silueta del humanoide. Permanecía inmóvil, con los ojos fijos en ellos, llenos de amenaza, mientras el humo del incendio ascendía tras él.

En la lancha, el único sonido era el chapoteo del agua y el rugido constante del motor. Becky, todavía agitada, sacó su cámara con manos temblorosas y revisó las grabaciones. Allí estaban: imágenes claras de las criaturas, los documentos rescatados, y todo lo necesario para desenmascarar a la Orden.

—Al menos esto —Susurró.

Elijah, en el extremo de la lancha, observaba el humo que ascendía a lo lejos, marcando el lugar donde su cabaña y toda una vida de trabajo se habían ido con las llamas.

—Ahí se va mi vida de trabajo... pero no mi fe —murmuró encogiéndose los hombros.

Becky levantó la mirada hacia Elias.

—Perdimos tanto... —susurro con pesar:

Elias asintió lentamente. Aunque su rostro mostraba el agotamiento de las últimas horas, en sus ojos brillaba una determinación renovada.

—Sí, perdimos mucho. Pero lo que logramos salvar es suficiente. Con esto podemos continuar.

Elijah, con la mirada fija en el horizonte, dejó escapar un suspiro profundo antes de hablar.

—Dios quita, pero también provee —expreso con entusiasmo como tratando de animarse así mismo—. Esto no es el fin, sino el comienzo de algo más grande.

El lanchero, que había permanecido en silencio hasta entonces, soltó una carcajada breve, rompiendo la solemnidad del momento.

—Bueno, lo que sea que estén empezando, espero que no implique incendiar más cosas. Aunque, tengo que admitir, fue un espectáculo impresionante.

Becky dejó escapar una sonrisa cansada, agradeciendo el toque de ligereza que rompía de manera espontánea la tensión en el aire. Sin embargo, Elias frunció el ceño con suspicacia y fijó su mirada en el lanchero.

—Ya pasa de la medianoche —dijo Elias, con cautela—. Nuestro acuerdo era que nos esperaríamos al anochecer. ¿Por qué se quedó tanto tiempo esperándonos?

El hombre se encogió de hombros, aparentando indiferencia mientras ajustaba su sombrero desgastado.

—Supongo que alguien allá Arriba los quiere mucho —respondió con una sonrisa burlona—. No sé, cuando vi que se tardaban, me preocupé. Una pareja tan bonita, de luna de miel, buscando peligro en el bayou... no se ve todos los días.

—¡Ya le dije que no estamos casados y no estamos de luna de miel! —interrumpió Elias, claramente nervioso, mientras Becky y Elijah intercambiaban miradas cómplices, disfrutando de su incomodidad.

—Lo que sea —respondió el lanchero, dejando que la lancha avanzara suavemente—. La verdad, pensé irme, pero luego vi aquella llamarada enorme iluminando el cielo y pensé: “Algo malo está pasando, y como buen negro valiente del bayou, tengo que rescatarlos.” —Hizo una pausa, inclinándose hacia ellos con una sonrisa enigmática—. Bueno, esa fue mi intención al principio. Pero luego pensé: “Mejor me quedo un rato más, a ver si tienen suerte y logran salir por su cuenta.” ¡Y miren! Ahí estaban ustedes, corriendo como si el mismo diablo los persiguiera. ¡Cosas del bayou! —añadió con un tono críptico mientras aceleraba la lancha.

La embarcación avanzó lentamente, dejando atrás el incendio que consumía los restos de la cabaña. El humo comenzaba a disiparse, pero en los corazones de los tres sobrevivientes ardía un fuego diferente.

Becky giró la cabeza hacia Elias y le miró reflejando una mezcla de gratitud y tranquilidad. Elias, abrazando su mochila con los documentos rescatados contra su pecho, le devolvió la mirada. Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios, una señal de que, pese a todo, no se daban por vencidos.

—Tenemos lo necesario para exponerlos —dijo Elias con voz firme y cargada de convicción—. Y no estamos solos en esta lucha.

Desde la parte trasera de la lancha, Elijah los observaba en silencio. Su semblante reflejaba la calma de alguien que había librado muchas batallas, confiando siempre en que la fe era su mayor fortaleza. La luz de la luna iluminaba su rostro mientras, con voz suave, dijo:

—La verdad siempre prevalece, pero necesita hombres y mujeres valientes que la defiendan.

La lancha continuó avanzando, perdiéndose entre las sombras del pantano. Lo que antes parecía amenazante ahora ofrecía una inesperada sensación de seguridad para sus viajeros.

Capítulo 33 — Costas de Ashdod. 988 A.C.

El sonido de las olas rompiendo contra las rocas llenaba el aire mientras los cerca de 30 soldados del ejército de David descendían por un estrecho sendero que serpenteaba entre acantilados y formaciones rocosas. El olor a sal y algas se mezclaba con un tenue rastro de humo que provenía de las antorchas brillando en la distancia, marcando la ubicación del campamento enemigo. La bahía oculta era un lugar inhóspito y cargado de misterio, donde las sombras parecían tener vida propia y el eco de los pasos resonaba en la penumbra como un presagio.

A medida que avanzaban, los Gibborim pasaron junto a ruinas dispersas, vestigios de un antiguo templo dedicado a Dagón, el dios de los filisteos. Columnas erosionadas por la sal y el tiempo se inclinaban hacia el mar como testigos silenciosos de un pasado oscuro. Jasobeam, el capitán del escuadrón, se detuvo al borde de una formación rocosa, levantando la mano para ordenar silencio absoluto. Sus ojos, entrenados para detectar hasta el más mínimo movimiento, se enfocaron en la escena ante ellos.

En la distancia, antorchas oscilaban con un fuego inquieto, proyectando sombras sobre un altar de piedra erosionado por los años. Los símbolos tallados en su superficie, representando serpientes entrelazadas y patrones marinos, parecían moverse bajo la luz parpadeante, como si estuvieran vivos. Detrás del altar, una estatua grotesca dominaba el campamento. Representaba a un ser mitad hombre, mitad monstruo, con la boca abierta en un grito congelado en el tiempo. Sus ojos vacíos, oscuros y profundamente hundidos, daban la inquietante impresión de seguir a los intrusos desde la distancia.

Abisai se movió con sigilo hasta colocarse junto a Jasobeam, sus pasos amortiguados por la arena y el ruido del mar. Se inclinó ligeramente hacia él, su rostro reflejando una mezcla de asombro y repulsión.

—Es peor de lo que imaginábamos —susurró, sus palabras impregnadas de temor contenido—. Están llamando a algo que no pertenece a este mundo.

Samma, que permanecía detrás de ellos, dio un paso adelante y señaló hacia el centro del campamento con la punta de su espada. Su voz baja, tensa y cargada de certeza, cortó el aire.

—No algo —corrigió, su mirada fija en el altar—. Alguien.

Los ojos de los guerreros se posaron al unísono en la figura que se levantaba junto al altar. Una ola de frío recorrió al grupo, helándoles la sangre. Allí estaba, el monstruoso gigante de Gat, conocido como el Leviatán de Ashdod. Su cuerpo descomunal era una abominación, moldeado por una fuerza antinatural que parecía desafiar la creación misma.

Su piel escamosa, con un brillo húmedo bajo la luz de las antorchas, evocaba a las criaturas de las profundidades marinas. Veinticuatro dedos coronaban sus manos y pies, seis en cada extremidad, semejando garras deformadas diseñadas para desgarrar. Cada movimiento de su cuerpo producía un sonido leve, un crujir antinatural, como si su propia existencia estuviera en constante tensión con el mundo que lo rodeaba.

Los murmullos de los sacerdotes, vestidos con túnicas negras, se alzaban en un crescendo rítmico, alimentando la presencia del gigante. Sus cánticos eran guturales y discordantes, como un eco de las

profundidades del mar. La criatura, con ojos rojos como brasas, irradiaba una malicia pura que parecía impregnar el aire. Su mirada no solo observaba, sino que atravesaba el alma, desnudando las dudas y los miedos más profundos de quienes osaban sostenerla.

Jasobeam apretó con fuerza la empuñadura de su espada, su mirada fija en el altar y en el gigante que se alzaba como un desafío viviente a la creación de Dios. Era un ser imposible, una aberración cuya existencia desafiaba las leyes divinas y que, sin embargo, estaba allí, tan real como el mar que lo rodeaba.

—Ese no es un guerrero cualquiera —murmuró Abisai, su voz apenas un susurro—. Es el último de los descendientes de Rafá, una criatura nacida de la rebelión de los Nefilim.

Samma tensó los hombros, su determinación reflejándose en sus ojos.

—Entonces peharemos no solo por Israel, sino por el honor de Hashem.

El viento salado soplabla con fuerza, levantando ráfagas que azotaban el rostro de los valientes de David. Era como si el propio mar aguardara expectante, conteniendo el aliento ante el enfrentamiento que estaba a punto de desatarse.

El gigante, respiró profundamente, y el hedor de su aliento, cargado con el aroma acre del agua estancada y la corrupción, llegó hasta los Gibborim. El olor parecía materializar el mal que representaba, quebrando por un instante la compostura de los más valientes. Según las leyendas, era una criatura nacida de la unión entre hombres y seres marinos, una pesadilla viviente cuyo nombre evocaba terror. Pero esta no era una leyenda. Era real. Y su mera presencia desafiaba la voluntad de aquellos que osaban enfrentarlo.

Con movimientos deliberados, el gigante alzó una lanza tan imponente como él mismo. Su punta parecía forjada con un metal oscuro y corrupto, brillando como si estuviera impregnada de un veneno que prometía una muerte lenta y dolorosa. Cada paso suyo resonaba sobre el terreno, cargado de una fuerza contenida que parecía desgarrar la misma tierra. Era un depredador, un león acechando, y su presa eran los intrusos que osaban perturbar el ritual.

Alrededor del altar, los sacerdotes intensificaban sus cánticos. Sus voces, guturales y profundas, llenaban el aire con una melodía discordante que parecía vibrar en el ambiente. Jasobeam observó con atención, dándose cuenta de que aquellas invocaciones eran más que simples palabras; alimentaban al gigante, dándole un vigor que superaba lo humano.

Elehazar dio un paso al frente, su cuerpo imponente bloqueando parcialmente la vista de sus compañeros. En su diestra empuñaba su espada, y en la otra, un hacha cuyo filo reflejaba la luz de las antorchas. Su expresión era la de un hombre dispuesto a sacrificarlo todo.

—El monstruo no es el único problema —dijo con gravedad, sin apartar la vista del altar—. Esos cánticos lo sostienen. Si queremos detenerlo, debemos destruir ese altar.

Jasobeam asintió, sus ojos fijos en el gigante, evaluando cada movimiento, cada amenaza. Luego habló, sus palabras un susurro lleno de determinación:

—Recordad lo que David nos enseñó: no es con espada ni con lanza que se gana la batalla. La victoria pertenece al Señor.

Sus palabras encendieron la convicción en los corazones de los Valientes de David. Intercambiaron miradas rápidas con sus rostros endurecidos por la determinación. Sabían que esta no era solo una batalla física, sino una lucha contra las tinieblas mismas.

Jasobeam alzó su espada, el brillo de la hoja capturando la luz como una señal de desafío.

—¡Avanzad con valentía! ¡Por Hashem y por Israel!

—No luchamos solo por Israel —Asintió Elehazar, sus ojos ardían de determinación mientras miraba al gigante—. Luchamos por el nombre del Señor. No importa cuán grande sea esta criatura; caerá como los demás.

El grupo avanzó en silencio, moviéndose como sombras entre las rocas. El sonido rítmico de las olas rompiendo contra la orilla ocultaba sus pasos, pero cada vez que una ola más fuerte golpeaba las piedras, el gigante giraba la cabeza, como si pudiera sentirlos acercarse.

El hedor a sangre y carne podrida se intensificaba con cada paso. Abisai apretó los dientes mientras su corazón latía con fuerza, el ruido ensordeciéndolo por momentos. El ambiente era denso, cargado de un mal que parecía latente en cada rincón de la bahía.

Al llegar más cerca del altar, los murmullos de los sacerdotes se hicieron más audibles, sus cánticos invadiendo las mentes de los guerreros como un veneno sutil. Jasobeam levantó una mano para detener al grupo, su mirada fija en el altar, en los sacerdotes y, sobre todo, en el gigante que ahora parecía percibir algo, una amenaza invisible que se acercaba.

—Que el Señor nos guíe —murmuró Samma, sus palabras sonaron como una oración silenciosa mientras afianzaba su espada.

El viento se alzó de repente, levantando arena y sal en un remolino pasajero que parecía presagiar el choque inevitable entre la luz y las tinieblas. Los Gibborim sabían que no había marcha atrás

Cuando estuvieron lo suficientemente cerca, Jasobeam levantó la mano una vez más, indicando a los Gibborim que se prepararan. Como sombras al amanecer, los valientes de David se dispersaron silenciosamente, rodeando el campamento con precisión calculada. El plan era claro y arriesgado: destruir el altar y romper el vínculo que alimentaba al gigante. Sabían que cualquier error podría ser fatal.

Elehazar fue el primero en moverse. Con un grito de guerra que resonó en toda la bahía, cargó hacia los sacerdotes que rodeaban el altar. Su espada y su hacha trazaban arcos letales en el aire, cortando a los primeros enemigos con una precisión que solo podía venir de años de entrenamiento y una fe inquebrantable. El campamento, envuelto en el canto oscuro de los sacerdotes, estalló en caos. Algunos encapuchados intentaron huir, pero los Gibborim, implacables, no les dieron tregua.

Jasobeam, con su lanza en mano, arremetió contra los hombres que protegían el altar. Sus movimientos eran fluidos y letales, impulsados por un celo santo que brillaba en sus ojos. Cada golpe de su lanza derribaba a los enemigos como si fuera guiado por el mismo Hashem. A su lado, Samma avanzaba con precisión por la retaguardia, eliminando a los arqueros enemigos que intentaban organizar una defensa desesperada.

El gigante, percibiendo el peligro que acechaba a su altar, soltó un rugido que hizo temblar la tierra. Sus ojos, como brasas ardientes, se fijaron en Elehazar, quien había llegado al frente del grupo y estaba a punto de golpear la base del altar con su espada.

—¡Pequeño hombre! —tronó el gigante, su voz grave y gutural resonando como un eco de pesadilla—. ¡Te aplastaré como a un insecto!

Elehazar apenas tuvo tiempo de girarse antes de que la criatura cargara hacia él con pasos que hacían retumbar el suelo. La lanza del gigante trazó un arco mortal en el aire, y aunque Elehazar apenas logró esquivar su filo con un movimiento torpe, el hasta lo impactó con tal fuerza que lo lanzó violentamente contra una formación rocosa. La criatura avanzó hacia él, alzando su lanza para el golpe final, pero antes de que pudiera asestarlo, Jasobeam apareció, corriendo con su jabalina firmemente sujeta.

—¡Por Hashem y por Israel! —gritó Jasobeam, arrojándose sobre el gigante.

Con una fuerza impresionante, su lanza se hundió profundamente en el costado de la criatura, arrancándole un aullido de dolor que resonó por toda la bahía. El gigante se tambaleó, girando su cuerpo descomunal hacia Jasobeam, quien, con movimientos rápidos, mantuvo su distancia mientras lo distraía.

—¡Destruyan el altar! —gritó Jasobeam, su voz llena de autoridad, mientras esquivaba los golpes del gigante.

Abisai y Samma, junto con el resto de los Gibborim, se lanzaron hacia el altar, golpeándolo con todas sus fuerzas. Espadas, hachas y lanzas impactaron contra la piedra negra, que comenzó a resquebrajarse. Los cánticos de los sacerdotes se transformaron en gritos de desesperación, y los restos del campamento parecían desmoronarse junto con el altar.

Elehazar, recuperándose del impacto, se levantó con dificultad. Apretó los dientes, sujetando su espada y su hacha con una fuerza renovada. Se unió al esfuerzo final, asestando un golpe decisivo a la base del altar. La piedra negra estalló en pedazos, lanzando una onda de energía que hizo tambalearse al gigante.

El rugido del gigante fue un grito de derrota. Cayó de rodillas, su fuerza drenada como si hubiera sido arrancada de su cuerpo junto con la destrucción del altar. Su respiración se volvió pesada, cada vez más débil, mientras su inmensa figura se encorvaba.

Aprovechando el momento, Benaya avanzó hacia la criatura. Con paso firme y ojos llenos de convicción, alzó su espada, apuntándola directamente al cuello del gigante.

—Por el Señor de los ejércitos —dijo con voz solemne, antes de asestar el golpe final.

El cuerpo del gigante se desplomó con un estruendo que resonó como un juicio divino. Una nube de polvo se levantó, cubriendo los restos del campamento mientras las antorchas se apagaban una a una, dejando que la tenue luz del amanecer iluminara la escena.

Los valientes de David se reunieron alrededor de los fragmentos del altar, jadeando pero victoriosos. El polvo se asentaba lentamente sobre el campo de batalla, mezclándose con los restos de ceniza y sangre. Aunque sus cuerpos estaban agotados, en sus corazones ardía la certeza de que Hashem había peleado por ellos y que Su victoria era absoluta.

—Hoy hemos visto que incluso los gigantes caen ante el poder de Hashem —dijo Elehazar, su voz profunda y solemne cortando el silencio. Sus manos temblaban por el esfuerzo, pero su mirada permanecía firme, llena de convicción.

Samma, apoyado en su espada, levantó la vista hacia el horizonte. En el este, el primer rayo de sol comenzaba a reflejarse en el mar, pintando el cielo con tonos dorados y rojizos. Sus ojos, aún atentos al paisaje, parecían buscar algo más allá de lo visible.

—No peleamos solos —dijo finalmente, con una calma reverente—. La mano de Hashem, bendito sea Su nombre, creador de todo lo visible e invisible, estuvo con nosotros.

Por un momento, solo se escucharon las olas rompiendo contra la orilla. Era un silencio cargado de significado, como si la naturaleza misma reconociera que una gran batalla había sido ganada.

Jasobeam, apoyando su lanza en el suelo, alzó la voz para dar la orden:

—¡Es hora de partir! Este lugar ha sido testigo del juicio de Hashem. No tenemos nada más que hacer aquí.

Uno a uno, los valientes se prepararon para el camino. Sus cuerpos estaban cubiertos de polvo y heridas, pero sus almas estaban fortalecidas. Elehazar limpió la hoja de su espada y su hacha con

movimientos metódicos, mientras Benaya recogía sus pertenencias esparcidas entre los escombros. Samma, con su mirada todavía fija en el horizonte, fue el último en girarse hacia el grupo.

El camino hacia Refaim sería largo, pero avanzaban con la satisfacción de haber cumplido su misión. Los pasos de los guerreros resonaban en el terreno, marcados por un ritmo constante y determinado. Avanzaban, cansados pero satisfechos, en silencio, cada uno reflexionando sobre lo que habían presenciado. Sabían que habían sido instrumentos de un poder mucho mayor que sus fuerzas humanas.

A medida que se alejaban de la playa, el sonido del mar se desvanecía lentamente, reemplazado por el crujir de las ramas y el murmullo del viento entre los árboles. La luz del amanecer comenzaba a iluminar su camino, y en sus corazones llevaban la certeza de que la batalla no era solo contra carne y sangre, sino contra las fuerzas oscuras que se oponían a la voluntad de Hashem.

A medida que ascendían por los senderos que los alejaban de la bahía, la figura de los valientes se perdía en el paisaje, pero el eco de su marcha quedaba como un recordatorio de que incluso los gigantes caen cuando el Señor pelea por Su pueblo. Y mientras avanzaban hacia Refaim, cada paso era una declaración silenciosa de que la fe en Hashem era su arma más poderosa y su victoria más segura.

Capítulo 34 — Gloucester, Massachusetts. Siglo XXI

El día comenzaba en las costas de Gloucester, el "Puerto Más Antiguo de Estados Unidos". El Atlántico rugía, mientras el viento traía el olor a salitre mezclado con el aroma metálico de los astilleros. A pocos kilómetros al sur, en Dolliver Neck, las olas golpeaban las rocas, levantando espuma blanca. Allí, al final de Dolliver Neck Rd, se erigía la Iglesia Palabra de Vida, observando el océano desde su tranquila altura.

Construida en 1923, su arquitectura combinaba elementos góticos con detalles contemporáneos. Los arcos ojivales y las ventanas alargadas evocaban antiguas construcciones, mientras que los muros blancos y las ventanas tintadas en dorado daban una atmósfera moderna y acogedora. La torre, inspirada en las agujas de las catedrales europeas, se alzaba con elegancia minimalista.

Sobre la entrada, una inscripción decía "Iglesia Palabra de Vida" y un emblema de un pez con una cruz en su boca. Aunque parecía un símbolo cristiano, los ojos del pez y las escamas que se entrelazaban en forma de tentáculos ocultaban un mensaje críptico. La iglesia, símbolo de secretos, albergaba uno oscuro: en los túneles bajo sus cimientos, la Orden de Dagón tejía planes oscuros.

A lo lejos, Elias Zuzunaga y Becky Goodman observaban la iglesia con expresiones tensas. Preparados para su misión, el peligro seguía latente. Becky ajustaba el zoom de su cámara, asegurándose de estar lista para documentar cualquier evidencia, mientras Elias estudiaba el edificio con binoculares, buscando detalles que pudieran ser cruciales.

Junto a ellos, dos agentes del FBI se mantenían alerta, observando la iglesia a distancia. Habían llegado gracias a los contactos del Dr. Sarfatti, y su presencia en Gloucester parecía fuera de lugar en contraste con el ambiente tranquilo y sencillo del pueblo. Sus expresiones serias y concentradas hablaban de años de experiencia en situaciones de alto riesgo.

Nathan Bellamy, el líder del operativo, sostenía una carpeta que revisaba con calma, pasando las páginas con cuidado. Era un hombre de complexión robusta y estatura destacada, cuya presencia imponía respeto. Vestía un traje negro ligeramente ajustado por el uso, con una camisa blanca algo arrugada y una corbata desaliñada, como si hubiera olvidado ajustarla debido a la urgencia del momento. Aunque sus zapatos de vestir eran formales, su aspecto no indicaba lujo; sin embargo, estaban impecablemente limpios, lo que hablaba de su meticulosidad. Su cabello, corto a los lados y algo alborotado en la coronilla, sugería que la apariencia no era una prioridad para él. Pero lo que realmente destacaba eran sus ojos azul acero, fríos y calculadores, que parecían diseccionar cada rincón del paisaje. Su rostro serio y su postura erguida transmitían experiencia, mientras su actitud irradiaba confianza, como alguien acostumbrado a tomar decisiones bajo presión.

A su lado, Petra Kotsifakis estaba concentrada en una tableta, revisando planos y detalles con precisión. Su postura, rígida y disciplinada, reflejaba su naturaleza metódica y su aguda atención al entorno. De complexión esbelta y ágil, Petra llevaba con orgullo su herencia griega, y su presencia transmitía una mezcla de rapidez mental y alerta constante. Su rostro, de rasgos marcados y serenos, revelaba la elegancia mediterránea: una mandíbula fuerte, pómulos elevados, y una nariz recta, todo en armonía que hablaba de su linaje cretense.

Petra llevaba una chaqueta negra de cuero, ajustada pero funcional, con bolsillos discretos que facilitaban el acceso rápido a herramientas esenciales. Bajo la chaqueta, una camiseta gris oscuro de tela transpirable complementaba su atuendo, mientras que sus pantalones negros de corte militar eran ligeros pero resistentes, lo que le permitía moverse con agilidad sin comprometer la protección. Usaba botas negras de corte medio, desgastadas por el uso, pero en perfectas condiciones, evidenciando su experiencia en el terreno.

Su cabello castaño, de textura ondulada, estaba recogido en un moño funcional, dejando su rostro despejado para mostrar sus ojos grandes y claros, de un tono verde intenso. Un reloj táctico adornaba su muñeca izquierda y un auricular discreto apenas visible en su oído derecho sugería que siempre estaba conectada y lista para la acción.

Con un movimiento decidido, Nathan Bellamy cerró la carpeta y, levantando la vista, dirigió su mirada hacia la iglesia. Sus ojos escanearon cada rincón visible del edificio, mientras un leve tic en su mandíbula dejaba entrever su concentración absoluta.

—Esto es suficiente para intervenir —dijo con voz grave rompiendo el silencio—. Pero no será sencillo. Ellos saben cómo cubrir sus huellas y, por lo que investigué, tienen muchos recursos que probablemente ni imaginamos.

Becky, cruzando los brazos para protegerse del frío matutino del viento marino, miró de reojo a Petra. Al notar su atención, Petra le devolvió una sonrisa cálida y amistosa, a pesar de su postura firme y su aire profesional.

Becky entonces, sintiendo confianza, se atrevió a preguntar.

—¿Qué tipo de seguridad enfrentaremos?

—No lo sabemos exactamente, lo que sí suponemos, es que serán hombres armados —explicó la agente mirando la tableta e intercambiado una mirada rápida con Nathan—, cámaras ocultas y sistemas de vigilancia avanzada. Este lugar está diseñado para parecer accesible, pero no se engañen: es una fortaleza.

Becky enfocó con el zoom de su cámara a la entrada lateral de la iglesia a la que se referían. Allí, dos hombres que fingían ser empleados de jardinería vigilaban con movimientos sutiles.

—Es más imponente de lo que imaginé —murmuró Becky, moviendo el lente de su cámara para mirar la torre que parecía cortar el cielo teñido de azul y escarlata.

—Interesante su disfraz de santuario —respondió Elias, mirando volviendo a observar por los binoculares—. Nadie cuestionaría un lugar con símbolos cristianos tan prominentes. Es la trampa perfecta.

Petra Kotsifakis suspiró, revisando nuevamente las imágenes en su tableta, como buscando una confirmación que les diera más seguridad.

—Esto es lo que sabemos: la Orden tiene conexiones en todos los niveles, desde funcionarios locales hasta federales. Si cometemos un error, no solo perderemos esta operación; perderíamos quizá la oportunidad de atraparlos.

—Sea lo que sea lo que encontremos ahí, debemos estar preparados —Elias asintió apartando los binoculares—. Esto no es solo una lucha física; es espiritual.

Nathan Bellamy intercambió una mirada con Petra, evaluando con interés y una pizca de escepticismo las palabras de Elias. Aunque ambos agentes estaban acostumbrados a enfrentar amenazas internacionales, desde terroristas hasta redes de tráfico humano, la calma firme de Elias les resultaba intrigante.

—De acuerdo —dijo Nathan con una autoridad que llenó el aire—. La operación será peligrosa, pero contamos con una ventaja importante: el factor sorpresa. Kotsifakis, ¿todo listo con el equipo?

—Todo listo —respondió Petra, dando una mirada a su tableta y ajustando con precisión el auricular en su oído.

Nathan Bellamy asintió y se giró hacia Elias y Becky, quienes permanecían en silencio, firmes pero visiblemente nerviosos.

—No están solos, muchachos —dijo Nathan con tono severo, tratando de transmitir tranquilidad colocando una mano firme en el hombro de Elias.—. Ahora somos un equipo, y estamos aquí para asegurarnos de desenmascarar a estos desgraciados.

Becky levantó la mirada hacia Nathan con admiración y gratitud. Sabía que este momento sería decisivo. Si fallaban, no solo sus vidas estarían en riesgo, sino también la oportunidad de exponer a la Orden de Dagón.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —preguntó Petra, enderezándose y cruzando los brazos mientras miraba con atención al resto del grupo.

Nathan, claramente al mando, respiró hondo, dejando que el peso de la situación quedara claro para todos.

—Escuchen bien —comenzó, mientras dirigía su atención a Elias, Becky y Petra—. Entramos al anochecer. Según nuestras fuentes, Ronald Lugner estará ahí esta noche. Esto nos da una oportunidad única: necesitamos pruebas concluyentes de sus actividades, y si es posible, capturarlo. El equipo de asalto estará en posición, pero su misión será diferente.

Nathan tomó un bolígrafo y se inclinó sobre la pantalla de la tableta de Petra, que mostraba un esquema detallado del interior de la iglesia. Señaló un punto específico detrás del estrado del templo.

—Ustedes se infiltrarán como asistentes comunes. Vistan algo que no levante sospechas y mézclense entre la multitud durante el culto. Aquí —dijo, señalando la puerta detrás del estrado—, hay un acceso al sótano. Su objetivo será descender por esa puerta y documentar todo lo que encuentren abajo. Necesitamos imágenes, videos, cualquier cosa que respalde nuestras acusaciones ante una corte. Además —añadió, trazando una línea en el mapa con el bolígrafo—, aquí hay una salida trasera desde el sótano al exterior. Esa puerta estará cerrada, y su trabajo será desbloquearla para permitir que el equipo de asalto entre desde fuera.

Petra asintió con rapidez, memorizando el plan mientras revisaba el mapa. Becky, aún abrazándose por el frío, tragó saliva al imaginar lo que podrían encontrar ahí abajo.

—¿Qué sabemos de los niveles inferiores? —preguntó, con un tono que reflejaba tanto curiosidad como preocupación.

Nathan levantó la vista del plano y respondió con seriedad,

—No contamos con mapas completos de los niveles inferiores. Lo que sí sabemos es que hay vigilancia constante. No sabemos exactamente cuántos estarán ahí abajo ni qué tipo de actividades estarán llevando a cabo.

—¿Y si nos descubren antes de llegar a la puerta? —preguntó Becky, con una voz que delataba su preocupación.

Nathan intercambió una mirada con Petra antes de responder.

—Por eso la oficial Kotsifakis estará con ustedes —dijo, señalándola con un leve movimiento de su cabeza—. Ella está entrenada para manejar situaciones hostiles. Pero, escuchen bien, la prioridad no es enfrentarse a nadie; es documentar. Si las cosas se ponen feas, evacúen inmediatamente. No intenten jugar a ser héroes.

—Tranquilos, yo me encargaré de que lleguemos y salgamos de ahí con seguridad —intervino Petra ajustándose su chaqueta—. Pero necesito que sigan mis instrucciones al pie de la letra. Esto no es un juego, y si algo sale mal, su prioridad será retirarse. Yo me ocuparé de cualquier situación complicada.

—Una vez que lleguen a la puerta trasera y la desbloqueen —asintió Nathan, tomando nuevamente el liderazgo—, el equipo de asalto entrará. La redada será rápida y contundente. Nuestro objetivo es capturar a quienes estén allá abajo, incluido Ronald Lugner, para neutralizar cualquier amenaza en los niveles inferiores. Pero recuerden, si no logran abrir esa puerta, la operación se complicará. Confío en que ustedes harán su parte.

Becky asintió con nerviosismo ante las posibles complicaciones que pudieran arruinar todo el plan.

—¿Y si Lugner intenta escapar? —preguntó Elias con voz quebrada, con manos ligeramente temblorosas, ajustó sus lentes a su nariz mientras intentaba mantener la compostura.

—Es probable que lo intente —Nathan apretó los labios y sostuvo la mirada de Elias con firmeza—. Pero estaremos vigilando. Si trata de huir, lo interceptaremos. Sin embargo, escúchenme bien: su captura no está por encima de nuestra misión principal. Exponer esta operación y dismantelar su red es nuestra prioridad absoluta. No se distraigan de ese objetivo.

Becky, con el ceño fruncido y su cámara colgada al cuello, revisó una vez más su equipo. Cambió las baterías, comprobó las tarjetas de memoria y ajustó el enfoque con movimientos rápidos.

Petra Kotsifakis, por su lado, verificaba su radio de comunicación insertado discretamente en su oído, e introdujo su mano debajo de su chaqueta de cuero para asegurar bien el arnés donde llevaba un arma oculta.

Elias finalmente exhaló profundamente, enderezándose mientras su nerviosismo daba paso a una mirada más decidida.

—Entendido —dijo con firmeza, enfrentando la mirada de Nathan—. Haremos nuestra parte.

Nathan les dirigió una mirada grave, con algo que parecía ser una mezcla de confianza y advertencia.

—Bien. Prepárense. Nos vemos en posición en unas horas, justo antes de que comience su servicio religioso. Recuerden: No habrá segundas oportunidades.

Estaban a punto de subirse al vehículo cuando Elias levantó las manos nerviosamente, llamando la atención del grupo.

—Pero antes de entrar en acción... ¿podemos orar? —dijo Elias Zuzunaga, acomodándose nerviosamente su flequillo mientras lanzaba una mirada esperanzada a los demás.

Nathan arqueó una ceja, sorprendido, pero permaneció en silencio. Petra, más abierta y comprensiva, asintió con respeto.

—Quizá necesitemos algo de ayuda además de un buen plan —dijo con una leve sonrisa.

Mientras Elias hacía una rápida y torpe oración, el rugido del mar golpeaba las rocas cercanas, como un eco que anticipaba la tormenta que estaba por desatarse.

Finalmente, Nathan hizo una mueca que parecía un atisbo de sonrisa, un gesto que Becky y Elias notaron de inmediato. Luego, con un movimiento de su mano, indicó que subieran al vehículo.

— * —

Esperaron el resto del día entre los habitantes de Gloucester. La operación comenzaría al caer la noche, pero antes, Elias, Becky y Petra decidieron adentrarse en el pueblo para investigar. Se mezclaron con los lugareños, tratando de entender la dinámica del lugar y, sobre todo, la influencia que la iglesia *Palabra de Vida* ejercía sobre la comunidad.

Lo que descubrieron fue inquietante. Gloucester no era solo un pueblo pesquero; una atmósfera extraña lo envolvía. Algunos residentes se mostraron evasivos, mirándolos con desconfianza y evitando hablar de la iglesia. Al mencionar la Orden de Dagón, algunos negaban con la cabeza y se alejaban rápidamente, mientras que otros reaccionaban con ira, como si el tema fuera prohibido. Otros parecían aterrados por la influencia de Lugner y su iglesia, pero se guardaban de hablar abiertamente. Los comentarios negativos eran vagos, susurrados, como si hablar tuviera consecuencias terribles.

—Es como si temieran incluso nombrarlo —murmuró Becky al salir de un restaurante donde los dueños se habían negado a hablar.

—El miedo no aparece de la nada —interpeló Petra con voz segura—. Si es tan fuerte, hay algo realmente maligno detrás de todo esto.

Algunos, al contrario, hablaban de él con una reverencia palpable. Le llamaban el "apóstol", "el siervo de Dios", un hombre que había hecho mucho por el pueblo: financiando escuelas, ayudando a viudas y madres solteras, pavimentando calles e incluso donando dinero para la modernización del puerto. Su carisma y generosidad lo habían convertido en una figura casi intocable.

—Es un santo —dijo una mujer mayor en una tienda, señalando con orgullo un retrato de Lugner colgado en la pared.

—¿Un santo? —replicó Elías con una sonrisa irónica.

—Sí, ha hecho más por este pueblo que cualquiera en toda mi vida —afirmó ella, con tono reverencial, como si su palabra no pudiera ser cuestionada.

¿Cómo podía un hombre venerado como un benefactor estar asociado con algo tan oscuro? A pesar de la devoción que despertaba, mientras avanzaban en su investigación, la división entre la gente se hacía cada vez más evidente.

—Son solo leyendas, historias para asustar a los niños —comentó un pescador al referirse a la Orden de Dagón, pero sus manos temblorosas delataban el miedo que trataba de ocultar.

Mientras caminaban por South Stacy Boulevard, el murmullo de las olas se mezclaba con el bullicio lejano de los turistas. Llegaron a la Stacy Esplanade, un popular mirador con vistas panorámicas al puerto de Gloucester, donde las embarcaciones flotaban tranquilas a lo lejos bajo el cielo despejado.

En el centro, destacaba el “Gloucester Fisherman’s Memorial” o “Man at the Wheel”, una estatua de bronce de más de dos metros de un pescador robusto, aferrado al timón de un barco y mirando al horizonte. En la base de granito se leía la inscripción: “They That Go Down To The Sea In Ships, 1623-1923.”

—“Ellos que bajan al mar en barcos...” —recitó Elías en español.

Petra lo miró con una ligera confusión. No entendió bien lo dicho por Elías, pero su curiosidad la impulsó a preguntar.

—¿Qué fue lo que dijiste? —preguntó, sin ocultar su incomodidad por la mezcla de idiomas.

—Solo dije en español lo que está ahí escrito, es el idioma de mis padres —explicó, con un leve encogimiento de hombros, mientras sus ojos se posaban sobre la estatua.

—Ah, ya entiendo —respondió Petra con una sonrisa educada, ese momento de desconcierto le pareció un recordatorio de que siempre había más algo que aprender.

—Según veo —interrumpió Becky, mirando su celular—, es una cita del Salmo 107, versículo 23. El monumento rinde homenaje a los pescadores que han perdido la vida en el mar.

El grupo guardó silencio mientras el viento acariciaba sus rostros y el sol se ponía, tiñendo el cielo de tonos naranjas y morados. Becky, con una ligera sorpresa, agregó:

—Pero miren lo que dice el versículo 26: “descendieron a las profundidades, sus almas se consumían por el mal.”

Las palabras de Becky flotaron en el aire como un eco distante. Los tres se miraron, intuían que no era una coincidencia.

—Miren la fecha —dijo Elías, señalando la fecha inscrita en el monumento tocando con sus dedos la fría piedra—. 1923.

—Interesante —comentó Petra, acercándose más al monumento para examinar la inscripción con más detalle. Fue entonces cuando notó algo que llamó su atención. En el borde inferior, casi oculta, había una inscripción más pequeña:

“Con gratitud a Baltasar March por devolver a Gloucester el valor y la prosperidad.”

Petra retrocedió un paso, reflejando sorpresa en su rostro.

—¡Vaya! —exclamó, sorprendida—. Al parecer, esta estatua fue financiada por Baltasar March, el mismo año en que comenzó a construirse el templo de Palabra de Vida. Así que eso de ser benefactores de este pueblo no es nuevo.

—Y esta estatua, al igual que su agrupación, parece dar un mensaje cristiano, pero esconde un mensaje de perdición detrás de ello.

Un escalofrío recorrió la espalda de Becky; intuía que la conexión entre la estatua, la iglesia y los March era más profunda de lo que podían comprender. Las piezas empezaban a encajar, pero aún faltaba algo crucial, tal vez oculto en lo más profundo del templo al que estaban a punto de entrar.

De repente, el rugido de un motor rompió la quietud. Una SUV negra, discreta y con ventanas polarizadas. Se detuvo frente a ellos con precisión.

—Es hora —anunció Nathan sin salir del vehículo.

Sin dudar, Elías, Becky y Petra subieron al vehículo. En unos diez minutos llegaron a Dolliver Neck. A medida que se acercaban, el templo emergió en la distancia, iluminado por luces que delineaban sus contornos, creando una atmósfera hipnótica. Su diseño moderno pero con toques medievales invitaba a acercarse, como si ofreciera refugio y propósito, llamando a los observadores sin que comprendieran completamente qué les esperaba.

Antes de las seis de la tarde, los primeros vehículos comenzaron a llegar, y a aparcarse en los alrededores del edificio, decenas de personas descendieron, dispuestas a congregarse.

Los agentes del FBI, para entonces, ya estaban posicionados discretamente, observaban a una distancia prudente.

Elías y Becky observaban a los fieles, cuyas caras reflejaban fervor y éxtasis religioso. Cuando llegó el momento, ellos, junto con Petra, descendieron del vehículo, avanzando hacia la entrada del templo, intentando pasar desapercibidos entre la multitud.

—Es más concurrido de lo que esperaba —comentó Becky mientras ajustaba su cámara y la guardaba con discreción en su bolso, lista para tomar cualquier foto que pudiera ser útil más tarde.

Petra Kotsifakis, ahora vestida con jeans ajustados, botas casuales, una mochila ligera y su chaqueta de cuero, observaba con sincera sorpresa las expresiones de los asistentes.

—Es impresionante cómo logran atraer a tanta gente a un lugar tan apartado —comentó—. Lo que pasa dentro es extraño. Pareciera que tienen a todos hipnotizados.

Al cruzar la puerta del templo, se mezclaron con la multitud, avanzando con cautela. Aunque intentaban no destacar, algunos ya los reconocían. Los saludos eran corteses, pero las miradas cargadas de sospecha eran inconfundibles.

Las paredes internas, bañadas en una luz tenue, los envolvieron mientras avanzaban por un pasillo lateral. Becky sintió una presión en el aire, algo denso que pulsaba al ritmo de las oraciones que comenzaban a llenar el espacio. Los rostros de los asistentes, iluminados con fervor, parecían absorbidos por un propósito superior, comprendido solo por los que realmente pertenecían allí. Tras el murmullo de las oraciones, comenzaron los cánticos, pero algo no parecía encajar.

Se sentaron a un costado, tratando de acercarse al estrado mientras los cánticos reverberaban por todo el espacio con fuerza casi abrumadora. La música, aunque cristiana, tenía una energía hipnótica. Las luces parpadeaban y el sonido vibraba por el suelo, creando una atmósfera frenética. La mayoría de los asistentes estaban sumidos en emociones extremas; algunos danzaban descontrolados, otros lloraban profundamente, y un pequeño grupo emitía sonidos extraños, como gruñidos.

—Esto no es adoración —murmuró Elías, frunciendo el ceño, recordando cuando visitó la iglesia de su amigo Caleb Ríos—. Esto es algo muy diferente.

En el centro de la sala, sobre el estrado cerca del altar, Ronald Lugner observaba a la congregación con una serenidad desconcertante. Su calma contrastaba con el caos a su alrededor. De repente, sus ojos se posaron sobre el trío, y por un momento, sus miradas se cruzaron. En ese instante, la expresión de Lugner se endureció, como si hubiera reconocido algo o a alguien que no debía estar allí.

Nathan Bellamy, desde fuera en posición estratégica, hizo una señal a Petra a través del radio. Era el momento. Petra asintió con palabras clave en su audífono puesto en el oído, para luego con la mirada indicar a Elías y Becky que la siguieran. Se movieron con sigilo hacia la parte trasera del estrado, aprovechando el estado de trance en que se encontraban los asistentes.

—Ahí está —dijo Petra en un susurro, señalando la puerta detrás del estrado. Era la misma que habían identificado en los mapas arquitectónicos.

—Vayamos rápido —añadió Elías, mientras Becky revisaba su cámara para asegurarse de que estaba lista.

Ronald Lugner hizo un leve gesto con la mano, señalando a un hombre calvo cercano. El hombre, con mirada alerta, se levantó en silencio y desapareció tras el estrado, tomando un camino distinto al de los infiltrados.

Mientras tanto, el grupo descendía por las escaleras, sus pasos resonaban más de lo esperado en el pasillo subterráneo. Petra mantenía comunicación constante con Nathan, informando cada movimiento con precisión. El aire, denso y húmedo, se volvía más pesado con cada paso. La mezcla de salinidad y un olor metálico, apenas perceptible pero nauseabundo, hacía la atmósfera aún más claustrofóbica. Los ecos del mar se mezclaban con los murmullos del culto en la iglesia, y la sensación de peligro aumentaba, como si los muros guardaran secretos oscuros.

A medida que avanzaban, notaron detalles inquietantes: las paredes de concreto, impregnadas de humedad y moho, revelaban símbolos indescifrables en la decoración.

—Cuidado, no estamos solos —advirtió Elías, al notar sombras moviéndose en la distancia.

De repente, una figura emergió ante ellos, bloqueando su camino. Era el hombre alto y calvo, con una expresión feroz y una mirada fría. Su mano descansaba cerca de su cinturón, insinuando traer un arma.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó con voz grave, mirando fijamente a Petra, Elías y Becky.

Petra Kotsifakis, con una calma sorprendente, alzó las manos en un gesto conciliador.

—Lo sentimos, nos perdimos buscando el baño —dijo con torpeza tratando de sonar sincera.

El hombre frunció el ceño, claramente escéptico. Dio un paso hacia adelante y, con un movimiento rápido, cogió a Petra por el brazo.

—Aquí abajo no hay baños. Los llevaré de vuelta. Ahora. —Su tono era amenazante.

Antes de que pudiera hacer más, Petra reaccionó con velocidad. Con un giro preciso de su muñeca, aplicó presión en un punto vulnerable de su brazo. El hombre gruñó de dolor y cayó de rodillas, incapaz de liberarse del firme agarre de Petra.

—Lamento esto, pero no tenemos tiempo para explicaciones —susurró Petra, con voz baja pero clara, mientras continuaba con la palanca en su brazo. Un crujido resonó, y el hombre dejó escapar un grito de dolor. En un movimiento fluido, Petra lo soltó y, con una patada giratoria, impactó su cabeza, dejándolo desplomado en el suelo, aturdido y adolorido.

Elías y Becky, paralizados por la rapidez y destreza de Petra, se quedaron mirándola en shock.

—Vamos, no podemos quedarnos aquí —dijo Petra con tranquilidad, como si nada hubiera pasado, sacándolos de su espasmo.

Aceleraron el paso, conscientes de que el tiempo no estaba de su lado. Al final del pasillo, una puerta de acero macizo bloqueaba su camino. Cerrada con llave, Petra sacó un par de ganzúas de su mochila y, con rapidez y habilidad, la abrió con un suave clic.

Al otro lado, Nathan y su equipo del FBI ya estaban listos. Con linternas en mano, irrumpieron en la sala, iluminando el espacio. Los agentes se movían con determinación mientras las luces reflejaban símbolos extraños en las paredes.

La atmósfera en la sala principal era aún más densa, cargada de una tensión palpable. Aunque era el espacio más grande del complejo, su vastedad no ofrecía consuelo. Las luces amarillentas proyectaban sombras que parecían moverse por sí mismas.

En el centro, un altar de mármol negro se erguía, y sobre él, una figura grotesca mitad hombre, mitad pez, tallada con una precisión espeluznante. Su boca, entreabierta en un grito eterno, parecía congelada en una mueca de sufrimiento. Sus ojos vacíos observaban a los intrusos con malicia.

Becky frunció el ceño, tapándose la nariz con incomodidad.

—¿Qué es ese olor? —susurró.

Nathan encendió su linterna y la dirigió al ídolo, revelando que sus manos extendidas, dispuestas como una plancha, estaban cubiertas de sangre. La mayor parte estaba coagulado en costras secas, pero en los bordes aún brillaba un hilo carmesí, revelando que el último derramamiento no había sido reciente.

—Dios... —murmuró Elías, sintiendo un escalofrío recorrerle la espalda—. No puede ser...

—Esto es un altar de sacrificios... —susurró Petra, apretando los dientes, obligándose a respirar por la boca para ignorar el hedor—. No me jodan...

Nathan Bellamy se acercó con rostro endurecido.

—No son solo rituales simbólicos... aquí han asesinado gente —afirmó con voz grave—. Y por la frescura de esa sangre, es posible que lo hayan hecho hace pocas horas.

Becky retrocedió sintiendo un nudo en el estómago.

—Esto es infame... —murmuró Elías, disgustado—. Y pensar que afuera, cientos de personas adoran sin saber lo que ocurre aquí abajo.

—No lo ven porque no quieren verlo —susurró Petra—. Algunos son engañados, otros simplemente cierran los ojos.

—Esto no es solo una secta... es un legado de muerte, un pacto de generaciones —dijo Elías, conectando las piezas.

Becky observó las paredes, donde antiguas fotografías mostraban rostros de hombres de diferentes épocas. Destacaba la imagen de Obed March, fundador de la orden, y su hijo, Baltasar March, cuya mirada reflejaba poder. Una fotografía reciente de Ronald Lugner, el líder actual, estaba al centro entre ellas. Su rostro, impenetrable y frío, causaba un desasosiego instintivo, como si controlara a los observadores.

Las paredes también estaban decoradas con símbolos extraños: cruces, peces combinados con figuras marinas y monstruos olvidados, una mezcla de símbolos religiosos y paganos que dejaban claro que este no era un lugar para los fieles, sino un santuario grotesco.

La sala parecía vibrar con el golpeteo de las olas, mezclándose sutilmente con los murmullos provenientes de una habitación alejada que alertó a todos. Nathan hizo un gesto para guardar silencio, y al acercarse, descubrieron que un ritual se llevaba a cabo.

Mientras tanto, arriba, el culto seguía sumido en su frenesí, con cánticos ensordecedores que contrastaban con la calma tensa de abajo. Parecía que las paredes separaban dos mundos, cada uno con su propia realidad.

Al llegar a la habitación más alejada, un grupo de adoradores, vestidos con túnicas con bordados que simulaban escamas, se paralizó al ver a los agentes. Nathan ordenó la irrupción, desatando el caos. Algunos intentaron huir, pero fueron detenidos rápidamente. Otros cayeron de rodillas, temblando, mientras algunos rogaban por misericordia. Becky, con la cámara en mano, grababa cada detalle con una concentración fría, a pesar de que sus manos temblaban. A su lado, Elías avanzaba con el rostro tenso, asqueado y resuelto, procesando la realidad que desbordaba sus creencias más profundas.

Mientras los agentes aseguraban a los miembros del culto, un grupo se desvió hacia un pasillo lateral. Becky los siguió, sin saber qué encontrarían. En la siguiente habitación, descubrieron enormes tanques de vidrio llenos de un líquido ámbar y viscoso, rodeados de equipos médicos y tecnológicos. Varios hombres y mujeres, vestidos con batas clínicas, miraban atónitos. Los agentes los arrestaron sin resistencia, como si ya no tuvieran fuerzas para luchar.

—Petra... —gritó Becky, llamando al antropólogo, apuntando con la cámara hacia uno de los tanques.

Dentro de los tanques flotaban cuerpos deformados, suspendidos en un espantoso silencio. Eran como embriones incompletos, con extremidades adicionales o tentáculos, combinaciones grotescas de humano y animal. La visión era una pesadilla, un reflejo monstruoso de lo que nunca debió haber existido.

—Son los frutos de su oscuridad —dijo Elías con repulsión—. No solo distorsionan la verdad de Dios, distorsionan Su creación. Esto... es una abominación.

Becky tragó saliva ante el horror palpable en cada tanque, testimonio mudo de la perversión de la Orden de Dagón.

En medio de la confusión, un adorador de Dagón logró escapar hacia una salida lateral. Corrió hacia el templo y se dirigió donde Ronald Lugner, quien para entonces se encontraba nervioso y consciente de la incursión. Con rapidez, se enfundó en su abrigo largo y adoptó una postura confiada mientras avanzaba entre la multitud eufórica. Los asistentes, con devoción rayando en la idolatría, extendían las manos hacia él:

—¡Apóstol! ¡Siervo de Dios! ¡Tóquenos con su bendición!

Ronald Lugner sonrió con dificultad, ignorando los gritos de adoración. Tres hombres lo protegían, separando a la gente y permitiéndole avanzar con agilidad hasta la puerta principal. Al llegar al exterior, respiró aliviado, aunque consciente de la situación que se desmoronaba.

Nathan Bellamy y el resto del grupo ya habían salido, trasladando discretamente a los detenidos hacia las camionetas estacionadas a unos metros de distancia. A lo lejos, Elías divisó la figura de Lugner. Era inconfundible: aunque no destacaba por su estatura, su caminar denotaba una confianza imparable, como si cada paso estuviera impregnado de poder. Su presencia era tan intimidante que parecía irradiar amenaza. Avanzaba con la seguridad de alguien que sabía que era intocable, como si nada pudiera detenerlo.

—¡Petra! ¡Por la salida principal! —gritó Elías, señalando con furia.

Petra Kotsifakis, que estaba asegurando el perímetro, giró hacia él con la mirada fija, decidida.

—¡No! —respondió rápidamente con voz firme. —Tenemos que asegurar este lugar primero. No podemos dividirnos ahora, Elías. Si te vas, arriesgas todo.

Elías la miró un instante con su mente dividida entre la razón y la rabia. Pero al ver a Ronald desaparecer por una callejuela lateral del templo que descendía hacia un puerto privado que daba al mar, una chispa de determinación lo invadió. Sin pensarlo dos veces, dejó caer su mochila y comenzó a correr hacia la calle empinada ignorando las advertencias.

—¡Elías! ¡Detente! —gritó Petra, pero su voz se perdió en el aire.

La frustración y el deseo de justicia impulsaron a Elías más allá de cualquier lógica. No sabía exactamente qué debía hacer, pero sabía que tenía que hacer algo.

Capítulo 35 — Valle de Elah, Israel 1020 a.C.

El valle de Elah, ubicado a 25 kilómetros al suroeste de Jerusalén, despertaba bajo un cielo despejado. Dos ejércitos aguardaban en silencio en extremos opuestos del valle, como bestias contenidas antes del choque inevitable.

A la derecha, en las colinas del oeste, el ejército filisteo se alzaba imponente, sus filas compactas formaban una muralla de metal y escudos. Sus armaduras bruñidas reflejaban el sol naciente, y en sus estandartes ondeaba la imagen de Dagón, su dios marino. Desde sus filas ascendía un denso humo negro, el rastro de incienso quemado en su honor, un hedor penetrante que se mezclaba con el olor del hierro de sus armas.

A la izquierda, en la ladera opuesta, los israelitas observaban en silencio, su moral desgastada por días de incertidumbre y miedo. Durante cuarenta amaneceres y cuarenta atardeceres, el mismo espectáculo aterrador se repetía.

Cada día, desde las filas filisteas, un gigante avanzaba solo al centro del valle. Goliat de Gat.

Su silueta proyectaba una sombra monstruosa en la llanura árida. Vestía un yelmo reluciente, coraza de bronce, grebas metálicas en las piernas y un enorme escudo que lo hacía parecer más una fortaleza viviente que un hombre. En su mano, una lanza tan gruesa como el madero de un barco, y a su costado, una enorme espada que había segado incontables vidas.

—¡Acabemos con esto miserables hebreos! —Su voz tronaba como un relámpago entre las colinas—. ¡Escogeos un hombre y que baje a mí!

Las palabras retumbaban en el pecho de los israelitas como un golpe constante de tambor de guerra.

—Si pelea conmigo y me vence, seremos vuestros siervos, —bramaba el gigante— pero si le venzo yo, seréis nuestros esclavos para siempre.

Sorprendentemente, lo único que se escuchaba en el campamento de Israel era silencio.

—¿Acaso no hay un solo hombre entre ustedes que se atreva? —Insistía Goliat con burla.

Cada día, el desafío resonaba como una maldición, y cada día, los israelitas guardaban silencio. Hasta ese día.

Aquella mañana, un joven pastor llegó al campamento israelita justo cuando la voz del gigante resonaba por el valle con su desafío impregnado de burla y desprecio. Por cuadragésima vez, Goliat exigía un oponente, y por cuadragésima vez, ningún hombre se atrevía a dar un paso al frente.

Pero él no dudó. Se ofreció para enfrentarlo.

Las miradas de asombro y escepticismo lo rodearon al instante. Algunos rieron, otros sacudieron la cabeza incrédulos. No obstante, ante los ruegos del joven, Lo llevaron ante el rey.

Saúl lo observó con detenimiento, intentando comprender cómo alguien así podía siquiera pensar en luchar contra un coloso. No vestía armadura, no llevaba espada ni escudo. No era un guerrero, ni un soldado curtido en batalla, sino un simple pastor de Belén. Sin embargo, había algo en su mirada que mostraba seguridad. No era la arrogancia de un joven impulsivo. No era la imprudencia de quien ignora el peligro. Era certeza. Convicción.

Por un instante, el rey vaciló. Luego, con un suspiro pesado, desenvainó su espada y la extendió hacia él.

—Tómala. Si vas a enfrentarlo, al menos pelea con un arma digna de un guerrero.

David miró la espada con respeto, pero no hizo ademán de tomarla. En su mente, no necesitaba el filo de hierro para cumplir lo que Dios ya había dispuesto.

—No puedo pelear con las armas de los hombres. —Su voz era firme, pero sin atisbo de insolencia—. Desde mi niñez, mi mano no ha blandido espadas, pero sí ha sido guiada por el poder de Hashem.

Saúl frunció el ceño extrañado.

David dio un paso adelante, y moviendo sus manos aparatosamente, comenzó a explicar al rey con entusiasmo:

—Cuando un león ataca el rebaño de mi padre, es el poder del Altísimo el que guía mi mano para arrancar la presa de sus fauces. Cuando un oso se abalanza sobre mis ovejas, es Su palabra la que me llena de confianza para enfrentarlo y rescatar a los corderos de sus garras.

El joven alzó el rostro hacia el rey, con la certeza de quien no habla por sí mismo, sino con la voz de la verdad.

—Así también será este gigante, que desafía al rebaño del pueblo de Dios. Como a la bestia salvaje que amenaza mis ovejas, el Señor lo entregará en mi mano. No será mi fuerza, ni mi destreza... será Su palabra la que me dará la victoria, y nos librá de la afrenta de los filisteos.

Luego de un silencio meditativo, Saúl exhaló con pesadez y guardó su espada. No comprendía del todo lo que veía en aquel joven pastor, pero algo en su interior le dijo que no debía detenerlo. Finalmente, se acercó a él y le puso una mano en el hombro.

—Ve entonces hijo mío, y que el Señor esté contigo.

David asintió sin titubear, y sin decir más, salió de la tienda del rey con paso firme.

— * —

Un estruendo provocado por el sonido del hierro rompió el aire cuando Goliat de Gat avanzó pesadamente sobre la llanura. Cada paso suyo hacía crujir la tierra.

Era una muralla de carne y metal, mucho más alto que cualquier otro hombre en el campo de batalla. Su armadura, de bronce oscuro, parecía forjada en los fuegos del abismo, y su yelmo llevaba grabados símbolos en honor a Dagón, el dios que creía que lo haría invencible.

Su lanza, gruesa como el madero de un barco, descansaba en su mano con la ligereza con la que un hombre normal sostenía una vara. La espada envainada a su costado, colosal y letal, esperaba para ser usada.

Goliat se detuvo en el centro del valle y su voz estalló como un trueno, resonando entre las colinas.

—¡Israelitas! ¿Dónde está su guerrero? —Se giró con una sonrisa torcida, extendiendo los brazos—. ¿Acaso todos son cobardes? ¡Hijos de un Dios débil, miren bien lo que haré con su campeón, si es que acaso tienen uno!

El ejército filisteo respondió con una carcajada unísona, el sonido de los escudos golpeando el suelo creaba un retumbar que parecía sacudir la tierra misma.

Pero entonces, un sonido distinto rompió el eco de la burla. El sonido de pasos ligeros se escucharon avanzando con determinación.

Goliat giró la cabeza. Su sonrisa se torció en una mueca de incredulidad.

Del otro extremo del valle, descendía un joven de cabello rizado y rubio, con ojos claros encendidos como el fuego.

No vestía armadura.

No llevaba espada.

Solo una honda, una cuerda de cuero con dos bolsas en los extremos, y una bolsa pastoril al costado.

Los filisteos quedaron en silencio por un instante... y luego estallaron en risas.

El ejército de Israel contenía la respiración. La mayoría intentaba esconder su rostro, anticipando lo que podría ser una masacre.

Goliat echó una mirada despectiva hacia David, y al darse cuenta de que se trataba de un muchacho tan joven, lo desprecio.

—¿Esto es una broma? —Goliat frunció el ceño, completamente incrédulo—. ¿Un niño?

David no se detuvo. Cada paso se hacía más firme, más decidido. Su corazón latía con fuerza, pero no por miedo. Había algo profundo, una calma inquebrantable, que lo impulsaba. En su mirada no había duda, solo certeza.

Goliat avanzó, su figura colosal oscurecía el terreno a su paso. Con un movimiento brusco, alzó su lanza, una masa de odio y desprecio personificada. Su voz retumbó como un trueno en el valle, cargada de un furia intimidante.

—¿Soy un perro, para que vengas a atacarme con palos y piedras? —rugió, maldiciendo a David—. ¡Por Dagon que te haré pedazos! ¡Acércate, niño, y te destrozaré! Tus restos serán devorados por las aves del cielo y las bestias del campo.

El gigante esperaba que David se acobardara, pero no, David no vaciló ni un segundo. Con pasos firmes y rápidos, avanzó hacia el campo de batalla desafiante. Goliat lo observaba, desconcertado por la agilidad y determinación del joven. Cuando David se detuvo, miró fijamente los ojos del gigante. No apartó la vista ni retrocedió ni un paso. Con una calma desconcertante, su voz cortó el aire como una sentencia.

—Tú vienes contra mí con espada, lanza y jabalina —su voz resonaba con una autoridad inquebrantable, no solo dirigida a Goliat, sino a los dos ejércitos que aguardaban con el aliento contenido —, pero yo vengo a ti en el nombre Hashem, Adonai, Señor de los Ejércitos, el Dios de los escuadrones de Israel, a quien tú has desafiado.

El gigante, perplejo, rugió en su interior. Jamás imaginó que un muchacho tuviera el coraje de hablarle así.

—Hoy mismo, el Señor, bendito para siempre, te entregará en mis manos —David continuó elocuentemente con voz firme y decidida—. ¡Te mataré, y cortaré tu cabeza! Oh sí, por el eterno Creador de todo, que hoy mismo arrojaré tu cadáver y los cadáveres de tu ejército a las aves del cielo y a las fieras del campo. Y todo el mundo sabrá que hay Dios en Israel. —Con voz potente, David levantó el tono de su voz asemejando un grito de batalla—. Todos los presentes sabrán que el Señor salva sin necesidad de espada ni lanza. ¡La batalla es del Señor, y Él los entregará en nuestras manos!

Un silencio se apoderó del campo de batalla. Goliat, con su gigantesca figura, sintió una extraña incomodidad en su pecho. No era el tamaño de David ni la falta de armamento lo que lo desconcertaba, sino la autoridad que emanaba de sus dichos. Las palabras de David no solo lo alcanzaron, lo desarmaron por completo. Había algo en su voz, una seguridad tan férrea, que lo desestabilizaba. De pronto sintió que en su interior algo se resquebrajaba. Aquel muchacho no traía espada, pero sus palabras cortaban como una.

Con un esfuerzo por recuperar su compostura, Goliat frunció el ceño y, con furia contenida, escupió al suelo.

—Entonces ven. Muéstrame qué tan fuerte es tu Dios —su voz resonó con desdén, pero esta vez, había una ligera vacilación, una sombra de duda comenzando a infiltrarse en su corazón.

David notó el cambio al instante. La actitud desafiante de Goliat, la que había hecho de él un gigante en los ojos de todos, empezaba a desmoronarse. Algo se quebraba en su mirada. A pesar de su tamaño, David ya no veía a un gigante invencible, sino a un hombre cuya arrogancia se desvanecía sutilmente.

Con la serenidad que solo la fe puede otorgar, David sonrió, pleno de certeza. Sin prisa, pero con la resolución de quien sabe que la victoria ya está asegurada, metió la mano en su bolsa pastoril. Sacó una piedra lisa, perfecta para su propósito, y la sostuvo con firmeza. La observó por un momento, sintiendo su peso, y luego, con calma inusitada, la colocó en su honda.

El murmullo entre los filisteos creció en intensidad al ver lo que hacía. Llamaba la atención, pero lo que más provocaba risas burlonas era que un joven sin armadura, sin espada, con solo una piedra en sus manos, pudiera desafiar al gigante. ¿Cómo podría esa honda enfrentarse a la espada y lanza de Goliat? ¿Qué podía salir mal?

Pero David, con la mirada fija en su enemigo, levantó la honda y comenzó a girar la cuerda sobre su cabeza. Respiró profundo, y con una determinación inquebrantable, miró a Goliat a los ojos.

Con un giro final, la piedra salió disparada como un rayo, cortando el aire con la rapidez de un relámpago. El crujido seco del impacto resonó al golpear la frente de Goliat.

La risa de los filisteos se desvaneció de inmediato. Un silencio abrumador se apoderó del campo. El gigante, que hasta hacía momentos era considerado invencible, ya no parecía tan imparable.

Goliat, sorprendido, tambaleó. Sus ojos se abrieron con incredulidad. No podía comprender lo que acababa de suceder. Su enorme cuerpo, tan fuerte y temible, se balanceó como si algo dentro de él se hubiera roto. En un instante que pareció eterno, el gigante cayó hacia adelante, como una torre

derrumbada. El estruendo de su caída sacudió el suelo, enviando ondas de asombro a través de ambos ejércitos.

David no solo había derribado a Goliat con una piedra; había derribado la mentira del poder humano. La creencia de que la victoria dependía solo de la fuerza física ya no tenía fundamento. No era el tamaño de Goliat lo que importaba, ni su armamento. Era el poder de Dios en acción lo que había decidido la victoria.

El silencio que siguió fue absoluto. Los filisteos, atónitos, contenían el aliento, incapaces de reaccionar. Los israelitas, paralizados por el asombro, no podían creer lo que veían. Nadie había esperado que el gigante cayera, y mucho menos con la simple fuerza de una piedra lanzada por un joven pastor.

David no dudó ni un segundo. Corrió hacia el cuerpo de Goliat. Se detuvo junto al coloso caído, desenvainó la enorme espada del refaita y con ambas manos, la levantó. La espada era masiva, pesada, mucho más grande que cualquier arma que David pudiera haber imaginado manejar. Pero el peso no le importó. Con una determinación imparables, alzó la espada por encima de su cabeza y, con toda su fuerza, la dejó caer con violencia sobre el cuello del gigante.

El peso de la enorme espada hizo el trabajo. La cabeza de Goliat rodó por el suelo, manchando la tierra con un rojo vibrante, como la sangre de la victoria de un pueblo que había sido liberado de su opresor.

El silencio se rompió primero con un grito de horror desde el campamento filisteo, donde la incredulidad se transformó en pánico.

En ese mismo instante, el ejército de Israel rugió como uno solo. El rugido resonó en el valle como un trueno, mientras el miedo de los filisteos se convertía en una fuga descontrolada. Los israelitas, renovados en fe y valentía, arremetieron con furia contra el enemigo, derribando a muchos, mientras otros huían desesperadamente hacia sus ciudades, dejando atrás el cuerpo mutilado de su campeón y los estandartes rasgados de su dios Dagón, que no pudo salvarlos.

David permaneció erguido en el centro del campo, la gigantesca espada de Goliat en una mano, firmemente clavada en el suelo, mientras que con la otra sostenía por la cabellera la cabeza decapitada de su enemigo, levantándola en alto como un trofeo. La escena fue tan impactante que los filisteos, en su fuga descontrolada, apenas podían mirar.

El rostro de David estaba sereno, pero sus ojos ardían con fuego y fe. Su corazón, aunque lleno de emoción, estaba profundamente agradecido por la victoria que Dios le había concedido. Los soldados de Israel, renovados y con respeto, se detenían para mirar al joven de Belén, quien ahora se erguía como el hombre que había derrotado al enemigo más temido.

Y desde ese día, todo Israel supo que David, el joven pastor que había vencido al gigante, se convertiría en rey.

Capítulo 36 — Gloucester, Massachusetts. Siglo XXI

Elías corría con dificultad por la empinada callejuela. Aunque esbelto, no era un atleta, y el cansancio se acumulaba con cada zancada. La brisa nocturna del mar golpeaba su rostro, mezclándose con el sudor, mientras el eco de las olas se fundía con el sonido irregular de sus pasos.

A lo lejos, vio a Ronald Lugner avanzando hacia una embarcación en el muelle al final de la calle. La lancha oscura se mecía suavemente con la marea, lista para partir. Lugner iba acompañado de dos hombres; uno subió rápidamente a la embarcación, y el otro permaneció alerta a su lado.

El corazón de Elías se aceleró. No podía dejarlo escapar. Ignorando el dolor en su costado, levantó la voz.

—¡Lugner!

Lugner se detuvo sin prisa y se giró con calma, como si fuera una molestia menor. Su mirada fría se clavó en Elías.

—Zuzunaga... —dijo con un tono que oscilaba entre burla y amenaza—. ¿De verdad crees que puedes detenerme?

A pesar de la fatiga, Elías se irguió y, con determinación, dio un paso adelante.

—Tarde o temprano, la verdad saldrá a la luz, y tú caerás. Dios no permitirá que sigas corrompiendo a Su pueblo y a Su creación.

Una ligera lluvia comenzó a caer, creando un velo entre ellos. Las gotas resbalaban por el rostro de Elías mientras Lugner soltaba una breve carcajada, cargada de desprecio.

—¿Dios? —repitió con burla—. Si tu Dios estuviera aquí, tú no estarías jadeando como un perro moribundo para alcanzarme.

Elías apretó los puños, sintiendo la ira encenderse en su pecho.

—Debiste haber muerto ese día, cuando te interpusiste para rescatar a esa tonta periodista —expreso Lugner inclinando la cabeza, observándolo con un interés casi genuino.

—Claro, y si no me hubiera metido en tu camino, hubieras terminado con la vida de ella —Elías no dudó en interrumpir.

—Te subestimas, Zuzunaga. No eres un héroe —Los ojos de Lugner parecían destellar con un brillo venenoso mientras una sonrisa, apenas perceptible, mostraba su desprecio—. Eres solo un error que olvidé corregir.

Hizo una pausa, prolongándola intencionalmente, como si disfrutara cada segundo antes de pronunciar su siguiente sentencia.

—Lo que aún no entiendes es que tú siempre fuiste el objetivo —sus palabras fueron como el filo de una navaja, precisas y mortales.

Un escalofrío recorrió la espalda de Elías, la confusión por el significado de aquellas palabras se hundía en su mente como un golpe seco.

—¿Qué demonios estás diciendo?

Lugner dio un paso adelante, cerrando la distancia entre ambos lo suficiente para que Elías pudiera ver cada línea de orgullo y desprecio en su rostro.

—Te crees un simple investigador, un cazador de tesoros históricos. Piensas que terminaste aquí por casualidad, que solo te involucraste porque le diste tiempo a la hija de ese traidor de Goodman. Piensas que eres un académico metido en problemas que no comprende... pero no, Elias.

Su tono se volvió casi afable, como si le estuviera explicando algo a un niño.

—El ataque en el parque no era contra Becky Goodman... era contra ti.

Elias sintió que el mundo se detenía un segundo.

—¿Contra mí?

Lugner asintió con una calma enfermiza.

—Los problemas que tuviste para traer esa espada de Israel, las trabas que enfrentaste para sacarla del país... ¿acaso crees que solo eran cuestiones políticas?

Elias miraba pasmado al falso apóstol, tratando de comprender hasta dónde llegaba su influencia.

—¡Pero no! —continuó Lugner con voz apagada pero cargada de exasperación—. Tenías que insistir. Tenías que aferrarte a sacar a la luz esa reliquia judía.

El desprecio se acentuó en su expresión.

—Y no solo eso... Fuiste tan obstinado que recurriste a ese judío despreciable, Sarfatti, para que utilizara sus múltiples contactos hasta conseguir traerla a América.

Elias entrecerró los ojos, procesando la magnitud de aquellas palabras. Había estado bajo vigilancia todo este tiempo, cada uno de sus movimientos, cada obstáculo puesto con intención. Ahora lo entendía. Nada fue casualidad.

—¿Ahora entiendes por qué debías ser eliminado?

La burla desapareció del rostro de Lugner, dejando solo una expresión fría y despiadada. Su mirada era puro desprecio, pero había algo más en ella: odio contenido, profundo y visceral.

—¿De verdad crees que permitiría que esa espada terminara en manos de alguien que la relacionara con el Rey David?

Dejó que las palabras flotaran en el aire antes de añadir, con un tono casi reverencial:

—El enemigo más antiguo de mi dios.

Sus ojos se endurecieron, afilándose como dagas. Lugner notó la reacción de Elias y sonrió, su satisfacción era cruda y escalofriante.

—¿Lo ves? —susurró, inclinándose apenas hacia adelante—. Desde el momento en que abriste la boca para hablar de esa espada, firmaste tu sentencia de muerte.

Un trueno lejano retumbó en el horizonte, como si la misma naturaleza reaccionara ante la gravedad de sus palabras.

Elias sintió un torbellino de emociones golpearlo al mismo tiempo. Ira. Confusión. Miedo. Coraje.

Sabía que tenía que actuar, pero su mente procesaba demasiadas cosas a la vez. Su mirada recorrió el entorno con urgencia, buscando desesperadamente algo que pudiera usar como arma. Nada.

Su respiración se aceleró, sus pensamientos eran una ráfaga caótica de posibilidades. Lugner estaba a punto de escapar. Si lo dejaba ir, perdería la oportunidad de frenarlo. Tenía que retenerlo. Ganar tiempo mientras la ayuda llegaba... Si es que llegaba.

Tomó aire, endureciendo la expresión, y clavó sus ojos en su enemigo.

—Así que por eso también intentaste matar a Becky y a su padre... —se atrevió a decir.

Lugner inclinó la cabeza, con la expresión de un jugador que ya ha sellado su victoria.

—Todos los que se interponen deben ser eliminados. —Su tono era frío, carente de emoción—. Aunque Goodman ya estaba muerto desde hace mucho. Su error fue involucrar a su preciosa hijita.

Elias abrió los ojos de par en par, bufando sutilmente, sin poder evitar la reacción de indignación que se formaba en su rostro. Lugner lo notó de inmediato.

—Pero no te sorprendas, Zuzunaga —continuó con desdén y una calma perturbadora—. Antes de ti y de ellos —hizo un leve gesto con la cabeza, refiriéndose a Becky y Michael Goodman—, otros lo intentaron, y ninguno vivió para contarlo. Hoy caes tú. Mañana, tu nueva amiguita.

La lluvia fina comenzó a intensificarse, golpeando la madera del muelle con un ritmo monótono, mientras gruesas gotas mojaban el cabello de Elias haciendo que este cubriera su rostro, oscureciendo su expresión y ocultando la furia contenida que hervía dentro de él.

Lugner ya había ganado la batalla psicológica y lo sabía. Se preparaba para saltar a la lancha cuando, de repente, se detuvo. Dio un paso de regreso al muelle, como si aún tuviera algo más que decir, tenía que dar el golpe final.

—Ah, y respecto a tu espadita... —susurró con la voz de quien pronuncia una sentencia inapelable—, el destino de esa reliquia y todo lo que representa nunca estuvo en manos de los hombres.

Su tono se tornó más oscuro, su voz más grave, como si hablara desde las entrañas de su fanatismo.

—Ni tú ni tu Dios podrán detenernos. Seguiremos ocultando la verdad, confundiendo a los ignorantes, combatiendo todo lo que representa.

El pecho de Elias latía con fuerza, un peso brutal lo oprimía, una mezcla de rabia, frustración e impotencia. Con inquietud se preguntaba: ¿Lugner se estaba refiriendo a la espada “Gibbor”, o acaso hablaba de la misma Palabra de Dios?

—No tienes idea de lo que dices —Fue lo único que logró pronunciar.

—Quizás tengas razón... —Lugner suspiró, como si la conversación le resultara tediosa—, pero lo cierto es que ya no importa.

Lugner levantó la mano despectivamente, y desde la embarcación, una silueta monstruosa emergió. Mientras el hombre que lo acompañaba ayudaba a Lugner a subir a la lancha, la tenue luz del muelle apenas alcanzaba a iluminar la figura.

La lluvia dificultaba la visión, pero entonces pudo verlo, se trataba del híbrido barbado.

Elías sintió cómo sus piernas se paralizaban. La criatura avanzó, y su rostro deformado confirmó los temores de Elías: era el mismo híbrido que habían dejado atrás en el pantano de Luisiana. Su mandíbula alargada, cubierta de dientes irregulares, torció en una sonrisa espantosa. Sus ojos oscuros y fríos mostraban satisfacción al reconocerlo.

La criatura, entre lo humano y lo grotesco, avanzó pesadamente. Desde la lancha, Lugner esbozó una última sonrisa mientras se alejaba. Sin mirar atrás, el líder de la Orden de Dagón desapareció en las sombras.

El híbrido rugió y se lanzó hacia Elías con una velocidad sorprendente. El primer golpe impactó en sus costillas, enviándolo hacia atrás, cayendo pesadamente sobre el muelle. El dolor explotó en su costado, y el aire escapó de sus pulmones. Con dificultad, se levantó, tambaleándose, mientras un mareo lo envolvía.

La criatura avanzó nuevamente, y Elías levantó los puños en defensa, pero el golpe fue brutal. El puño del híbrido se estrelló contra su rostro, enviando un dolor punzante por todo su cráneo. La sangre inundó su boca y su visión se nubló mientras caía de rodillas, jadeando.

El miedo se desbordó en su mente. Desesperado, buscó una salida, pero no había escape.

—Ayúdame, Jesucristo... no me permitiste conocerte para que mi vida termine así.

El murmullo de su ruego fue ahogado por el dolor. El híbrido soltó una risa burlona, disfrutando de su sufrimiento.

—¿Esto es todo lo que tienes, hombre de fe? —gruñó con palabras apenas comprensibles.

Sin esfuerzo, el híbrido levantó a Elías por la camisa con una sola mano, su agarre era sofocante como tenazas de hierro. Elías intentó resistirse, pero la fuerza de la criatura lo aplastaba. Con un movimiento brutal, lo lanzó contra un poste cercano. El golpe resonó, y Elías cayó al suelo, aturdido, con sangre resbalando por su boca.

El híbrido avanzó mientras sus agallas detrás de sus orejas se agitaban con violencia. Iba a terminar el trabajo.

Elías, mareado, sintió el mundo girar. El murmullo ensordecedor en su mente amenazaba con arrastrarlo, pero su instinto de supervivencia despertó. Reuniendo fuerzas, se levantó y lanzó un golpe desesperado a la mandíbula del híbrido. El impacto fue inútil; la criatura ni se inmutó y contraatacó.

El puño de aquel ser se estrelló contra su rostro, lanzándolo al suelo. Sus anteojos volaron, inservibles y un dolor punzante se extendió por su rostro, una herida profunda se abrió sobre su ojo izquierdo, sangrando profusamente.

La sangre, mezclándose con la lluvia, le nublaba la visión. Sintió el latido acelerado de su corazón en la herida, así como el miedo que lo invadía, pero entonces, las palabras de Elijah Washington vinieron a su mente:

“Recuerda, Elías, no importa lo que enfrentes, el miedo es solo una sombra. La verdadera batalla se libra en tu corazón. Si tienes fe, si mantienes la mirada en lo que es justo, nada podrá detenerte. El poder no siempre reside en lo que vemos, sino en lo que creemos.”

El temor que lo había consumido se desvaneció, reemplazado por una fuerza renovada que solo la fe podía otorgar. Una paz sobrenatural lo envolvió, desafiando la brutalidad del momento. No renegaría. No se lamentaría. Estaba listo.

La lluvia comenzó a menguar, golpeando la madera del muelle con menos fuerza. A pesar de la muerte acechando sobre él, Elías comprendió: todo había valido la pena. El viaje, los sacrificios, cada momento lo habían llevado hasta allí, y no cambiaría nada. Sobre todo, haber conocido verdaderamente a Jesucristo. Aunque su defensa de la verdad hubiera sido tan breve e imperfecta, no se arrepentía.

El híbrido, gruñó con satisfacción. Su aliento nauseabundo se escapaba mientras se deleitaba en el sufrimiento de Elías, disfrutando de cada retorcimiento.

—Ya me cansé de jugar contigo —escupió con desprecio, poniendo el pie en el pecho de Elías y alzando el puño para el golpe final.

Pero antes de que pudiera hacerlo, una voz femenina, fuerte y decidida, resonó detrás del monstruo.

—¡Suéltalo ahora!

Petra Kotsifakis estaba ahí, de pie a unos metros con su pistola desenfundada, apuntando al híbrido. Este giró lentamente, mostrando su rostro deformado con una mueca de amenaza. Se apartó de Elías y lo dejó tendido, enfocando su atención en Petra.

Pero no tuvo tiempo para reaccionar.

Petra disparó sin dudar. El estruendo cortó la noche, y la bala impactó en su pierna, obligándolo a retroceder con un gruñido. Aún herido, levantó la mirada, listo para atacar, pero Petra no le dió oportunidad. Con precisión, disparó de nuevo.

La bala impactó en su cabeza, justo debajo del pómulo izquierdo, atravesando su cabeza. El híbrido fue lanzado hacia atrás, sorprendido, sus ojos se fijaron en Elías antes de caer aparatosamente hacia la orilla del muelle, y luego deslizarse hacia el mar, donde su cuerpo desapareció entre las olas.

Petra, con el pulso acelerado, corrió hacia Elías, que yacía en el suelo, respirando con dificultad. Su rostro estaba magullado y sangraba, pero aún estaba consciente.

—Elías, ¿estás bien? —preguntó con voz temblorosa.

Elías levantó la cabeza, y a pesar del dolor, sonrió débilmente.

—Sí... ahora sí, todo está bien.

Petra lo ayudó a levantarse.

—¿Qué demonios estabas pensando? —dijo frustrada y preocupada.

Elías soltó un suspiro doloroso intentando sonreír.

—Tenía que intentarlo. No podía dejarlo escapar.

Petra negó con la cabeza, sonriendo levemente mientras lo sostenía. Elías, jadeante, dio una última mirada hacia el mar. El rugido de las olas seguía resonando, como un eco persistente de una tormenta cuyo peligro aún no desaparecía.

— * —

Horas después, antes del amanecer, el tenue resplandor de una cafetería en la autopista Yankee Division, lejos de Gloucester, destacaba las figuras solitarias de sus únicos clientes. Sobre una mesa, tazas de café frío y restos de comida se acumulaban, testigos de una noche difícil de digerir. Becky revisaba las imágenes en su cámara, mientras Elías hojeaba los documentos confiscados.

A pesar de la calma y tranquilidad del lugar, Elías sentía el dolor en cada movimiento. Su rostro estaba hinchado y la fatiga lo golpeaba como una sombra. Sin embargo, estaba aprendiendo a ignorar el dolor.

Becky dejó caer la cámara sobre la mesa, frustrada.

—No es suficiente. Hemos expuesto parte de lo que hacen, pero mientras Ronald Lugner siga libre, encontrarán la forma de reagruparse.

Elías miró hacia el horizonte oscuro a través del enorme ventanal.

—La oscuridad siempre encuentra grietas, pero ahora saben que los están observando. No pueden actuar sin consecuencias.

Becky tamborileó los dedos sobre la mesa, pensativa.

—¿Y cuál es el siguiente paso, genio? Porque no tengo ni idea de cómo enfrentar híbridos y cultos marinos.

Elías sonrió débilmente a pesar del dolor.

—Yo tampoco tengo un manual. Pero hemos aprendido a improvisar, y eso nos ha traído hasta aquí.

Becky observó, notando cómo Elías, aunque agotado, irradiaba calma.

—Te ves diferente —dijo con voz baja.

—¿Diferente? —pregunto Elías arqueando una ceja —¿Diferente como?

—Cuando te conocí, eras escéptico, desconfiado... y ahora... ahora eres otro.

—No sé qué responder —dijo Elías, en silencio.

—Yo sí —respondió Becky rápidamente—. Creo que, al final, como dice la Biblia, todo coopera para bien para quienes son escogidos por Dios.

—¿Así dice? —preguntó Elías con una sonrisa juguetona.

—Bueno... algo así —respondió ella en tono ligero.

—Pues es cierto —afirmó Elías con una mezcla de certeza y paz—. Dios me salvó, y ahora sé que solo Jesucristo y su palabra son a lo que debo aferrarme.

Elías miró nuevamente hacia el exterior, perdiéndose en sus pensamientos.

Becky lo miró contemplándolo, sintió como la actitud del antropólogo le transmitía una paz inexplicable y, de manera súbita, suspiró con una ligera sonrisa.

—Deberíamos irnos —dijo—. Tenemos que entregarle esto al agente Bellamy. Nos dejó revisarlos como un favor, pero el trato era dárselos a primera hora.

Elías asintió, entendiendo que debían seguir adelante.

—Tienes razón. No quiero que el FBI nos tenga en su lista negra por pasarnos de listos

—Ok. Me alegra que estemos de acuerdo —Becky sonrió con empatía.

Elías intentó reírse, pero al ponerse de pie, flaqueó, dejándose caer en la silla con un suspiro jadeante.

—Bueno, espero que estés de acuerdo en que podemos ir despacio.

Becky se inclinó y, con un gesto tierno, acomodó el mechón rebelde de su cabello sobre su frente herida.

—No hay problema, Elías. Podemos esperar el tiempo que necesites.

Elías se quedó quieto, sorprendido tanto por sus palabras como por el contacto inesperado. Por un momento, el cansancio parecía menos pesado.

El silencio entre ellos se sintió diferente, algo bueno había ocurrido entre la fatiga y la adrenalina.

Finalmente, Becky se recargó en la silla y sonrió traviesa.

—Te ves bien sin lentes.

—¿Qué cosa? —tartamudeó Elías, confundido.

Becky rió y se encogió de hombros.

—Supongo que seguimos improvisando.

El sol comenzó a asomarse, filtrando sus primeros rayos de luz y calor a través de las grandes ventanas de la cafetería a la orilla de la autopista, tocando suavemente a los dos únicos clientes que compartían el privilegio de estar juntos en medio de tan extrañas circunstancias. La noche, que había parecido interminable, comenzaba a ceder finalmente ante la promesa de un nuevo día.

Capítulo 37 — Jerusalén, Israel, 985 a.C.

En el palacio de David, justo al mediodía, la ceremonia comenzaba desplegando una solemnidad única. El aire estaba cargado de expectación, mientras príncipes, magistrados, nobles, guerreros, sacerdotes y músicos se reunían bajo el resplandor de las antorchas que delineaban sus figuras por la luz titilante. La atmósfera era una amalgama de colores brillantes y sonidos vibrantes, que se entrelazaban en una sinfonía de reverencia y honor.

David se erguía en el centro de la sala, vestido con su armadura ceremonial, que relucía como el sol. Cada placa de su armadura reflejaba la luz de las antorchas, de manera majestuosa destacando en su pecho el escudo real, la imagen de un león majestuoso, símbolo no solo su linaje, sino la fuerza y la autoridad divina que lo respaldaban. A su lado, el sumo sacerdote Sadoc, finamente revestido en su manto azul; destacaba su efod, adornado con las gemas de las doce tribus brillando como estrellas en un cielo nocturno. La mitra sobre su cabeza, inscrita con las palabras “Santidad al Señor”, irradiaba una autoridad espiritual que llenaba el aire.

Frente al trono, los gibborim se alineaban con impecable precisión. Sus armaduras de acero y cuero, pulidas hasta el brillo, virilmente reflejaban no solo su valentía, sino la honra de servir al pueblo de Israel. En sus ojos ardía la determinación, el coraje forjado en mil batallas. Eran el alma indomable de una nación que se había levantado de la adversidad.

Alrededor del palacio, más allá de sus muros, el pueblo se agolpaba en las plazas, sus murmullos reverentes y cánticos elevados creaban una vibración festiva de manera colectiva, daba muestras de confianza, esperanza y orgullo.

De repente, el silencio se hizo sobre la multitud. David alzó la voz, y su tono profundo, lleno de autoridad, cortó el aire como una espada. Las palabras que pronunció resonaron con gratitud y solemnidad, rindiendo homenaje a tres héroes del pueblo de Israel: Jasobeam, Elehazar y Samma. Al escuchar sus nombres, los tres avanzaron con pasos firmes por el pasillo central, mientras el eco solemne de las trompetas llenaba el aire, como si los cielos mismos estuvieran celebrando su valentía.

Entre los nobles, pero siempre algo apartado, se encontraba Natán, oh el viejo profeta Natán. Su presencia irradiaba una serenidad profunda, y su sonrisa, tranquila y sin pretensiones, reflejaba una paz que solo la cercanía con la voluntad divina puede otorgar. A lo largo de su vida, Natán había sido testigo de las grandes obras de Dios, y ahora, en este momento sagrado, su alma descansaba en la certeza de que la voluntad de Dios se estaba cumpliendo y se sentía profundamente agradecido de haber podido participar en ello. Sin embargo, no buscaba honores ni celebraciones personales; su gozo residía en ver cómo se manifestaba el propósito de Dios en la vida de su pueblo. La luz de las antorchas parecía abrazar su rostro, mientras sus ojos observaban con admiración los acontecimientos, sabiendo que el verdadero honor radicaba en el servicio a Dios, no en la gloria terrenal.

A su lado, con el rostro iluminado por una mezcla de orgullo y gratitud, estaba Yasbed, el armero. Se rascaba constantemente el cuello, un gesto nervioso que contrastaba con la solemne calma del evento. Su apariencia tosca y ruda, característica de los que trabajan con las manos en el metal y la forja, contrastaba notablemente con los elegantes ropajes que llevaba, algo que definitivamente no formaba parte de su atuendo diario. A pesar de la incomodidad que le generaban esos vestidos, no podía evitar sonreír al ver su obra ante él.

Su mirada se posaba con concentración en las espadas que él mismo había forjado, sabiendo que esas armas ahora serían un reflejo de la fuerza y valentía de los tres guerreros más destacados de Israel. Cada

hoja brillaba bajo el resplandor de las antorchas como si llevara consigo un pedazo de su propia alma. El sudor de su esfuerzo, la precisión de su trabajo y la pasión que había volcado en cada trazo del metal quedaban grabados en esos filos, como huellas imborrables.

Natán le dio una suave palmada en el hombro, acompañado de una sonrisa de aprobación. Yasbed, con el corazón lleno de gratitud, se sentía honrado de ser parte de ese momento tan significativo. Sabía que su contribución iba más allá de la simple artesanía. Cada espada llevaba consigo un pedazo de su ser, y ahora, al ser empuñadas por esos guerreros, no solo representarían su coraje, sino también el esfuerzo y dedicación de quien las había forjado en su taller.

De repente, el palacio, antes lleno de murmullos, se sumió en un silencio reverente. David, solemne, alzó la mirada y, con un firme gesto de su mano, señaló a los tres héroes para que se acercaran.

Los tres guerreros, con rostros de acero y corazones firmes, avanzaron desde el fondo del salón hacia el rey. David, con otro movimiento de su mano, indicó a los portadores de los trofeos que retiraran los lienzos que cubrían las espadas. Tres armas relucientes quedaron al descubierto, símbolos de victorias pasadas y de futuras batallas por librar.

La ceremonia no era solo un acto de reconocimiento; era una declaración solemne de la fidelidad de Dios con Israel, un recordatorio del pacto eterno y de los valores que definían a esos valientes: honor, esfuerzo, fidelidad y consagración a la voluntad divina.

Elehazar, con manos firmes, tomó la primera espada, sintiendo el peso del acero forjado. La hoja brillaba bajo la luz de las antorchas, pulida y perfectamente equilibrada. Al sostenerla, pudo sentir la solidez del metal, como un recordatorio de las batallas libradas y de las que aún vendrían.

—¡Por la gracia del Altísimo! ¡Qué formidable arma! —exclamó Elehazar con voz grave y de asombro que resonó por toda la sala.

Samma, observando la empuñadura, admiró los intrincados detalles de la hoja de doble filo que reflejaban la luz como un sol en miniatura.

—¡Es una obra maestra! —murmuró con admiración, tocando delicadamente la hoja, como si temiera que pudiera quebrarse.

Jasobeam, absorto en el león tallado en el pomo de bronce, no pudo evitar sonreír con devoción.

—¡El León de la tribu de Judá! —susurró lleno de reverencia.

David, con humildad, se acercó a ellos y alzó la voz, profunda y clara, para que todos en el salón pudieran escucharla. Su tono reverberó en las paredes del castillo, haciendo eco de sus palabras más allá de su alcance.

—Estas espadas no son solo acero forjado; son un reflejo de la presencia de Dios en nuestras vidas, en cada batalla que enfrentamos. Levantadlas hacia los cielos como ofrenda a Hashem —dijo David con voz vibrante llenando cada rincón del palacio—. ¡Valientes de Israel! Estas armas son Su voluntad en vuestras manos. Recordad que Él os acompaña, como lo hizo conmigo cuando me guió para derrotar a Goliat. A quien, ya caído en tierra, con su propia espada corté su cabeza, trayendo gloria y triunfo a nuestro pueblo. El metal de esa espada fabulosa es el mismo con el que se han forjado las que ahora tenéis en vuestras manos.

Un murmullo de asombro recorrió la sala como una brisa suave, mientras los tres héroes tomaban las espadas con manos temblorosas. Sabían que, al recibirlas, no solo aceptaban un reconocimiento, sino también una enorme responsabilidad. Con profundo respeto y reverencia, se inclinaron ante el rey, abrazando el legado que les había sido confiado.

David alzó la vista hacia el cielo, como si buscara algo más allá de las paredes del palacio, más allá de las ventanas que enmarcaban el horizonte. Era un gesto silencioso, un reflejo de su devoción, entonces levanto su voz, como si hablase directamente con Dios, pero lo hacía en voz alta, para que todo el pueblo pudiera escuchar y aprender. Luego, dejó que sus palabras se impregnaran de una sabiduría antigua, como si hablara desde las mismas raíces de su corazón.

—El hombre que sigue tus enseñanzas es un guerrero invencible, no solo en la batalla, sino en la guerra diaria de la vida. Sus pasos, guiados por tu sabiduría, trazan un camino de virtud, de rectitud, de justicia.

Los presentes, como un solo cuerpo, inclinaron sus cabezas, como si las palabras del rey resonaran en lo más profundo de sus almas. Un juramento silencioso se formaba entre los presentes, hecho con el corazón y con la mente, conscientes de la verdad que vibraba en la voz de David como un recordatorio de la fuerza que solo puede emanar de un hombre cuya fe y rectitud son tan firmes como las del rey que los guiaba.

—Bendito seas, oh Adonai, Dios eterno, fuente de toda sabiduría —continuó David con su voz quebrada por la emoción—. En tus palabras encontramos gozo y paz, y en tus testimonios, riquezas que nunca se agotan. Permítenos comprender la profundidad de tus enseñanzas, oh Señor, y en los momentos de aflicción, que seamos refugio y fortaleza, fortaleciendo nuestras almas y las de otros con tu amor eterno.

David guardó un momento de silencio, inclinando la cabeza en una oración silenciosa, y luego dirigió su mirada hacia los valientes que habían recibido los trofeos en forma de espadas. Se acercó lentamente a los tres guerreros, y sus pasos resonaron en la sala, como un eco que reflejaba el afecto genuino que sentía por ellos. Ante ellos, no solo estaba el rey, sino también el amigo. Colocó una mano firme sobre sus hombros, un gesto que hablaba de respeto, gratitud. Luego, mientras se acerba cada uno de ellos, inclinó su cabeza y besó simbólicamente sus frentes, un acto cargado de solemne fraternidad y deferencia.

El contacto, aunque breve, fue profundo. Los tres héroes, guerreros forjados en la adversidad, se inclinaron ante su rey, conmovidos por la humildad y el afecto sincero que él les ofrecía. En ese breve instante, el peso del honor y la responsabilidad se convirtió en un vínculo eterno, sellado no solo en el metal de las espadas, sino en los corazones de los guerreros de Israel.

La música comenzó a sonar, y los vítores se alzaron tanto dentro como fuera del palacio, llenando el aire con un júbilo contagioso. Las voces del pueblo, colmadas de alegría, se unían en un clamor de celebración por los valientes que habían sido honrados. El salón se llenó de risas, cantos y danzas, mientras las antorchas iluminaban las caras felices de aquellos que celebraban la victoria y el valor de los tres guerreros.

David, con serenidad, despidió a los héroes, consciente de que su partida los llevaría a nuevas batallas. Sin embargo, también sabía que cada espada que portaban sería un recordatorio constante de un legado de fe y determinación. Ahora sabían, más fuertemente que nunca, que en los momentos más oscuros, cuando el camino se tornara incierto, el amor eterno de Dios sería su fortaleza, guiándolos a través de cualquier camino de adversidad.

A medida que la celebración continuaba, la música y los vítores comenzaron a desvanecerse. El vasto palacio, que momentos antes había estado lleno de luz y alegría, se sumió en un silencio profundo, marcado por una paz que solo los momentos sagrados pueden otorgar. Ese silencio llenó cada rincón del lugar, como un manto invisible que abrazaba el espacio con solemnidad.

Poco a poco, el salón quedó vacío. Las risas y los cantos fueron reemplazados por la quietud, y en el aire flotaba el eco de la devoción, el respeto y la fe compartidos durante esa jornada. Ese eco se desvaneció suavemente, como el brillo de las antorchas al apagarse, pero dejando tras de sí una huella imborrable de honor, fe y fortaleza, que perduraría mucho tiempo después de que la última llama se extinguiera.

Capítulo 38 — Filadelfia, Pensilvania, Siglo XXI

Tras un vuelo de casi hora y media desde Boston, Elias y Becky reflexionaban sobre todo lo que habían vivido. La sensación de comenzar una nueva etapa juntos los envolvía mientras el avión descendía lentamente hacia el Aeropuerto Internacional de Filadelfia. Una vez en tierra y con las maletas en mano, Becky tomó cariñosamente el brazo de Elias, apoyándose en él mientras caminaban hacia la salida con una mezcla de tranquilidad y entusiasmo.

—Aquí es donde todo comenzó —dijo Becky con una sonrisa nostálgica, con voz suave, pero cargada de emoción—. ¿Te acuerdas cómo te perseguí por todo el aeropuerto como una loca?

—Oh, claro que lo recuerdo —respondió Elias, acomodando su despeinado flequillo—. Honestamente, si pensé que estabas un poquito fuera de tus cabales. —Luego, levantó una ceja con fingido dramatismo—. Por un momento me asustaste. ¡Menos mal que Charlotte estaba conmigo! Creo que ella sabe algo de artes marciales, por si te ponías agresiva.

Becky soltó una carcajada y le dio un golpe suave en el costado.

—¿Ah, sí? Pues tengo algunos movimientos que me enseñó Petra Kotsifakis que podrían sorprenderte —replicó con una sonrisa traviesa.

—Uy, cuidado, no querría ver tu lado peligroso —bromeó Elias, mientras levantaba las manos como si se rindiera.

Después de las risas, ambos cayeron en un breve silencio, esta vez de ligera preocupación.

—Sabes, aunque todo lo que hemos pasado ha sido increíble... —comenzó Becky, bajando un poco la voz—, todavía no sé qué va a pasar con la Orden de Dagón. Es como si todo estuviera en pausa, pero no sabemos cómo detenerlos por completo.

Elias asintió con una expresión más seria ahora.

—Lo sé. Y mientras la iglesia de Palabra de Vida siga activa, ellos también lo estarán. No podemos bajar la guardia, pero tampoco sabemos exactamente cómo actuar. Pero el golpe que se dio con la ayuda de Nathan y Petra creo que fue muy significativo.

—Exacto. —Becky suspiró, visiblemente preocupada—. Aunque no sabemos cuántas personas más están involucradas ni qué tan profundo han infiltrado otras iglesias. ¿Qué pasaría si logran atraer a más creyentes desprevenidos? Siento que, aunque hemos logrado tanto, la amenaza sigue ahí... latente.

—Es cierto —asintió Elias, para luego decir con confianza y seguridad—. Pero mientras allá hombres comprometidos y que amen a Dios de verdad y su palabra, como Wesley, Caleb y Elijah, hay una gran esperanza.

Becky apretó su mano, en señal de estar de acuerdo.

—Hemos aprendido que no estamos solos en esto —dijo Elias con firmeza—. Hay otras personas que también están despiertas a lo que está sucediendo, y dispuestas a Dra la batalla.

—Pero necesitamos ser prudentes, como nos aconsejó Elijah —aportó Becky mientras caminaban—. Debemos buscar más información, estar atentos y nunca bajar la guardia. No podemos detenernos ahora, pero la mejor forma de enfrentarlos es mostrando la verdad. Si más personas conocen la verdad, si más creyentes abren los ojos a las mentiras disfrazadas de doctrinas cristianas, podremos debilitar su influencia.

—Esto no termina aquí, Becky. —asintió Elias—. Vamos a enfrentarlo juntos. Y con algo de suerte, tal vez no necesites usar esos movimientos de defensa personal que te enseñó Miranda— añadió con un tono más ligero, tratando de aliviar la tensión.

Becky sonrió ante el comentario, aunque la preocupación seguía latente.

Cuando finalmente llegaron a la salida del aeropuerto, se detuvieron y se miraron a los ojos. Era un momento tranquilo, pero lleno de significado. Ambos sabían que, aunque tomarían autos diferentes, su camino juntos apenas comenzaba.

—Cuidate, señorita "artes marciales" —dijo Elias, dándole un guiño antes de inclinarse para darle un beso suave en los labios.

—Y tú, profesor "pelos necios" —respondió Becky, sonriendo antes de devolverle el beso, esta vez con un poco más de ternura.

Se despidieron con una sonrisa, cada uno tomando un taxi distinto, pero con la esperanza de que, sin importar la distancia ni la amenaza que enfrentaban, sus corazones podrían, quizá, volver a caminar juntos.

— * —

Becky descendió del taxi frente al 729 de la Calle 18, en el pintoresco barrio de Fairmount. La modesta casa de tonos ocre claro, con su pequeño jardín delantero y las cortinas blancas ondeando en las ventanas, la hacía sentir de nuevo en casa, acogedora y familiar. Con paso seguro, subió los cuatro escalones del porche, donde unas macetas de flores daban la bienvenida, sin dudarle, abrió la puerta con la familiaridad de quien ha vuelto a su refugio.

—¡Papá, ya estoy en casa! —exclamó Becky, llenando la casa con su alegría.

Dejó la maleta junto a la entrada y se quitó los zapatos bajo la pequeña mesa, donde siempre había un lugar para el calzado.

Desde la cocina, Michael Goodman apareció con una gran sonrisa. Vestía ropa cómoda, pero lo que realmente llamó la atención de Becky fue lo arreglado que estaba: perfectamente afeitado, con el cabello recién recortado y los ojos brillando con una energía renovada que no veía en él desde hacía años. Llevaba un delantal atado a la cintura, algo que hacía mucho tiempo no presenciaba, evocándole recuerdos de cuando ella era una niña y él solía cocinar para la familia. Esa imagen de su padre, tan lleno de vida, le trajo una mezcla de nostalgia y gratitud, como si una parte de su hogar de antaño hubiera vuelto a cobrar vida.

—¡Bienvenida! —dijo él, secándose las manos con una toalla de cocina—. Quería sorprenderte con la comida ya lista. Pero llegaste antes de lo que esperaba.

Becky no dijo nada. Corrió hacia él y lo abrazó con fuerza, un abrazo profundo que contenía todas las emociones acumuladas, todo lo que habían pasado y cuánto se habían extrañado. No había necesidad de palabras; aquel abrazo lo decía todo.

—Te extrañé mucho, papá —susurró Becky, hundiendo el rostro en su hombro, tratando de contener las lágrimas que amenazaban con escaparse.

—Y yo a ti, pequeña —respondió Michael, abrazándola con más fuerza, como si no quisiera soltarla jamás.

Finalmente, Becky se separó un poco, mirándolo con una mezcla de alivio y cariño.

—Veo que estás totalmente recuperado —dijo Becky con una sincera alegría reflejada en su rostro.

—Pues por lo menos ya camino y hago casi todo con normalidad —bromeó Michael, encogiéndose de hombros.

Becky lo miró con ojos brillantes, sabiendo que esos pequeños avances eran gigantes para él.

El aroma de la comida casera que salía de la cocina impregnaba el ambiente, trayendo consigo recuerdos de tiempos más simples, de momentos que había echado de menos.

—Bueno, papá, ¿qué estás cocinando? —preguntó Becky, cambiando el tono de la conversación a uno más ligero, mientras una sonrisa curiosa se asomaba en su rostro.

—¡Ah! Eso es una sorpresa —respondió Michael, sonriendo de vuelta—. Pero necesitarás paciencia, querida. Ve a ponerte cómoda y después veremos si mi cocina ha mejorado desde la última vez que estuviste aquí. Quizás hasta pueda abrir mi propio restaurante —añadió, haciendo una pausa teatral.

—Bueno, con que sea comestible, me conformo —respondió, guiñándole un ojo y soltando una risita suave mientras dejaba su abrigo en el sillón de la sala.

—Por cierto, te manda saludos Washington —mencionó Michael desde la cocina.

—¿Washington? —preguntó Becky, confundida—. ¿A quién conoces de Washington?

—Elijah, hija. Elijah Washington.

—¡Ah, claro! —aseguró Becky, llevándose una mano a la cabeza—. ¿Cómo está ese hermoso viejo?

—Está bien, recuperándose de tanta adrenalina. Me contó su aventura, ¡es increíble!

—Verdaderamente lo es. Ya te platicaré con calma. Pero dime más de Elijah, después de lo que dejamos en Covington no supimos nada de él.

—Su hija y sus nietos están felices de tenerlo de vuelta. Están, ¿cómo me dijo? Ah, sí, restaurando su vieja casa, al igual que su necesitada familia. También volvió a la iglesia, empezó a predicar para el beneplácito de sus congregantes y se avizora una nueva época de renovación. Ah, y me pidió que te enviara su gratitud y la de sus diáconos, así me dijo.

—¡Oh, claro, ese trío de chiflados! —exclamó Becky sin poder evitarlo—. Perdón, papá. Pero si los conocieras, te darías cuenta de que, incluso entre el pueblo cristiano, hay toda clase de personajes.

Michael sonrió, moviendo la cabeza. Antes de que pudiera decir algo más, la miró con una chispa en los ojos y, con tono casual pero lleno de curiosidad, preguntó:

—Y hablando de personajes... ¿qué hay del Dr. Zuzunaga? ¿Ese antropólogo tan... interesante?

Becky se inclinó, asomando solo la cabeza hacia la cocina.

—Bueno... digamos que la entrevista aún está en desarrollo —respondió, con una mirada traviesa y un guiño juguetón. Sus mejillas se sonrojaron levemente, pero estaba decidida a mantener el misterio.

Michael alzó las cejas, divertido, y soltó una suave risa.

—Ah, claro, todo en nombre del periodismo de investigación, ¿no? —aseveró burlándose un poco

Becky esbozó una sonrisa pícara y siguió su camino hacia su habitación, dejando a su padre con una expresión de felicidad y complicidad en el rostro.

— * —

El suelo de mármol del Museo de Arqueología y Antropología de la Universidad de Pensilvania reflejaba un brillo cálido bajo las luces suaves, sus vetas marrones creaban un elegante contraste. Era un espacio donde el tiempo parecía detenerse, y en ese ambiente familiar, el Dr. Elias Zuzunaga caminaba con paso pausado todavía llenado consumido su maleta de viaje. Aunque su timidez habitual seguía presente, la familiaridad del lugar lo reconfortaba, como si cada rincón le recordara su pasión por la historia y la ciencia.

Apenas había avanzado unos pasos cuando se encontró con Mary, su fiel secretaria. Ella le sonrió con entusiasmo, casi como si hubiera estado esperando su regreso todo el tiempo.

—¡Dr. Zuzunaga! ¡Qué alegría tenerlo de vuelta! —exclamó Mary con esa voz cálida que le caracterizaba.

Elias devolvió la sonrisa, sintiendo cómo la calidez del saludo le aliviaba cualquier tensión restante.

—¡Hola, Mary! —dijo con sinceridad—. Ha pasado tanto tiempo. ¿Cómo han estado las cosas por aquí en mi ausencia?

—Todo ha seguido moviéndose —respondió ella con una chispa de emoción—, pero sin duda nos hacía falta su presencia. Es un alivio tenerlo de nuevo.

Después de un breve intercambio, Elias le mencionó su intención de pasar por el laboratorio de conservación antes de reunirse con el Dr. Safartti.

—Ah, de hecho, Charlotte está allí ahora mismo —comentó Mary con una sonrisa cómplice—. No ha quitado los ojos de la espada desde que llegó.

Elias asintió, agradecido por la información, y apresuró el paso hacia las escaleras que descendían al área restringida, donde se encontraban los laboratorios de restauración. Al acercarse, el guardia de seguridad lo reconoció y le permitió el acceso con una cortés inclinación de cabeza.

El laboratorio de restauración arqueológica rebosaba de una actividad silenciosa y meticulosa. Las mesas estaban llenas de herramientas especializadas: pinceles finos, bisturís afilados, espátulas y lupas, todas cuidadosamente dispuestas para devolver a los objetos antiguos parte de su esplendor. Bajo luces brillantes, expertos conservadores, vestidos con batas blancas y guantes,

trabajaban con precisión, limpiando delicadamente fragmentos de cerámica o consolidando esculturas de piedra con adhesivos finos.

Elias observaba con admiración cómo cada restaurador, completamente concentrado en su tarea, utilizaba pequeños cepillos, cámaras de alta resolución y lupas para examinar minuciosamente cada pieza. El suave sonido de las herramientas y el clic ocasional de una cámara creaban una atmósfera de calma y precisión que le hacía sentir a Elias Zuzunaga como en casa.

Al fondo, entre las vitrinas y los equipos especializados, divisó a Charlotte. Estaba inclinada sobre una mesa de trabajo, pero al verlo, levantó la vista y avanzó con pasos rápidos y alegres, envuelta en su bata blanca. Al llegar a su lado, lo abrazó con calidez.

—¡Dr. Zuzunaga! Qué alivio verte. Después de todo lo que el Dr. Safartti me contó, estaba preocupada por ti —dijo Charlotte, dejando ver su genuina preocupación.

Elias sonrió, sintiendo el afecto en sus palabras. —Estoy bien, gracias a Dios. Han pasado tantas cosas, pero todo ha sido... increíble —respondió, con una sonrisa que iluminaba todo su rostro.

Charlotte, siempre curiosa y atrevida, no pudo evitar indagar un poco más.

—¡Increíble! ¿tiene algo que ver con una cierta periodista? —preguntó, arqueando una ceja—. La chica que vi contigo en el aeropuerto... desde ese día noté algo en tus ojos. ¿Qué pasó? ¿Esa chispa se convirtió en una hoguera?

Elias se ruborizó al instante mientras una sonrisa tímida se dibujaba en su rostro.

—Bueno, sí, algo así —admitió, un tanto avergonzado pero claramente feliz.

Charlotte soltó una carcajada.

—¡Ya era hora, doctor! Estaba empezando a pensar que acabarías casado con alguna momia egipcia de tanto tiempo que pasas aquí —Le guiñó un ojo y añadió con humor—. Te juro que estuve a punto de inscribirte en una de esas aplicaciones para encontrar pareja.

Elias rió, negando con la cabeza.

—Bueno, me he salvado de eso, entonces.

Aprovechó para cambiar de tema, sintiendo el cariño en las bromas de Charlotte pero queriendo volver al trabajo. Mencionó la espada, la misma que apenas había tenido tiempo de examinar antes de que la llevaran al laboratorio.

—Ah, la famosa espada. —Charlotte se animó de inmediato—. Ven, tienes que verla.

Con entusiasmo, lo guió hacia la parte trasera del laboratorio. Mientras caminaban, Charlotte no dejó de hablar, explicando los detalles del proceso de restauración. La espada había llegado en

un estado deplorable: oxidada, rota y extremadamente delicada. Pero gracias a su trabajo cuidadoso, la pieza ahora se veía mucho mejor.

—Ha sido todo un reto, pero te prometo que está en su mejor forma posible —dijo con orgullo mientras se detenían frente a una improvisada vitrina.

Al ver la espada, Elias regalo a Charlotte una mirada de admiración, por el increíble trabajo que ella y el equipo habían hecho.

Detrás de la vitrina, con un control de temperatura y luz perfectamente ajustado, la espada descansaba sobre una base diseñada improvisadamente por Charlotte. Elias se acercó como si estuviera entrando en un santuario, consciente de la importancia del objeto que tenía ante él. La espada, ahora limpia, mostraba la pátina de su edad. Aunque faltaba un tercio de la punta y estaba mellada, Elias podía sentir el peso de su historia.

La empuñadura, casi inexistente, revelaba la espiga que la cruzaba y el lugar vacío donde una vez había estado la guarda. El pomo, deslucido y agrietado, aún mostraba, aunque borroso, el rostro de un león tallado en el metal.

—Es una obra maestra, incluso en su estado actual —murmuró Elias, absorto en la contemplación.

Charlotte lo observaba con una sonrisa de satisfacción.

—Hicimos lo mejor que pudimos, pero esa espada tiene muchas más historias que contar de las que nosotros podríamos imaginar —dijo con modestia.

Elias asintió, casi sin apartar la vista de la espada. Sus dedos se movieron ligeramente, como si estuviera tentado a tocarla, pero se contuvo. Sabía que no solo era un artefacto histórico, sino un símbolo más profundo.

—Gran trabajo, Charlotte. Como siempre, has superado mis expectativas —dijo, mirándola con gratitud.

—Gracias, jefe. Pero esta belleza ya tenía mucho de qué presumir por sí misma —respondió Charlotte humildad sincera.

Elias entonces centró su atención en el grabado en la hoja, esa palabra que tanto les había inquietado, era lo que se distinguía, aunque no de forma clara.

—¿A quién pertenecería? —murmuró en voz alta, sumido en sus pensamientos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Charlotte, sin comprender del todo.

—David tenía una élite de 37 guerreros, sus "Gibborim" —explicó Elias, volviendo su mirada hacia Charlotte—. ¿A quién de ellos le perteneció esta espada? Nunca lo sabremos, pero es fascinante imaginarlo.

Charlotte lo observaba, intrigada, preguntándose de que hablaba su jefe, al tiempo que Elías se perdía en la contemplación de la espada, como si estuviera conectado a un pasado remoto que ahora, de alguna manera, también le pertenecía.

—Es una belleza, ¿no crees? —dijo repentinamente una voz detrás de ellos.

Elías se sobresaltó y giró hacia donde provenía, su sorpresa se transformó en una sonrisa al reconocer a su querido mentor.

—¡Dr. Safartti! Qué alegría verlo —exclamó, extendiendo la mano. El Dr. Safartti la estrechó con firmeza, pero luego lo jaló para darle un abrazo entusiasta.

—Oh, muchacho —dijo Safartti con una mezcla de alivio y curiosidad—. ¿Cómo has estado? Me tenías preocupado. Aunque, viendo esa energía que traes, me imagino que la misión fue todo un éxito a pesar de lo difícil que debió haber sido estar en Gloucester enfrentando a esos demonios disfrazados de cristianos.

—Más de lo que esperaba —respondió Elías, con una chispa de emoción en los ojos—. Al final, creo que nosotros éramos los que necesitábamos ser rescatados, más que aquellos a quienes fuimos a ayudar.

—Entiendo perfectamente, muchacho —Safartti le dio una palmada en la espalda—. Yo también tuve mi propio viaje de transformación mientras cuidaba a ese viejo cascarrabias de Goodman. Pero ven, caminemos un poco, hay cosas que necesito contarte.

Elías asintió, relajándose ante el gesto familiar de su mentor. Sin necesidad de palabras, ambos comenzaron a caminar, dejando atrás el silencio del laboratorio. Los pasillos del museo, solemnes y adornados con vitrinas llenas de historia, ofrecían el escenario perfecto para una conversación reveladora.

—Elías, te tengo buenas noticias —dijo Sarfatti, bajando la voz con un matiz de intriga—. Es sobre la Orden de Dagón.

Elías se detuvo un instante, sus ojos cargados de expectación.

—¿Arrestaron a Ronald Lugner?

—No —respondió Sarfatti con firmeza, aunque su tono reflejaba confianza—. Pero están tras sus huellas. Con todo lo que tú y Becky documentaron, están más cerca que nunca. Su fachada cristiana se está desmoronando. Ya han capturado a varios líderes y pseudo pastores de sus congregaciones, acusándolos de abusos sexuales, abuso de poder y otros delitos. Han eliminado su página web, borrado los videos de sus cultos y ahora están desesperados por desaparecer.

—Pero podrían intentar cambiar de nombre, como ya lo han hecho antes —advirtió Elías, cruzando los brazos en un gesto pensativo.

—O moverse de lugar —agregó Sarfatti—. Hay rumores de que planean trasladar su sede fuera del país, quizá a México o a algún lugar de Centroamérica.

Eliás giró la cabeza con sorpresa, mirando a su maestro con el peso de la revelación reflejado en su rostro.

—Dios nos ayudará a enfrentarlos cuando asomen la cabeza. Pero, por lo pronto, podemos estar tranquilos.

Eliás Exhaló un largo suspiro de alivio. El enemigo seguía ahí. Desmantelar su centro de operaciones en Massachusetts y exponer sus secretos había sido un golpe decisivo.

Mientras caminaban, su mente visualizaba la red de engaños de la Orden de Dagón derrumbándose poco a poco. Tarde o temprano, el falso apóstol, cegado por su arrogancia y ambición, cometería un error fatal. Y cuando lo hiciera, sería su caída definitiva.

De repente, Sarfatti lo sacó de sus pensamientos con una pregunta inesperada:

—¿Qué piensas hacer con ella?

Eliás, distraído, parpadeó varias veces antes de responder, algo nervioso:

—¿Con Becky? Bueno... me gustaría casarme con ella.

Sarfatti estalló en carcajadas, el eco de su risa resonó por los pasillos vacíos del museo.

—No, Eliás. Me refería a la espada —dijo entre risas, recuperando la compostura—. Pero si ese es tu plan con Becky, no puedo imaginar a alguien mejor para ti.

Eliás se sonrojó visiblemente, sintiéndose un poco ridículo por la confusión. Sin embargo, recuperó la compostura y, con seriedad, respondió a la verdadera pregunta.

—¿Qué voy a hacer con la espada? —repitió tartamudeando ante la torpeza de sus palabras—. Al principio, cuando todo esto con la Orden de Dagon se complicó, pensé que haberla encontrado era un error, casi una maldición. Pero ahora... ahora sé que no lo fue. La espada no solo es un artefacto histórico, es un símbolo. Representa la Palabra de Dios, Su poder y Su propósito. Así que, ¿qué voy a hacer con ella? Lo mismo que debemos hacer con la Palabra de Dios.

—¿Qué cosa? —preguntó Sarfatti, intrigado.

Eliás levantó la cabeza con una mirada llena de convicción.

—No esconderla, no avergonzarme de ella y, sobre todo, exhibirla. Que todos la vean y comprendan su significado.

Sarfatti sonrió, satisfecho con la respuesta de su joven colega. Asintió con firmeza y, con un gesto amable, colocó una mano en el hombro de Eliás.

—Eso quería escuchar, muchacho —dijo, y con pasos decididos lo condujo hacia la sala de Mesopotamia—. Ven, quiero mostrarte algo.

Al llegar, aunque la sala aún se encontraba en preparación para una nueva exhibición, su propósito era claro. Un cartel en letras doradas colgaba al frente, proclamando:

“Próximamente: Un viaje a Canaán. Descubre la fascinante historia detrás de 'La Espada de Gibbor', el arma legendaria del Rey David”.

En el centro, una imagen imponente de la espada capturaba toda la atención.

Elías se detuvo, sorprendido.

—Es... increíble.

Sarfatti lo condujo más adentro, cruzando biombos que ocultaban la exposición en construcción. En el corazón de la sala, una vitrina especial, iluminada y con un control de temperatura preciso, estaba lista para recibir la espada. Sobre un plato giratorio, sería exhibida desde todos los ángulos, permitiendo que cada espectador apreciara su imponente presencia y el peso de su historia.

Elías observó en silencio sintiendo gran emoción.

—Es... simplemente perfecto —susurró—. Este es el lugar adecuado, donde todos puedan contemplarla, conocer su historia y maravillarse con su significado.

Sarfatti asintió con una sonrisa de orgullo curvando sus labios.

—Habría sido una lástima desmontar todo esto después del esfuerzo. Pero ahora, todo tiene sentido. La espada no solo pertenece aquí; su historia y mensaje deben ser conocidos por el mundo.

Ambos permanecieron en silencio, contemplativos frente a la vitrina vacía, imaginando cómo se vería la espada una vez puesta en ella, rodeada de luces que resaltarían su grandeza.

Luego, Sarfatti tomó del brazo a su discípulo y le pidió que le contara más de su viaje mientras caminaban un poco por el museo. Elías y Sarfatti caminaron por los pasillos mientras conversaban, el eco de sus pasos resonaban suavemente entre las paredes cargadas de historia mientras se acercaban a la salida.

—Maestro Sarfatti, ¿cree que todo esto, todo lo que hemos hecho, tiene un propósito mayor que nosotros mismos? —preguntó Elías con voz suave.

Sarfatti lo miró de reojo con ojos cansados pero resueltos. Por un instante, su rostro reflejó el peso de los años, como si tratara de encontrar la forma adecuada de compartir lo que había aprendido a lo largo de su vida.

—No tengo dudas de ello, muchacho —respondió con firmeza—. A menudo, las piezas del rompecabezas no son claras al principio, cuando damos esos primeros pasos. Pero cuando avanzamos, cuando nos adentramos en el proceso, cuando nos acercamos lo suficiente como para ver todo lo que nos rodea, las piezas encajan. Y es entonces, Elías, cuando debemos confiar en lo

que se está formando, aunque no siempre lo entendamos por completo. Es en ese momento cuando uno elige creer. Esa es la verdadera fuerza.

Elías permaneció en silencio, asintiendo lentamente, intentando absorber la profundidad de sus palabras. La fresca brisa nocturna les recibió a medida que cruzaban la puerta del museo mientras el ruido del mundo exterior parecía envolverles.

—Gracias, maestro, por todo —dijo Elías con sincera gratitud—. No solo por el trabajo que me permite hacer a su lado aquí en el museo, sino por haberme impulsado a embarcarme en esta aventura que, de alguna forma, me ha transformado por completo.

Sarfatti sonrió levemente, un gesto casi imperceptible pero lleno de aprecio. Luego, le dio una palmada en el hombro.

—A veces, el trabajo no solo está en lo que hacemos, sino en lo que somos capaces de creer. Te lo dije desde el principio: este viaje era más para ti que para cualquiera de nosotros. Nunca lo olvides.

Elías se quedó en silencio, mirando el horizonte. El viaje, el reto, la transformación... todo cobraba un nuevo significado.

—Lo recordaré —respondió finalmente.

Ambos se miraron, y se dieron un cálido abrazo. Sin más palabras, se despidieron. Elías observó a su anciano maestro alejarse con pasos lentos pero seguros, como quien camina esperando tan solo el destino.

—La verdad no debe ser escondida —murmuró Elías para sí, con renovada confianza, dando una última mirada al museo antes de alejarse con calma.

Mientras avanzaba por las calles silenciosas de la ciudad, Elías no pudo evitar sonreír. La historia de los Gibborim continuaba, no en las páginas de un libro ni tras un cristal en un museo, sino en la vida de aquellos que, como él, decidieron no esconder la espada, sino alzarla para que todos pudieran verla y comprender su mensaje eterno.

Capítulo 39 — Colinas de Judá, Israel, 985 a.C.

La brisa suave acariciaba los campos de las colinas de Judá al caer el sol. Un ejército se encontraba en plena actividad, pero no era un ejército de guerreros con escudos y espadas, sino un ejército de sirvientes enfocados en su tarea. Vestidos con delantales y servilletas bordadas, cargaban platonos, cacerolas y cucharas, trabajando con diligencia para preparar un banquete digno de la ocasión. Las mesas, cubiertas con manteles de colores vibrantes, se llenaban de cestas de pan dorado, mientras la carne asada chisporroteaba sobre las brasas, liberando un aroma que se esparcía por el aire. A un costado, un despliegue de frutas brillaba bajo la tenue luz: uvas maduras que resplandecían como gemas, higos que exudaban su dulzura natural, y olivas bañadas en aceite dorado, evocando los sabores de la tierra prometida. En el centro, los cálices de vino tinto esperaban, llenos hasta el borde, listos para ser alzados en una celebración de gratitud.

David había convocado a una reunión selecta para una noche que prometía ser memorable. A su lado se encontraba Asaf, ahora un hombre de temple y madurez, junto con Hemán, Hananías y Jedutún, maestros en el arte del canto y la música, listos para llenar la velada con melodías de alabanza. A su lado también estaban Joab, su leal comandante, Sadoc, el sacerdote, y Natán, el profeta, hombres de fidelidad inquebrantable, cuya presencia otorgaba un aire solemne y significativo a la reunión.

Este banquete no solo buscaba saciar el hambre, sino también fortalecer el espíritu a través de la comunión, la alegría y la gratitud al Creador por la abundancia de la tierra y el regalo de la amistad.

Alrededor de la fogata, uno a uno fueron llegando los valientes de Dios, guerreros curtidos por las batallas, que reían y se regocijaban en su momento de descanso. David los observaba con satisfacción, como un padre orgulloso de sus hijos disfrutando de sus logros. El paso del tiempo se reflejaba en su rostro, en las arrugas de su frente y alrededor de sus ojos, y en el cabello y barba platinados, pero nada de eso lograba opacar la vitalidad que sentía ese día.

Finalmente, alzó su copa, y con un solo gesto atrajo la atención de todos. El bullicio que llenaba el aire se apagó de inmediato, dando paso a un silencio reverente, como si cada alma presente supiera que el rey tenía algo importante que decir.

—Tengo noticias grandiosas, amigos —comenzó, erguido junto a la fogata—. Quería compartirlas con vosotros en este momento de camaradería. Hoy celebramos la victoria, el triunfo sobre nuestros más temibles enemigos. Aunque algunos ya lo saben, hemos vencido a los filisteos y a sus gigantes... al menos por ahora.

Un estallido de júbilo se elevó entre los guerreros. Entre vítores y brindis, glorificaron a Dios y celebraron con fervor. Cuando el entusiasmo se calmó, David retomó la palabra, su voz impregnada de orgullo.

—Demos gracias a Hashem, bendito sea su nombre, y honremos a nuestros hermanos Abisai, Elhanán, Jonatán y Sibecai, quienes—con algo de ayuda de Samma, hay que decirlo —añadió con una sonrisa cómplice—, abatieron a esos gigantes que tanto nos intimidaban. Sus nombres serán recordados junto a los de nuestros ilustres guerreros de tiempos pasados, por sus grandes hazañas.

Levantó su copa con respeto y la dirigió hacia Eleazar, Jasobeán y el propio Samma.

El ambiente se llenó de regocijo. Los vítores resonaron en las llanuras de Judá hasta que, con un gesto, David pidió silencio de nuevo. Una sonrisa juguetona cruzaba su rostro.

—Pero no os confiéis, valientes guerreros —continuó, con palabras impregnadas de fuerza y pasión—. Así como estos gigantes cayeron, recordad que los hijos de Anac ya habían sido vencidos antes. Creímos que sucumbieron en el diluvio en tiempos de Noé, pero reaparecieron cuando nuestros padres cruzaron el desierto con Moisés. Caleb, hijo de Jefone, los enfrentó con valentía, y se pensó que habían sido exterminados... hasta que volvieron a surgir en los ejércitos de nuestros enemigos filisteos. Hoy los hemos vencido, pero ¿quién puede asegurar que no volverán en el futuro?

Los soldados guardaron silencio, atentos a cada palabra de su rey. David, hinchando el pecho con determinación, prosiguió:

—Sí, no sabemos si ocurra en nuestros días, o en los de nuestros hijos, o en los días de los hijos de estos, pero podrían reaparecer, quizá con nuevos rostros, nuevos nombres, nuevas estrategias y armas, estos gigantes podrían resurgir de la nada para engañar y dañar a nuestros descendientes. No os confiéis ni dejéis que vuestras espadas descansen demasiado —miró a sus Gibborim con gravedad, pero con una sonrisa de confianza—. Quizá el filo de vuestras armas vuelva a enfrentar gigantes mañana.

Los valientes de David se miraron unos a otros con determinación y resolución ardiendo en sus ojos. Mientras tanto, el rey caminó unos pasos hacia un instrumento musical que descansaba a un lado, como si esperara el momento de ser acariciado por sus manos.

—Pero ahora es tiempo de celebrar —dijo, tomando el arpa—. Como bien sabéis, no solo disfruto ganar batallas; también me deleito en cantar a Adonai para agradecerle por las victorias.

La multitud guardó silencio, anticipando el momento, mientras David comenzaba a tocar.

David, con manos experimentadas, acarició las cuerdas del arpa. Su voz, aunque marcada por los años, conservaba esa dulzura inconfundible. Con la mirada fija en el cielo, comenzó a cantar:

“El Señor es nuestra roca, nuestra fortaleza en la tormenta”

A medida que la canción avanzaba, Asaf y sus compañeros se unieron, añadiendo sus instrumentos y enriqueciendo la melodía. La música, llenó de gratitud y devoción el ambiente, elevándose en una armonía perfecta.

“En los momentos de desesperación, en la más profunda oscuridad, Él extendió su mano y nos rescató de la muerte misma”.

Los guerreros, con cicatrices visibles pero corazones alegres, asintieron en silencio, sumidos en recuerdos de cómo la mano de Dios los había guiado y protegido.

“Con cada paso, con cada victoria, hemos sido testigos de la fidelidad de nuestro Dios. Él nos ha adiestrado para la batalla, ha fortalecido nuestros brazos y nos ha forjado como sus instrumentos de justicia”

El rey David aceleró el ritmo de la melodía provocando expresiones de gozo, ahora cantaba con fuerza desbordante.

La música tomó un ritmo más vibrante. Los hombres reunidos comenzaron a moverse al compás de los tambores, cruzando miradas cargadas de historias compartidas. La canción no solo reconfortaba; les recordaba el propósito que los unía.

“En los días de aflicción y desafío, cuando nuestros enemigos se alzaban como gigantes imbatibles y la sombra del peligro nos rodeaba, Hashem extendió su mano poderosa para rescatarnos”

Continuaba David con voz rítmica y melodiosa llena de pasión. Sus palabras resonaban en cada corazón, conectando el pasado con el presente, trayendo a la memoria las victorias logradas gracias a la intervención divina.

“Porque en los días de prueba y tribulación, en la batalla contra los poderosos que parecían invencibles, confiamos en el Todopoderoso como nuestra roca y fortaleza; y en su luz vimos la luz, encontramos la guía para seguir adelante... vimos la luz, encontramos la guía para seguir adelante.”

David concluyó con una nota cargada de emoción mientras que su voz llenaba el aire. Los guerreros, llenos de coraje y gratitud, se levantaron al unísono, desenfundando sus espadas y alzándolas al cielo en un gesto viril y poderoso. Un estallido de gritos de alabanza brotó de sus gargantas, llenando el aire con una declaración renovada de lealtad a Dios y a su rey. El sonido vibró como el trueno a la distancia, reverberando en las llanuras de Judá, resultando en un tributo a las muchas victorias que los habían forjado en la hermandad y en la confianza en Dios y en su palabra.

La música se intensificó, las notas de las arpas, los decacordios y los tambores subían entrelazándose en un ritmo creciente que envolvió a todos. Los hombres, enardecidos por la celebración, comenzaron a bailar al compás de los tamboriles, mientras el ambiente se llenaba de risas, cantos y relatos de viejas gestas. La tierra bajo sus pies parecía latir al unísono con la alegría que emanaba del campamento.

David dejó su arpa a un lado y se sentó junto a su amigo Natán, quienes, desde sus robustas sillas de madera rústica, como viejos camaradas, observaban la escena con una satisfacción compartida, como padres orgullosos contemplando a sus hijos.

La noche envolvía el campamento, las estrellas se asomaban tímidamente entre las sombras, iluminando el banquete con su luz etérea. David, con una sonrisa cómplice, se dirigió a Natan, señalando con un leve gesto de su cabeza a los “tres poderosos” que se destacaban en medio de la multitud.

El capitán Jasobeam, aunque ya no era tan joven ni esbelto como en sus días de gloria, tocaba su decacordio luciendo con orgullo en su vaina, atada a su cintura, su nueva espada. Una alegría juvenil brillaba en sus ojos mientras se movía al ritmo de la música, su voz fuerte llenaba el aire con historias de tiempos pasados. Su risa se elevaba como un canto de victoria, recordando a todos que la vida, como la batalla, se enfrentaba con valor y regocijo.

A su lado, el enorme Elehazar cantaba y danzaba con inusitada alegría. El tiempo le había dejado un vientre prominente y había encanecido casi por completo su cabello y barba otrora rojizos. Sin embargo, su presencia seguía siendo imponente. Con una copa en una mano y un trozo de carne en la otra, se unía a la danza con una energía que desmentía las huellas del tiempo. Sus movimientos, aunque torpes como los de un oso que se erige sobre sus patas traseras, mantenían una fuerza innegable. Sus ojos, vivos y penetrantes, se encontraban con los de sus compañeros, compartiendo en silencio recuerdos y promesas de futuras luchas.

Un poco más alejado se encontraba Samma, apoyado en un improvisado bastón que no era sino una larga y rugosa vara que evocaba su propia vida en el andar por los caminos de la milicia. Su cuerpo, marcado por los rigores de la guerra y los años, se mostraba cansado, pero en su mirada apacible denotaba la misma determinación que lo había llevado a ser uno de los más grandes espadachines de Israel. A la distancia, desde su lugar bajo un árbol, observaba la escena con una mezcla de nostalgia y satisfacción. El brillo de la luna realzaba las cicatrices en su rostro, testigos mudos de los incontables desafíos que había enfrentado.

Los tres poderosos, honrados entre todos los Gibborim de David, eran ya figuras legendarias, monumentos vivientes de la historia de Israel. Las espadas, recién otorgadas por el rey, reposaban junto a ellos, resplandeciendo bajo la luz plateada de la luna. Forjadas para la batalla,

aquellas hojas brillaban con una promesa: aún les aguardaban guerras y desafíos junto a sus valientes dueños. Aunque el tiempo había dejado huellas en sus cuerpos y las cicatrices marcaban sus pieles, estas eran el reflejo del fulgor de su valentía y su lealtad inquebrantable a Dios y al rey. Ahora, las espadas serían sus fieles compañeras, testigos de cada lucha que les esperaba.

Desde la mesa del banquete, Elehazar levantó su copa con su enorme mano e hizo un gesto amistoso, invitando a su amigo a unirse a la celebración.

Samma, con una sonrisa de sincero agradecimiento, asintió y, con esfuerzo, se incorporó apoyándose en su largo bastón de madera. Antes de avanzar hacia su compañero, se detuvo un momento, dejando que sus ojos recorrieran el escenario de la celebración en pleno auge: los hombres danzaban, las copas se alzaban y la música, junto con las voces, se elevaba en un canto de alabanza al Creador y a los lazos que los unían. Con una sonrisa sutil y una solemne tranquilidad, Samma clavó su espada profundamente en la tierra, junto al viejo árbol que lo había cobijado durante la velada.

La hoja osciló levemente, acariciada por la luz de la luna, resaltando cada detalle de su brillante superficie, incluyendo el grabado especial en su hoja que decía... bueno, eso tú ya lo sabes.

Epílogo

Filadelfia... Tres semanas después.

Las primeras horas de la mañana llenaban el aire con una brisa ligera que hacía que las hojas del parque Independence National Historical Park se mecieran en un susurro tranquilo mientras se acerba el medio día. Elias caminaba con su habitual nerviosismo mientras se acercaba al imponente edificio Independence Hall, cuya majestuosa arquitectura histórica se alzaba ante él.

Frente a la entrada principal, en una explanada que le conectaba con el parque, seis bancas de madera se alineaban simétricamente, tres a cada lado, creando un espacio de tranquilidad en medio del ajetreo que, en algún momento, llegaría a rodear el lugar.

Sentada en una de ellas, con una elegancia natural, estaba Becky. Su atuendo sencillo, pero refinado, la hacía destacar: un vestido color arena que se movía suavemente con la brisa,

acompañado de una chaqueta beige que le añadía un toque de sofisticación sin perder su esencia. Su cabello, recogido de manera casual, dejaba caer algunos mechones que se agitaban levemente con el viento. En sus manos sostenía una Biblia, y sus dedos pasaban las páginas con delicadeza mientras leía, completamente absorta en el texto.

A pesar de la serenidad que irradiaba, había un leve cansancio en su rostro, un reflejo de las semanas llenas de tensión y emociones intensas. Sin embargo, en su expresión se notaba una paz interior, como si hubiera encontrado un equilibrio, disfrutando de ese momento de quietud. Sus ojos, aunque concentrados en la lectura, brillaban con una luz renovada, como si el agotamiento hubiera dado paso a una fuerza interna más profunda.

Elias la observó desde lejos durante un momento, sin que ella lo notara. Se acercó con cautela, disfrutando del suave sonido de sus pasos sobre la grava. Deteniéndose unos instantes a la distancia, Elias la contempló. Había algo en esa escena que le transmitía una calma profunda, una certeza de que todas las dificultades y desafíos que habían enfrentado juntos habían tenido un propósito. Quizá todo lo vivido había sido necesario para llegar a ese preciso momento, uniendo sus caminos de manera inesperada y significativa.

Con una sonrisa en los labios y el corazón latiendo con fuerza, Elias se acercó a Becky, sin hacer ruido, y se sentó a su lado. Becky, sintiendo su presencia, levantó la vista de la Biblia, y una cálida sonrisa iluminó su rostro. Sin necesidad de palabras, lo abrazó con fuerza, un gesto que transmitía todo lo que habían vivido y compartido en esas últimas semanas.

—¿Sabes qué ocurrió en este edificio? —le susurró Elias, sin soltarla.

Becky sonrió, fingiendo sorpresa.

—¡Claro que lo sé! —dijo con un tono juguetón—. Este es el Independence Hall, donde se firmó la Declaración de Independencia en 1776. ¿De verdad piensas que no sé eso?

Elias rió suavemente.

—Muy bien, señorita Filadelfia. Pero, ¿sabías que los fundadores de este país consideraron la Biblia una influencia clave para redactar tanto esa declaración como la Constitución?

Becky arqueó una ceja, mirándolo con mezcla de burla y curiosidad.

—Oh, ¿de verdad? ¿Lo leíste en Wikipedia? —respondió, divertida.

Elias sonrió y le dio un suave empujón.

—Bueno, ahora es mi turno —dijo Becky en tono retador—. ¿Sabes de dónde viene el nombre de nuestra ciudad?

—Ah, ¿te conviertes en la maestra ahora? —bromeó Elias.

—No, en serio. ¿Lo sabes? —insistió Becky, sin dejar de sonreír.

Elias se rascó la cabeza, fingiendo confusión.

—Mmm, me atrapaste. No, la verdad no lo sé.

—Bueno, los padres fundadores de Filadelfia tomaron su nombre de la Biblia. —dijo Becky con un brillo de satisfacción en los ojos.

Elias la miró sorprendido.

—No me digas... ¿De la Biblia?

Becky asintió, abriendo el libro y mostrándole el pasaje.

—Mira esto. Apocalipsis capítulo tres —dijo mientras señalaba el versículo siete.

Elias ajustó sus anteojos y leyó en voz alta:

—“Escribe al ángel de la iglesia en Filadelfia: Esto dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y nadie puede cerrar, el que cierra y nadie puede abrir”. —Levantó la vista, sorprendido—. ¿La llave de David? Entonces, ¿además de una espada, también tenía una llave? ¡Tengo que encontrarla!

Becky soltó una carcajada y le dio un suave golpe en el brazo.

—Creo que ya la encontraste, Elias —respondió con ternura.

—¿De qué hablas? —preguntó él, aún confundido.

Becky bajó el dedo señalando el siguiente versículo.

—“Conozco tus obras. He puesto delante de ti una puerta abierta que nadie puede cerrar. Sé que tienes poca fuerza, pero has obedecido mi palabra y no has negado mi nombre.”

Elias quedó en silencio, procesando lo que acababa de leer.

—Entonces, la llave es... —comenzó a decir.

—Exacto —lo interrumpió Becky con una sonrisa—. Su palabra.

Con entusiasmo, Elias se puso de pie, tomó la mano de Becky y la levantó con él.

—Por cierto —dijo, rompiendo el silencio mientras caminaban—, ¿qué piensas hacer con todo lo que hemos pasado?

Becky redujo el paso, dejando que sus pensamientos tomaran forma antes de responder con firmeza:

—Voy a escribir un libro.

Elias arqueó las cejas, intrigado.

—¿Un libro? ¿Sobre todo lo que vivimos?

—Exacto —afirmó Becky—. Creo que todavía tengo suficiente material para hacer un libro de divulgación periodística. Durante todo este tiempo, he estado recopilando documentos, grabaciones y todo tipo de materiales que apuntan a la manipulación y corrupción de esas sectas. Desde el primer día, las huellas de su engaño fueron evidentes, pero ha sido en estas últimas

semanas, con todo lo que hemos descubierto, que tengo pruebas suficientes para darles un rostro público

Elias miraba atento como el rostro y la voz de Becky se llamaban pocos a poco de emoción y convicción.

—Es hora de desenmascarar a esos falsos apóstoles que se esconden detrás del cristianismo —continuó con seriedad aparente—, manipulando a aquellos que buscan la verdad, explotando su fe. No solo destruyen vidas, sino que desvían a las personas de la verdadera enseñanza de la Palabra de Dios. Quiero que este libro abra los ojos de otros, que los inspire a volver a las Escrituras, al Dios verdadero, cuya verdad no cambia ni depende de las manipulaciones humanas.

—¡Eso suena impresionante! —agregó Elias sin poder evitar sonreír, cautivado por la intensidad en las palabras de Becky—. Con todo lo que sabes, seguro será un libro impactante. Y quién sabe, tal vez hasta te ganes un Pulitzer.

Becky rió, dándole un suave golpe en el brazo.

—No exageres. Pero si puedo ayudar a evitar que una persona más caiga en esas trampas, habrá valido la pena —sonrió pícaramente— Aunque, bueno, un Pulitzer no estaría nada mal.

—Nada mal en absoluto —respondió Elias con una sonrisa cómplice.

Caminaron en silencio por unos minutos, disfrutando de la compañía uno del otro. Becky ajustó la Biblia en sus brazos, atrayendo la atención de Elias.

—Quiero una de esas —dijo señalando el libro.

—¿Cómo? ¿De todas las cosas que sacamos de la cabaña de Elijah, no se te ocurrió llevarte una Biblia?

Elias se encogió de hombros, sonriendo.

—No te preocupes, te regalaré una —respondió Becky con ternura.

—¿Cuándo? —preguntó Elias con genuina curiosidad

—Pronto. Tal vez cuando menos lo esperes —respondió Becky con una tierna sonrisa.

Elias, mirando al suelo mientras caminaba, masculló nerviosamente.

—¿Qué tal en nuestra boda?

Becky se detuvo en seco con sus ojos muy abiertos, sin creer lo que escuchaba.

—¿Cómo dijiste?

Elias levantó la mirada con dulzura y la tomó suavemente por sus hombros.

—Que tal en nuestra boda —repitió, con voz temblorosa, pero cálida—. Dijiste que pronto, y... ¿qué mejor día que ese?

Una sonrisa iluminó el rostro de Becky. Sin pensarlo, lo abrazó con fuerza, rodeando su cuello.

—Sí —murmuró con alegría— será en nuestra boda.

Elias la sostuvo, sintiendo cómo el mundo desaparecía a su alrededor. Cuando se separaron, sus miradas se encontraron en un pacto silencioso. Becky, sonriendo, volvió a tomar su brazo mientras seguían caminando.

Su conversación y sus risas llenaban el aire, mezclándose con el crujido de las hojas bajo sus pies y el murmullo de la brisa. Caminaban juntos, compartiendo sueños y anhelos, agradecidos por el presente y confiados en el futuro. Sabían que, con la guía de Dios, enfrentarían cada reto y vivirían cada aventura tomados de la mano, fortalecidos por un amor que ya no necesitaba palabras.



alejandrocorzo.com

ibj.com